

Nacido cada minuto

Daniel Prior Gijón

A Berni.

Marcos estaba sentado a su mesa de profesor. La clase no paraba de hablar entre sí, prácticamente gritando.

Era la penúltima clase de filosofía de Segundo de Bachillerato. «Segundo de Bachillerato», no podía parar de pensar. «Atajo de salvajes, no sé cómo hemos llegado a esto».

«¿Y yo? Cómo he llegado yo a esto. Soy un puñetero pelele».

Como era última hora, el timbre del instituto rompió el jaleo y su autocompasión.

Marcos recogió el material que no le habían dejado utilizar en su maletín y se fue corriendo al baño de profesores para asegurarse de ser el primero.

Sacó una tableta de orfidales de su bolsillo y tomó tres de golpe bebiendo a chorro del agua del grifo. Sintió vergüenza al verse en el espejo y retiró la mirada. «Ya casi hemos acabado y ni he podido terminar el temario». «Nietzsche... Deberíamos haberlo terminado hace mucho».

Fue andando a la parada y volvió a su portal en autobús, como siempre.

«Nietzsche». Sólo podía repetirse esa palabra.

Paró en el chino de al lado para comprar una única barra de pan. Como siempre. Porque vivía solo. «Nietzsche... Que le jodan. Ésta va por ti. Que salga el Sol por donde quiera».

Puso una botella de Black Label en el mostrador del chino.

—Oh, tú fiesta. Eso bueno —dijo el chino.

—Joder que sí —respondió Marcos, a quien ya le empezaba a cegar la ira.

Pagó, recogió las cosas y subió a su piso.

Cogió un vaso de la cocina y lo puso junto al whiskey sobre la mesa del salón.

A la mitad de la botella, la meditación ética le había cundido lo suficiente como para sacar 20 euros de su sitio y subir a ver a su vecino, el del 2º C, el del secreto a voces.

Se plantó en su puerta, preparó una foto en el móvil y, cuando el otro abrió, sólo tuvo que enseñársela junto al billete. No hubo necesidad de mediar palabra.

Bajó a su piso en el primero con los 20 euros de yerba y los puso sobre una repisa.

.Se echó otro vaso a palo seco y vio cómo iba quedando poco. Como de todas formas iba a necesitar papel de liar, bajó de nuevo al chino y compró otra botella, además de un mechero.

Y la estrenó al menos. Bebió prácticamente hasta desmayarse y se despertó a tiempo de forma natural, aún más borracho que resacoso.

Cogió el primer trozo de cartón que vio e hizo un filtro grueso. Después juntó cuatro papelinas manteniendo su forma rectangular y picó la marihuana con calma.

Lo tenía claro. Iba a encerrarse en el baño, iba a fumarse ese porro hasta que supiese a filtro e iba a darle otro tanteo al licor. Después daría la clase.

Y eso hizo. Se acordó de que guardaba unas gafas de sol en el armario, pero su voz interior, esa vocecilla que tenemos todos y que no es audible salvo que estés alucinando, le susurró «hoy le van a dar a todo por culo».

Por suerte la marihuana no había calado tanto. Bajó por las escaleras mecánicas hasta el portal y el camino al bus se le hizo más corto que nunca, así como la espera.

Saludó al conductor, como siempre, que puso cara de situación, y se sentó delante del todo a la derecha.

Estuvo riéndose prácticamente todo el camino, aguantándose hasta por fin estallar al bajar por la puerta.

Entonces pensó que tenía que disimular hasta cruzar la puerta de su clase. Y el mundo se convirtió en su escenario.

Llegó a la clase, era tercera hora y ya iba unos minutos tarde, así que por supuesto estaban todos vociferando. Como si no lo hicieran siempre.

Fue directo a la pizarra. Tambaleándose y con los ojos inyectados en sangre.

Los que le vieron bien se callaron al momento.

Sacó las llaves de su bolsillo e hizo un ruido horrible contra la pizarra, de forma reiterada, hasta que todo el mundo se calló, le prestó atención y se asustó en mayor o menor medida.

—Ehhh... Bueno, esto. DJ Marcos is in da house, ¿Va? ¿Todo guay? —Fueron las palabras que salieron de su boca.

La clase guardó silencio. La primera vez en todo el año.

—Estábamos hablando de Nietzsche, ¿No? Venga. ¿Quién me resume a Nietzsche? ¿Quizá tú, Raúl? —Le señaló físicamente.

—Nietzsche me la pela —dijo riendo nerviosamente. Esta vez nadie le siguió el juego.

.—Es curioso que digas eso —dijo Marcos yendo directo hacia él—, porque Nietzsche opinaba que la gente como tú le comía la polla. —Le intimidó físicamente acercando la cabeza.

—No puedes decir eso, tío. —Estaba asustado.

—Claro que no. Y os diré por qué. La carga de la prueba. Que alguien lo explique o me largo y os suspendo a todos.

Un joven levantó la mano:

—Porque serías tú el que tendría que demostrarlo y no él lo contrario.

—Exacto, Ángel. Angelito... —Soltó una risotada en voz alta—. ¿Sigues queriendo estudiar Filosofía como carrera? Te diré una cosa, por tu bien, allí tampoco te comprenderán. Nadie te comprenderá. Nunca. Eres un genio y estás como una cabra, asúmelo.

Hubo un leve murmullo que se calmó rápidamente, porque los alumnos seguían asustados, principalmente.

—¿Alguien me sabe explicar el Eterno Retorno? Hubo un silencio.

—Vale, ¿El superhombre? ¿La voluntad de poder? Lo mismo.

—Pues como dijo Sócrates, Iros todos a tomar por culo. ¿Alguien puede entender que estoy sacrificando mi tiempo aquí? ¿Mi vida? ¡En balde?

—Espero que no le importe, señora directora.

—De verdad que lo entiendo, Marcos, no has dado ningún problema nunca, sé que no eres de los que se inventan excusas.

Colgó el teléfono bien pasado el último día de clases, tras ausentarse y mentir como un bellaco y disimular su colocón como un actor profesional.

“11 dreams”

Título en honor al grupo Danés de Power Metal, Mercenary.

Seis caras y sale 11.

Vuelvo a ser ese niño tramposo, Al que ella deja ganar.

En ese juego que murió, Atrasterado en el pasado.

Recuerdos vividísimos,

Entrelazados con la fantasía,

Poderosa que los conformaba.

¿Pero por qué despierto Con dados en las manos?

“Divino tesoro”

Jorge ya era el último que quedaba en aquella sala de espera. Aun así no estaba nervioso, se repetía a sí mismo que en alguna peor se habría visto.

De pronto salió a la sala el último de los jóvenes esmeradamente trajeados —o arregladas, en el caso de las mujeres—, que habían acudido a la cita. Él no tenía ningún traje ni intención de comprarlo, de modo que había acudido con zapatillas, unos vaqueros azules y un polo blanco. El otro joven lo ignoró y se dirigió a la puerta.

Detrás de él iba otro hombre trajeado, sólo que de unos treinta años.

—Usted. Es su turno, pase. La segunda puerta a la derecha.

Se levantó y se dirigió al despacho en el que tendría lugar la entrevista. Ya le habían advertido que en esta cadena de grandes almacenes no se andaban con chiquitas, así que estaba sobre aviso.

Llamó a la puerta.

—Adelante —dijo una voz profunda y ronca.

Entró en el despacho. Era un espacio amplio y bien iluminado con una mesa de madera tres veces más grande de lo necesario para su función —a juzgar por el portátil enchufado a la corriente y los escasos folios que sobre él estaban— y cuadros de dudoso gusto adornando las paredes.

Aquel hombre que le esperaba de pie tendría cuarenta y tantos y era el mejor vestido que había visto en todo el día. Jorge no entendía de ropa formal pero dio por hecho que la de ese señor valía tres sueldos de una persona de a pie.

—Dígame, ¿sus padres están casados o divorciados?

Jorge, que ya llevaba un mal día de por sí, se limitó a tomar y estrechar la mano de aquel descarado.

—Yo Jorge —decía al tiempo que le apretaba fuertemente la mano—.

Encantado.

Acto seguido tomó asiento en la silla de enfrente del escritorio.

El hombre quedó descolocado. Tras unos instantes de pausa, se sentó en su silla de mandamás. Entrelazó las manos con los pulgares apuntando hacia arriba.

—De modo que, está en una fiesta con un amigo y en la fiesta hay 10 personas incluyéndoles a los dos —empezó a explicar el entrevistador en un perfecto inglés británico—. Su amigo le propone una apuesta: le dará un euro por cada persona de la fiesta que cumpla años el mismo día que usted, y usted le dará dos euros por cada persona que no cumpla años el mismo día que usted, ¿acepta la apuesta? —Se le dibujó una sonrisa en la cara.

.—Asumiendo que no sé cuándo son los cumpleaños de las personas en la fiesta, la probabilidad de que una de ellas cumpla años el mismo día que yo es aproximadamente de $1/365$, y la de que no, de $364/365$, así que mi respuesta es no.

—Jorge contestó también en su inglés sin acento definido aunque claramente comprensible.

La sonrisa del entrevistador se borró. Después de esto soltó una retahíla de palabras en francés con un tono malhumorado, con lo que Jorge se limitó a dar golpecitos en la mesa sin entender casi nada.

—No hablo francés, pero puedo avisar a alguien que sí —supo responder también en francés.

—Vale, joven, ya veo que no se le dan del todo mal los idiomas, veamos qué tal se le da el suyo.

Comenzó a escribir algo en una hoja de papel.

—Ahora... —comenzó a decir el entrevistador.

—Le ahorraré la molestia: yendo se escribe con i griega y ese hecho lleva hache —le interrumpió antes de que le pasase el papel.

—Bien, veamos... —cogió la primera hoja de un montoncito que tenía sobre la mesa— Veo por su solicitud que está interesado en el departamento tecnológico, ¿cómo me vendería este portátil? —dijo señalando hacia su escritorio.

—Dado que el modelo es de hace tres años y que tiene un procesador AMD desfasado y una batería que no vale para nada tras tan sólo quinientos ciclos de carga, no lo haría. A no ser que me cayese usted realmente mal, claro está.

El entrevistador dio un golpe en la mesa y se levantó.

—Creo que hemos terminado. Le llamaremos.

Jorge también se levantó, se dieron la mano y él se dirigió hacia la puerta.

—Por cierto, es David —dijo el entrevistador cuando Jorge estaba a punto de irse.

—¿El qué? —dijo Jorge sin girarse.

—Mi nombre. Es David.

—No sea maleducado, nadie le ha preguntado —contestó sin dejar de darle la espalda.

Cerró la puerta tras de sí.

Ad aeternitatem

Crezco plantas doradas,

sin vistas de llegar a término.

Utopía Capital no tiene fronteras,

sólo porque tampoco tiene límites.

Adormidera

Adormidera.

Hice trampa, niña:

No te lo advertí;

El viaje es sólo de ida.

A lo inexplicable, a lo imposible, a lo inalcanzable; Insondable como el alma humana.

Estado de paz perfecto,

Ni mi propia muerte podría perturbarme, Ya que “ello” mató el miedo.

Nunca pude imaginar tanta paz; El mundo, quieto, acallado,

Todo ruido un murmullo que tan sólo mece.

Sólo veo color, sólo huelo vida.

No sé si estoy dormido o despierto,

Puedo vivir sin saberlo, quiero vivir sin saberlo.

¿Cómo sé que estoy vivo? ¿Cómo sé que llegué a nacer?

¿Cómo sé qué es “ser”?

Ahora sólo importa la paz, la paz absoluta. No sé cuánto habré profundizado,

Pero eliminé esa negrura.

Por lo que ya ni siquiera importa cuándo acabe...

[Consejo de Guerra, ¡Soldado!:

“Si puedes hacerlo colocado, sobrio puedes hacerlo igual o mejor”].

Altas pasiones

La meta a cada paso;

La muerte en cada respiración;

Vida pura a cada latido.

Anarquía y Brea Fría

I Parte

Capítulo 1: El secuestro

—¡Mirad quién ha decidido despertarse! —exclamó una voz lejana a la que siguieron algunas risotadas.

—¿Qué? ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Dónde estoy para empezar? ¿Quiénes sois vosotros? — Toni estaba más que confuso.

—Es curioso. Yo iba a hacerte la misma pregunta —respondió una mujer joven pelirroja.

¿Quién eres y qué es lo último que recuerdas?

Por primera vez Toni se dio cuenta de que le convenía mirar a su alrededor. Estaba en un salón grande, había una chimenea y una reserva considerable de leña, aunque nadie había hecho fuego. Cerca de la chimenea había un mueble grande de madera. En la pared que quedaba a su izquierda, se encontraba un fregadero de cocina con un par de puertas bajo él.

La joven que le había hecho la pregunta se encontraba sentada en un sillón, y aún le estaba inquiriendo con los ojos. En un sofá, había otros tres jóvenes, un chico no muy alto aunque robusto con el pelo alborotado, una mujer rubia y delgada, con el pelo bastante largo y algo ondulado y, el que más cerca estaba de él, otro hombre increíblemente pálido y bastante alto, con ojeras pronunciadas y media melena de pelo negro azabache. Por lo que fuera intuyó que ése era el mayor de los cinco que allí se encontraban, incluyéndole a él.

Él mismo se encontraba en otro sofá. Los demás habían tenido el detalle de dejarle dormir, por lo que parecía.

La misma mujer que le había hablado le repitió la pregunta.

—Me llamo Toni, soy de Madrid, no estoy seguro de qué es lo último que recuerdo y esto me está empezando a dar miedo.

—Bien, Toni —continuó ella—, yo soy Martina pero creo que no me has entendido, necesitamos saber bastante más de ti. Quién eres, qué has estudiado, a qué te dedicas, qué es lo último que recuerdas... Todo cuenta.

—Vale, vale. Estudié Filosofía y ahora trabajo limpiando cacharros en el office de una cafetería. Lo último que recuerdo es que estaba yendo del trabajo a casa, y me desperté aquí, no hay más.

Todos se miraron extrañados entre sí.

—Entonces, ¿no eres científico? ¿A ti no te dieron un calambrazo? —Preguntó la joven rubia.

—No, lo siento, no entiendo por qué habría de ser científico ni mucho menos por qué deberían haberme electrocutado. ¿Y tú eres?

—Yo me llamo Raquel. Soy ingeniera genética, de Valencia, estaba terminando el doctorado. Estamos calibrando qué podemos estar haciendo aquí o quién ha podido traernos hasta aquí o

simplemente dónde narices estamos. Llegas un poco tarde a la fiesta, eso es todo, sólo estamos sorprendidos porque todos nosotros somos científicos y a todos nosotros nos electrocutaron antes de perder la consciencia.

—Vale, ¿y tú, esto, Martina? —Preguntó Toni.

—Yo soy ingeniera agrícola, de Sevilla —Toni se mordió la lengua, el acento se le seguía notando de lejos—, trabajo para un grupo empresarial que busca aumentar su producción de bienes agrícolas, como si eso existiese... El caso, a mí también me electrocutaron y me desperté aquí.

—Entonces quedáis... —Siguió Toni.

—Yo soy Alejandro —contestó con ímpetu el joven del pelo alborotado. Soy Técnico de Laboratorio, de Barcelona. Llevo varios años trabajando en varios departamentos de varios hospitales.

—Y yo soy Javi —terminó para cerrar el hombre pálido. Soy bioquímico, de Bilbao, trabajo como catedrático e investigador de la Universidad del País Vasco.

—¿Pero tú cuántos años tienes? —inquirió Martina.

—Cumpló 29 en marzo.

—Guau...

—Por cierto, eso es importante —siguió Toni, mirando a la pared. Ahí hay un calendario, junto con un bolígrafo atado a una cuerda, está puesto en el mes de febrero. Creo que podemos acordar que no nos han tenido inconscientes más de un mes, pero aun así sería interesante asegurarse de en qué día vivimos.

»Porque imagino que no soy el único al que le han quitado el móvil, ¿no?

»Bien. Propongo echar un vistazo al edificio y a los alrededores. ¿Todos a una?

Capítulo 2: Nuestro objetivo

Terminaron de inspeccionar el salón grande. Lo único que se habían dejado eran algunas mantas por entre los sillones y sofás, útiles de cocina y aceite en el armario de madera barnizada y una cocina tipo vitrocerámica blanca y cubierta muy parecida en el exterior a una lavadora, en la que tampoco habían reparado.

Desde la sala se extendía un pasillo en cada dirección. Tomaron la del mueble y vieron que ese lado del pasillo daba a dos habitaciones y unas escaleras semicirculares al fondo, echaron un vistazo dentro de cada una de ellas y vieron que cada una era similar; tenían una cama, un cuarto de baño individual y un armario con algo de ropa.

Siguieron por el otro lado del pasillo, entraron en otra habitación con una disposición muy similar a la de las dos anteriores. Prácticamente enfrente había otra puerta, sólo que en vez de ser de madera como las otras, era gris y metálica y, además, estaba cerrada con llave.

Se encaminaron a lo que parecía la puerta que daba al exterior.

¿Sabéis? —dijo Alejandro justo antes de abrirla—. Me parece muy extraño que la habitación del fondo tuviese ropa exactamente de mi talla.

—Ahora que lo dices —siguió Raquel— la habitación contigua tenía también ropa justo de mi talla...

—Esto es imposible —terminó Javi—. La mía, no sólo tenía ropa de mi talla, sino que además, algunas de las prendas eran casi idénticas a otras que he tenido en algún momento de mi vida.

—Está bastante claro —dijo Toni—, ya tenéis habitación.

—¿Y nosotros? —Preguntó Martina.

—Deberían estar en la planta de arriba. Aun así, ¿qué te parece si terminamos de echar un vistazo al exterior, ya que estamos?

—Vale.

Los cinco salieron por la puerta.

Estaban en medio de ninguna parte, aunque sí era cierto que no había ninguna barrera física que les impidiese salir de ahí si así lo desearan, sólo bosque frondoso.

—Esto es bastante impresionante —dijo Martina—. El edificio parece un monasterio medieval, pero es como si alguien lo hubiese reformado de arriba a abajo. Hay placas solares en el tejado y baterías de litio. También hay un huerto bastante cuidado y que tiene un poco de todo, mirad:

»Tenemos habas, guisantes, espárragos, cebollas, judías verdes, espinacas, acelgas, fresas, naranjas, ciruelas... Sólo con esto tenemos de sobra para nosotros cinco.

—No pretenderás que nos alimentemos a base de fruta y verdura, ¿no? —le espetó Raquel.

—Habría que verlo...

—Esperad, ¿nos hemos vuelto locos? —Dijo Alejandro—. ¿Quién ha hablado de quedarse aquí?

—Para empezar si queremos irnos igual deberíamos averiguar dónde estamos primero

—contestó Toni—. Es de suponer que nos han puesto aquí por un motivo. Haya sido quien haya sido le debemos de resultar útiles por unas cosas o por otras. Además, igual hasta es interesante, ¡quién sabe!

—Ah, ¿sí, señor sabelotodo? —¿Y me puedes explicar qué pinta aquí un merendero? Y más interesante, ¿para qué queremos un pozo si el edificio cuenta con agua corriente? — Dijo señalando un pozo de piedra que había pasando el huerto.

—El merendero igual es para que comamos cuando haga buen tiempo. Y el pozo... Creo que sólo hay una forma de saberlo.

Toni se dirigió directo al pozo y los demás le siguieron. Cuando llegaron allí, algo llamó la atención de Martina, que dobló la esquina separándose del grupo.

—Esto no está bien. Nada bien. —Se fue derecha a meterse en el huerto, pasando el pozo de largo, y sin pensarlo dos veces cogió varios puñados de verduras distintas hasta tener las manos llenas.

—¿Qué ocurre? —Preguntó Javi—.

—Venid —contestó, sin dejar de andar. Los otros cuatro la siguieron.

Doblando la esquina del monasterio había un corral con más o menos una decena de gallinas, aunque parecían muy aletargadas.

—Deben de llevar mucho sin comer —dijo Martina, al tiempo que les echaba la verdura—. Creedme, pueden sernos de mucha utilidad.

—¿Podemos volver al pozo? —dijo Alejandro con impaciencia. Hubo un momento de silencio y finalmente volvieron a él.

Se asomaron un poco dentro del pozo, pero no había forma de vislumbrar qué había en el fondo. Aun así había un mecanismo de polea, así que lo lógico era que hubiese un cubo o algo similar en el otro extremo.

Tiraron de la polea y finalmente sacaron de dentro un cubo gris metálico, con algo de agua y cinco llaves de tamaño mediano.

—Creo que está bastante claro, ¿no? —Dijo Toni.

Los cinco se dirigieron de nuevo al edificio y probaron las llaves en la puerta metálica. Se abrió.

Según se pasaba por la puerta, había varios interruptores de luz. Los encendieron todos. Las escaleras bajaban hasta una especie de sótano.

Cuando llegaron al final no podían creerlo. Alguien había dispuesto el sótano en su integridad como un laboratorio.

Había tres mesas de trabajo, disponiendo la central de lo que parecía un solo ordenador con salida a cinco pantallas.

En el resto de la sala había de todo: microscopios, pipetas, material de vidrio, una nevera, varios aparatos útiles para distintas técnicas y otros tantos material del que los dos del grupo que no eran científicos no habían oído ni hablar.

Sobre la pantalla central del ordenador había un post-it rosa, que rezaba, en letra de ordenador:

EGTBPKIZQCFFH.

+1, -2, +1, -3, +2...

—Vale, ¿y ahora qué? —dijo Raquel.

—No lo sé, yo todavía estoy alucinando —le siguió Alejandro.

—Dejad —dijo Martina, abriéndose paso. Cogió un bolígrafo de un cajón cercano y se puso a trastear con el trozo de papel rosa.

—¿Por qué no encendemos el ordenador sin más? —Preguntó Raquel.

—Hazlo si quieres —contestó Toni—, pero sin esa contraseña no creo que hagas nada. Raquel encendió el ordenador y puso una mala cara al comprobar que, efectivamente, solicitaba una contraseña. Claro que no había ningún mensaje, sólo un cuadro de texto vacío.

—Madre mía... —Martina se había quedado blanca.

—¿Qué pasa? ¿Lo has descifrado? —Preguntó Javi.

—Sí...

—¿Y bien?

—“Diseño génico”.

—¿Qué? ¿Estás segura?

—Que sí, que sí... —Le pasó el papel.

Javi lo introdujo en el ordenador y éste dio el mensaje Bienvenue, para luego arrancar lo que parecía ser un sistema operativo en base Linux.

—¿Eso era...? —Dijo Javi, ya muy incrédulo.

—Francés, sí, como en Février —contestó Toni. Los otros le miraron.

—El calendario, estaba en francés, me acabo de dar cuenta.

—Eso qué quiere decir, ¿qué estamos en Francia? —Preguntó Raquel.

—Si la persona que nos ha juntado aquí tiene un mínimo de decencia, eso sería lo suyo. El clima y las horas de sol concuerdan, al menos.

»De momento, ¿qué día es hoy? Javi pinchó en el calendario.

—Según esto son las seis y veinte del domingo 17 de febrero. ¿Crees que podemos fiarnos?

—No veo por qué no. ¿Qué hay en el ordenador?

—Dame un par de minutos.

Los demás esperaron en silencio a que Javi echase un vistazo preliminar.

—Esto tiene que ser una broma.

—¿Qué ocurre?

—Recuerdas la contraseña, ¿no?

—Sí, “diseño génico”, ¿por qué?

—Vale. No tenemos conexión a Internet, pero sí lo que equivaldría a todas las enciclopedias habidas y por haber de biología, bioquímica, genética, ingeniería genética... De todo. ¿Sabes lo que es la edición genética?

—Sí, modificar el ADN de un organismo con algún fin, ¿no?

—Bien. ¿Entiendes lo que supone el concepto de “diseño génico”?

—No estoy seguro.

—Pues ya te lo digo yo, estamos hablando de la creación de organismos genéticamente nuevos.

—Te estás riendo de nosotros, ¿verdad? —Dijo por fin Raquel.

—En absoluto. Mira esto. —Javi abrió en todas las pantallas un programa con el nombre “Proyecto I – Edén”.

—Déjame ver... No, es imposible.

—¿Qué me estoy perdiendo? —Dijo Toni.

—Este proyecto, Edén... Parece tecnología extraterrestre.

—¿Pero estamos hablando de algo real o es una cámara oculta? Ya no sé qué pensar, de verdad —siguió Alejandro.

—Si es una broma alguien se ha esforzado en hacer que parezca muy real. Este proyecto solo tiene mil páginas.

—¿Qué hay en el otro? —Preguntó Martina.

—Pues pone “Proyecto II – OIL-ER” —siguió Javi.

»Éste es más descabellado si cabe aún.

»Vale, creo que tengo una idea. Estoy convencido de que alguien no pudo terminar este proyecto, sea lo que sea, y de que nos ha reunido aquí para que lo hagamos en su lugar.

»También espero que estéis de acuerdo, en que hacerlo es la mejor vía de escapar de aquí, ya que, aunque no hay ninguna barrera entre este edificio y el exterior, sí estamos hablando de que quienquiera que nos ha puesto aquí lo ha hecho por medio del secuestro.

Todos asintieron.

»Y creo, que como la persona que más experiencia y conocimientos tiene en estos asuntos soy yo, debería estar yo al mando. ¿Estáis de acuerdo?

Dudaron, pero finalmente le dieron la razón.

»Bien. Toni, has dicho que eres filósofo, ¿verdad?

—Sí.

—Antes has dicho una cosa que me ha resultado muy interesante, y es que todos estamos aquí por un motivo, ¿lo mantienes?

—Sí —respondió con firmeza.

—Perfecto. ¿Por qué estudiaste Filosofía?

—La respuesta real es algo muy personal. Lo más parecido que puedo dar aquí es que quería experimentar de forma más intensa la realidad.

—¿Dirías que tu forma de entender las cosas tiende más bien a lo genérico o a lo concreto?

—A lo genérico. Y en extremo, además.

—Bien. ¿Te gustaría coordinar el trabajo?

—¡Pero qué dices, Javi! —Exclamó Alejandro.

—Te recuerdo que estoy al mando, lo hemos decidido por unanimidad, si damos pasos atrás esto se puede hacer muy largo.

Él retrocedió físicamente.

—Acepto.

—¡Pues tú dirás! —Exclamó él también dando una palmada.

—Alejandro, Raquel y tú trabajaréis en el laboratorio. Martina se encargará del mantenimiento de la finca y yo, como bien dices, coordinaré.

—Vale, ¿qué hacemos los del laboratorio?

—Creo que un buen primer paso sería hacerse una idea aproximada de la magnitud del problema. Para ello quiero que estudiéis toda la documentación y me hagáis un resumen histórico de lo que ha pasado aquí.

—¿Plazo?

—Decididlo entre vosotros.

—¿Una semana, chicos? —preguntó Javi.

—Sí —dijo Alejandro.

—Qué remedio —le siguió Raquel.

—Creo que tendremos que cenar en algún momento... ¿Te parece si nos encargamos de eso, Martina?

Ella asintió. Los dos salieron del laboratorio. Coincidieron en que les picaba demasiado la curiosidad por ver cómo serían sus habitaciones como para hacer otra cosa antes.

Subieron por las escaleras hasta la planta de arriba. Allí había dos habitaciones, sólo que daban al lado contrario que las de la planta baja, esto es, al del huerto y el pozo. Inspeccionaron primero la del fondo. Estaba claro que ésa la habían dispuesto para ella.

Pasaron también por la que quedaba, pero sólo echaron un vistazo rápido. Se dispusieron a organizarse para preparar algo de cenar.

Capítulo 3: Investigación

Martina apareció de nuevo por la puerta con más verduras en una cesta. Entretanto, Toni había preparado la mesa plegable que se encontraba apoyada contra el fregadero enfrente de uno de los sofás, y rodeada por otros dos sillones, de modo que hubiese sitio para que cenasen los cinco.

Sin necesidad de hablar mucho, Toni cogió una sartén del armario, le echó algo de aceite de oliva y la puso en la vitrocerámica.

—Me parece que vamos a tener que comer mucha verdura mientras estemos aquí.

—Pues sí —respondió Martina—, al menos hasta que las gallinas vuelvan a dar huevos... Eso puede tardar un par de días. De todas formas habría una solución fácil para suplir esa carencia, pero creo que no os haría mucha gracia.

—¿Cuál?

—Insectos. Comer lo que da la tierra, tan fácil como eso. Cuando terminé la carrera lo sugería en todos los sitios a los que iba, pero cuando vi que eso sólo servía para que me tachasen de loca dejé de intentarlo. Es una pena, es un modelo con muchísimo potencial.

—A mí no me echaría para atrás... Pero a éstos igual sí. Mejor lo dejamos entre nosotros.

»Esto ya va estando, ¿por qué no bajas a avisarles?

Un rato más tarde Martina volvió con los tres investigadores en lo que Toni había terminado de poner la mesa. Los cuatro estaban discutiendo.

—¿Podemos sentarnos a la mesa y hablar de lo que se trate? —preguntó Toni. Quizá movidos por el hambre más que por otra cosa todos obedecieron.

»¿Qué ha pasado?

—Una diferencia de criterio —respondió Raquel.

—¿Cuál?

—Javi está loco, Alejandro está empezando a estarlo también y yo no quiero que esto me cueste mi salud. Ya está.

—Has visto lo mismo que nosotros —contestó Javi—. Apenas hemos rasgado la superficie, pero todo lo que hemos visto es más que sólido.

—Yo no lo había visto en mi vida. Ni eso ni nada parecido.

—Lo cual no impide que sea correcto, ¿no crees?

Terminaron de comer casi en silencio. En algún punto de la conversación éste se rompió cuando Alejandro preguntó si no habría forma de conseguir pan, a lo que Toni contestó que había visto harina en el armario, y que él mismo podría encargarse de cocinarlo en el horno al día siguiente.

—En fin, yo me voy a mi habitación y mañana será otro día —dijo Raquel, al tiempo que se levantaba con sus cubiertos, se dirigía al fregadero para limpiarlos y luego ponerlos en el escurridor y finalmente salía por el pasillo.

—Tampoco es mala idea —dijo Alejandro, al ir a hacer lo mismo.

—Pues no —dijo también Toni.

Quedaron Toni y Martina en la mesa, recogieron su parte sin prisa y subieron las escaleras.

Ya arriba, se dieron las buenas noches y se dirigió cada uno a su cuarto.

Toni comprobó lo que al principio no se podía creer. Alguien había puesto junto a su armario una barrica de madera de unos treinta litros y dos jarras de medio litro más o menos. Levantó la tapa y se percató enseguida de que aquello era hidromiel, como la que solía hacer cuando se fue de casa de sus padres.

Se desvistió, encontró un pijama en el armario y se dirigió con él al baño. Pensó que ya se ducharía al día siguiente, que por esa noche ya bastaba con lavarse un poco y asegurarse de que salía agua caliente. Y así era.

Se miró al espejo, tenía su media melena castaña más o menos bien peinada y su barba de un mes arreglada. Buscó cuchillas de afeitar, pero sólo encontró unas tijeras de peluquero en su lugar. “No me harán falta”, pensó.

Empezó a secarse. A sus 26 años tenía unos saludables 95 kilos de peso para su metro noventa de estatura. El último año haciendo deporte le había hecho muchísimo bien a su físico.

Se puso el pijama, llenó una de las jarras con la hidromiel y se dispuso a bebérsela con toda la calma del mundo en el borde de su cama.

Al día siguiente, le despertó el sonido del corral, algo antes de que amaneciera. Buscó ropa, se duchó y bajó a la sala común. Allí preparó una masa considerable de pan para luego meterla en el horno. Sabía que se arriesgaba a que si salía mal habría desperdiciado mucho material, pero no pensaba que fuera el caso.

Ese día también parecía que iba a ser frío, así que preparó una pequeña lumbre con la leña disponible, la prendió con algunas cerillas y acercó un sillón para estar caliente en lo que se preparaba el pan.

Cuando se quiso dar cuenta ya habían llegado todos sus compañeros. Sacó el pan del horno y lo puso a enfriar un poco sobre una tabla de madera.

—Tenemos pan para rato —dijo—. Yo creo que sería una buena idea desayunar pan con aceite.

Los otros le tomaron el consejo, le agradecieron el esfuerzo y desayunaron junto al fuego.

—¿Cuál es el plan para hoy, Toni? —preguntó Javi.

—Vosotros tres al laboratorio y Martina y yo mantenimiento. Creo que podemos tomar esto como esquema general hasta que haya algún avance importante.

Llegada la hora de la cena, los ánimos parecían más calmados. Aun así nadie parecía querer hablar de los progresos en el laboratorio, así que hablaron de temas más mundanos.

Martina y Toni subieron a su planta. Ella le sugirió que pasaran un rato en su habitación, pero él le contestó que mejor se pusiera un pijama y fueran a la suya.

Ella entró pasados unos minutos con un pijama puesto y él la estaba esperando de la misma guisa.

—No se lo cuentes a nadie —le dijo Toni, sonriendo—, y llenó dos jarras de hidromiel de la barrica y se dirigió a la cama con ella.

—¿Esto es alcohol?

—Sí señora. Del bueno, además. Es hidromiel, debe de tener unos 7 grados, y estoy seguro de que es el único alcohol de beber que hay en el edificio. Que no se entere nadie, ¿me puedo fiar de ti?

—Sí, claro... Toni... Creo que no has estado muy atento, pero hay un motivo por el que quería estar contigo esta noche.

—Imagino, pero siento decirte que no va a poder ser... Soy gay —dijo al tiempo que le pegaba un trago a la bebida.

—¿En serio?

—Y tan en serio.

—¿Entonces...?

—No, no hay nada que hacer.

—¡Joder! —Golpeó la cama con el puño.

—Por favor, tranquilízate, eso sólo significa que no vamos a tener nada romántico. Ni sexual, por descontado. Pero no que no podamos tener confianza... Algo más íntimo. Ella dejó su jarra en el suelo y salió por la puerta.

El día siguiente no trajo nada especialmente nuevo, sólo que la relación entre Martina y Toni se había enrarecido. Aun así cada uno de ellos daba lo mejor de sí para que los demás no se percatasen.

Llegada la noche, fue Toni quien fue a buscar a Martina a su habitación. Ella tenía la puerta entreabierta, con lo que él se limitaba a hablarla desde fuera.

Al fin ella salió, medio sollozando. Él la abrazó y la invitó a pasar nuevamente a su habitación. Ella aceptó.

Toni le dejó bien claro que no había ninguna obligación de beber para nadie. Ella sonrió y llenó su jarra; él le devolvió la sonrisa: les iba a gustar aquella dinámica.

Capítulo 4: Escollos

Por fin llegó el día; había pasado una semana. Los investigadores invitaron tanto a Toni como a Martina a bajar al laboratorio.

Cuando los cinco estaban frente a las pantallas del ordenador, Javi tomó la palabra:

—Bien —empezó. Como ya sabréis, este sistema cuenta con todo el conocimiento académico que podríamos desear. Pero eso no es lo más interesante. Lo más interesante es, con diferencia, estos dos programas, llamados “Proyecto I – Edén” y “Proyecto II – OIL-ER”, respectivamente. Hemos seguido tus indicaciones y hemos preparado una explicación

siguiendo un registro y evitando los detalles técnicos que, por cierto, son abrumadores, en aras de hacerlo más comprensible.

»Como cabría esperar, el primer proyecto es anterior en tiempo al segundo. Consiste en el diseño de un organismo genéticamente nuevo, diseñado para neutralizar los residuos plásticos. Al parecer se trata de un trabajo en equipo, entre cuatro personas, tres de las cuales se refieren a sí mismas con iniciales (P. D. y F.) y la cuarta, un tal Ángel. Por lo que parece el proyecto se canceló por ser antiético y potencialmente peligroso.

»¿Sí? —Martina había levantado la mano.

—¿Se llegó a conseguir dicho organismo?

—Lo tienes ahí mismo —respondió señalando una probeta. Lleva ahí desde el principio.

—Bien. En cuanto al segundo proyecto, se trata de algo mucho más delicado. Al parecer el tal Ángel pegó la espantada y se puso a trabajar en solitario en algo más peliagudo: otra bacteria de diseño, sólo que esta vez pensada para alimentarse del propio petróleo como diana, con lo cual Ángel pensaba que se atajaría el problema de raíz. Por supuesto estamos hablando de cambio climático, destrucción de ecosistemas, contaminación de los océanos...

—¿No me dirás que ése también está aquí? —Preguntó Toni.

—Eso es lo mejor de todo. No, no está. Al menos físicamente. Me explico: Ángel lo tenía todo teorizado: planos, cálculos, modelos. Todo. No hay nada que haga pensar que no fuera a funcionar, pero por lo que sea no llegó a materializarlo.

»Y por eso estamos aquí. Nos han dado un manual de campeonato, y ahora debemos tomar una decisión.

—Vale, pero hay algo que sigue sin cuadrarme —respondió Toni—. Si Ángel lo tenía todo teorizado, ¿qué le impidió materializar su proyecto?

—Esperábamos que tú pudieses ayudarnos en ese punto —dijo Raquel.

—No sé, quizás le apartaron por la fuerza de algún modo, puede que seamos su plan B, su as en la manga.

»Todo esto tiene un punto curioso. Esto me recuerda muchísimo a las yincanas que solíamos hacer en el Juan de la Cierva.

—Hacías yincanas en tu instituto. Tus profesores debían de ser súper majos —rio Martina.

—En realidad era algo así como mi segundo instituto, un programa para superdotados de la Comunidad de Madrid.

—¡Qué casualidad! Yo iba a uno similar en Sevilla.

—De casualidad nada —siguió Raquel— en la Comunidad Valenciana yo iba a uno igual.

De pronto todos se miraron con cara de preocupación.

—¿Entonces qué? ¿Lo ponemos en práctica o no? —preguntó Javi.

—Yo diría que sí, puede que sea nuestra única alternativa. Eso sí, aquí el plazo sí que lo ponéis vosotros.

—Tres semanas.

Los días siguientes pasaron rápido. Se había llegado a un clima de convivencia y de rutina, Martina y Toni seguían profundizando en su relación noche tras noche y los investigadores se pasaban casi todo el día en el laboratorio.

Cuando faltaban tres días para que cumplierse el plazo que ellos mismo se habían impuesto, a Toni le despertaron unos gritos que salían de la planta baja.

—¿Es que no te das cuenta de lo que esto significa? —Era la voz de Raquel.

—No, ni yo ni nadie, porque si no te has dado cuenta...

—¿Queréis bajar la voz? —les interrumpió Alejandro, no nos interesa que nos oigan. Claro que no sabían que Toni ya estaba escuchando a hurtadillas.

—A ver, Raquel —siguió Javi—, esto es totalmente nuevo. Lo hemos conseguido y eso es lo importante.

—No Javi, eso no es lo importante, ¿es que acaso has calibrado las consecuencias?

¿Es que se puede hacer eso siquiera?

—Vale, ¿qué es lo peor que puede pasar?

—No sé, ¿qué tal, guerras, colapso económico mundial...?

—Vale, ¿y si no? ¿Cuánto te crees que le queda a este puñetero planeta? Estamos rozando el punto de no retorno, por Dios, no hace falta ser astrofísico para verlo.

—Chicos —volvió a interrumpirles Alejandro— es tarde y estamos cansados. Sugiero que se haga un debate extenso sobre el tema cuando estemos todos. Por lo pronto yo me voy a dormir.

Cada uno entró en su habitación.

Toni esperó con paciencia infinita a que pasara al menos una hora, y después entró en el laboratorio con sigilo.

Encontró lo que esperaba. En la primera mesa, había una gradilla con varios tubos de ensayo que contenían lo que parecía ser petróleo, cogió uno que parecía estar a medio digerir y se lo metió en el bolsillo. Volvió a su cuarto.

Capítulo 5: El gran debate

A la mañana siguiente, en el desayuno, Javi tomó la palabra para anunciar que habían conseguido su objetivo, y que deseaban plantear un debate sobre qué era la mejor idea que hacer con él.

—Cuál es tu posición —le preguntó Javi a Toni.

—De momento sólo deseo moderar el debate.

La posición de las partes estaba clara: Javi estaba convencido de que liberar a OIL-ER en el medio era la única forma de salvar el planeta, Alejandro pensaba, al igual que Martina, que no veían forma humana de tomar una decisión tan drástica y de consecuencias tan imprevisibles. Raquel directamente pensaba que podían estar hablando de cualquier cosa desde terrorismo medioambiental hasta un arma de algún gobierno contra países en vías de desarrollo pero con grandes reservas petrolíferas.

Toni tan sólo se limitaba a intervenir cuando los ánimos se caldeaban más de la cuenta.

—Está bien —dijo—. Creo que por hoy ya es suficiente.

—¿A qué te refieres, si...? —dijo Martina.

—Sé muy bien que aún es pronto. Aun así, propongo que cada uno medite en su habitación — contestó poniendo énfasis en el pronombre— sobre lo aquí hablado y no volver a reunirnos hasta mañana.

Como no podría ser de otro modo, Toni pasó el resto de la tarde bebiendo mucha hidromiel y dando vueltas sin moverse de la cama, hasta que se durmió algo entrada la noche...

Capítulo 6: Decisión unilateral.

Volvieron a juntarse a la mesa del desayuno, con aceite y pan del día anterior.

Empezaron a comer con ganas y al poco rato Toni rompió el silencio.

—Está bien. He tenido una idea. No sé si será buena pero vamos a averiguarlo pronto.

»En su día propuse que todo lo que pasa en este edificio forma parte de una especie de yincana, que nada es casual. Pues bien, quiero que meditemos sobre quién puede ser ese tal “Ángel”. Por lo que sabemos podríamos estar hablando de cualquier persona o personas usando un pseudónimo. Quiero que hagáis memoria, ¿habéis tenido algún tipo de profesor llamado Ángel, especialmente en los centros para superdotados?

Todos negaron con la cabeza.

—Esperad —dijo de pronto Martina. Quizá no estemos hablando de Ángel como nombre propio, sino de un ángel.

—Eso va desde el querubín Lucifer hasta el arcángel que le mandó al abismo — contestó Alejandro.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Toni.

—Miguel.

—No será un mexicano de mediana edad con bigote y entradito en carnes, ¿verdad? — preguntó Raquel.

Acto seguido todos excepto Toni soltaron una risotada. Para luego quedarse paralizados ante lo que acababa de suceder.

—No puede ser, ¿me estáis tomando el pelo? —dijo Martina, más asustada que otra cosa.

—No. Perdamos. Los nervios —sentenció Toni—. Aquí nadie se está volviendo loco,

¿estamos? Podríamos estar ante un simple truco de salón. Yo iba dos sábados al mes, al menos, y no le veía siempre. Quizás eran gemelos o trillizos, o a lo mejor actores caracterizados, o a lo mejor el hombre tenía la puñetera tarjeta dorada de la Renfe, pero mantengamos la calma.

—Vale, Toni —siguió Javi—. ¿Entonces esto qué es? ¿Un proyecto secreto del gobierno? ¿De una organización en la sombra? ¿Cómo sabemos que no nos han utilizado?

—Ah, eso. Podéis estar seguros de qué sí. Yo sí, al menos.

—¿Qué leches estás diciendo, Toni? —Martina seguía asustada.

—Fue anoche. Un dron estaba revoloteando por mi ventana. Me hizo señales con un láser rojo bastante potente y luego se posó junto al pozo.

—Nos estás vacilando —dijo Alejandro.

—No —contestó Martina—. Yo también vi esa luz.

Hubo un momento de silencio tras el que Toni recobró la palabra.

—El caso, es que dejé un tubo de ensayo que había robado del laboratorio la noche de antes donde se había posado el dron. Y esta mañana ya no estaba. Se acabó.

—Eres un desgraciado —dijo Martina, casi llorando.

—No podía arriesgarme, tenía que saber que ya sería tarde, que el daño ya estaría hecho.

El sonido de una hélice cortó el silencio.

—¿Eso es...? —dijo Raquel

—El dron —contestó Toni.

—¿Y eso que lleva es...?

—Una granada de gas.

II Parte

Capítulo 7: Traslación

—Así que lo del suicidio ya no es tan buena idea, ¿eh, campeón?

—¿Dónde...?

—Estás en la enfermería, Antonio, y yo soy tu médico.

»Tengo hambre y pocas ganas de trabajar, así que vamos al grano, si te parece.

Toni asintió.

»Te quedan... Ocho meses de condena. No parece que sea para tanto, pero aun así deja lugar a dudas. No sabemos qué puñetas te has metido, sea lo que sea no es habitual y por tanto no aparece en los análisis. Tampoco me voy a complicar mucho la vida, así que dime,

¿intentabas quitarte de en medio o sólo colocarte?

—No recuerdo haber hecho ninguna de las dos cosas. ¿Qué día es?

—Has estado un mesecillo en coma. Pero dime, ¿suicidio o drogas?

—Ni lo uno ni lo otro. No piense mal de mí, pudieron drogarme sin que me diera cuenta... Para intentar violarme. O envenenarme para matarme por vaya usted a saber qué. ¿No me cree?

—Volveré mañana —dijo el médico tras tomar algunas notas.

Al poco tiempo una enfermera vino a cambiarle el goteo de suero. Se desabrochó el botón de arriba de su polo rosa. Rosa, era el color más bonito que podía existir, pensó. No le hacía falta más.

Aquelarre

Hora de conjurar a las brujas.

Tres de la mañana, mitad de ninguna parte, sólo alumbra la Luna. “Hola”

Dije tímidamente.

“Eres educado, empiezas bien”. “Busco algo”.

“No sé si te lo podemos dar”. “¿Entonces quién?”

“La pregunta es “¿Quién sabe?””. “Estoy herido”.

“¿Qué te puede sanar?”. “Alguna palabra”.

“Necio... Las palabras no hacen magia”. “¿Qué la hace?”.

“Eso nunca te lo diremos”.

“Me parece bien, si no son las palabras, ¿Una persona?”. “¿Qué tal tú mismo?”.

“¿Para esto he venido aquí? ¡No sois fáciles de encontrar!” “Pues anda que lo que buscas...”

“¿Dónde está?”

“Ah, cualquiera sabe”. “No me estáis ayudando”.

“Nunca dijimos que fuéramos a hacerlo”. “Pero podéis”.

“Eso tampoco te lo decimos”. “¿Entonces qué hago aquí?”.

“Lo que sí sabes es que has venido, ¿Cierto?”. “Sí”.

“¿Para qué?”. “Busco algo”.

“Vamos... Verbalízalo”.

“Justo eso, una palabra, que me salve”. “¿Quién te ha dicho que eso existe?”. “Pero lo busco”.

“¡Ja! ¿Por qué no la piedra filosofal? Ya puestos...”. “Preferiría esto, mil veces”.

“Al menos tienes claras tus prioridades”:

“Voluntad”.

“¿Cómo dices?”. “”Voluntad”. Es una palabra”.

“Sólo recuerda nuestras palabras: las palabras no hacen magia, nunca te diremos qué sí la hace. “Voluntad” es sólo una palabra si no obra”.

“”Acción”. Esa es otra palabra”.

“Que tampoco es mágica, ¿A qué te dedicas?”. “A lo mío”.

“¿Y qué es lo tuyo?”. “Soy el mejor en lo mío”.

“”Confianza”. Una pena que no podamos darte pistas”: “Sé bien por dónde vais: “fe””.

“Tampoco es mágica. Cuándo lo entenderás, nunca te diremos qué palabra sí es mágica... Aunque esa es interesante, necesaria”.

“Porque quizá no se pueda saber sin fe, al fin y al cabo, estoy en medio de una Conjura de Brujas, ¿Quién me garantiza que no estoy alucinando?”.

“Muy cierto”.

“Pero ya que estamos: “necesidad””.

“Redundante y paradójica en este contexto; necesaria. Viniste por algo”: “Una necesidad”.

“Di, ¿Cuál?”

“Detesto repetirme”. “Admiramos tu valor”.

“De eso voy sobrado, siguiente”. “Estás jugando con fuego”.

“Me quemé hace mucho, busco regenerar la piel”. “¿No tienes piel? Pobre...”.

“No. Soy una Tierra sin capa de ozono y me están lloviendo hondonadas de hostias cósmicas”.

“Así que eso es lo que te pasa”. “Sí”.

“Gracias por verbalizarlo. ¿Mejor?”. “Tampoco te creas”.

“Porque esas palabras tampoco son las mágicas, y nunca te diremos cuáles sí lo son”.

“¿Y si estoy buscando algo que no existe?”.

“Todo existe, si le echas la suficiente imaginación”: “Imaginación”:

“¿Ya te has dado cuenta?”. “¿De que estoy soñando?”. “Eso mismo”.

“Desde el principio”:

“¿Entonces?”.

“Estoy desesperado”:

“¿Y por qué nosotras? No queremos ayudarte”.

“Y yo qué leches sé. Simbolizáis sabiduría. Además, que no queráis ayudarme no significa que no lo hayáis hecho”.

“¿Cómo te atreves?”.

“Pensadlo. Estoy tan desesperado que busco magia. Y, aunque esta exista fuera de la imaginación, no queréis compartirla.

»Pero, como he dicho, simbolizáis sabiduría, y sé que estoy soñando, desde el principio, eso sólo puede significar que la respuesta yace dentro de mí:”.

Aquí me desperté.

Autoayuda extrema: Sea su propio exorcista

“Ahora deja fluir el pensamiento. Aquí no hay restricciones. Más bien libertad con tintes de libertinaje.

¡Que ruede ese boli! Ya importa poco, ya importa poco cómo o por qué has llegado a esto.

Tírate del pelo. Fuerte. Eso ayuda. Pero... No, Dios, no, otra palpitación. Entonces hemos quedado en que... ¿Esto es el diablo? Las señales están ahí.

No las puedo seguir ignorando. Me atrapan, me empujan...

¡Pero quién coño puede razonar con esta taquicardia? Pum, pum, pum, ¡Pum, pum, pumba!
¡¡PUM!!

Quizá esta sea una de esas cosas por las que uno llama a Urgencias. Pero no, he de batallar. Y tirarme otra vez del pelo, sí, eso ayuda.

¡Ay, Dios! Necesito tu ayuda, necesito tu guía. Necesito derrotar a este mal.

Porque algo pasa, joder, que eso se ve que...

¡Otra puta arcada! ¿Vomitir o digerir? Mastiqué más de lo que podía tragar y tragué demasiado para mi pobre estómago.

¿O es el espíritu?

Eso debe ser. Claro que todo es materia... ¿Quién ha dicho eso? ¡Atrás!

Como me siga rebuscando me voy a encontrar... ¿La respuesta está en mí?

¿Tanto costaba decirlo?"

(Sólo otra página. Sólo otra página escrita con sangre mientras Dios se da de cabezazos por ti y el diablo, si lo hay, te mira con mala cara porque está harto que le culpen de lo que los hombres hicieron con la libertad que Dios les otorgó).

Biosfera

Árbol de un millón de ramas,
árbol de flores caprichosas y aparentes, llamativas como el fuego,
donde casi todos caerán.

Árbol del tronco de los porqués,
por los que al bajarlos descienes hasta su raíz, la cual tan sólo se intuye.

Árbol de raíces oscuras y dolorosas, siempre enterradas, las cuales sólo verán aquellos cuya
vista atraviesa lo mundano.

Camino de muchos árboles,
camino nocturno, laberinto por el que te mueves sólo intuyendo, sólo a través del tacto.

Camino de árboles codependientes, en el que cada uno de los cinco reinos,
desde los más primitivos a los más creídos, juegan un papel determinante,
en una Biosfera interconectada.

En una Biosfera psíquica,

donde todo tiene que ver con todo, y ya has profundizado demasiado,
pero no se puede dar ni un sólo paso atrás, No. Ni uno sólo.

Porque cada paso es un punto de no retorno...

Ciclo insular

Allí estaba. No le merecía la pena preguntarse por qué, ni cómo había llegado allí.

Volvió a mirar a su alrededor: todo era desierto, sólo arena bajo un Sol abrasador. Lo único que tenía de su parte era un pequeño charco que, por su pasado, sabía que con suerte bastaría para mantenerle con vida.

El Sol se posó en su punto más alto en el cielo, y para entonces no le quedaba ni la ropa. Sólo arena, Sol y agua. Ese mismo Sol que bien podría matarle y esa misma agua que bien como un regalo divino o como una broma cruel le adhería a la vida mientras duraba su estancia.

Llegó la noche y ya tenía el cuerpo quemado; ahora tocaba aguantar el frío. No tenía nada con lo que cubrirse, estaba totalmente desprotegido y más bien asustado. Aun así se dijo que no rezaría para salir de allí. No esa vez, otras no le había servido de nada... Aunque también era cierto que sí que había conseguido salir de allí antes.

Ahora se encontraba arrodillado ante la Naturaleza. Aún tenía que pasar más tiempo. Días, en los que esa aridez le maltrataba por dentro y por fuera, aunque su charco de agua dulce le unía fuertemente a la vida. Tal vez el verse sin otra cosa que él le hizo valorarlo pese a todo.

Pronto, los días se mezclaron con las noches, y el cielo se volvió violáceo.

Llovió. Y de la arena antes inerte ahora brotaba vegetación.

Volvió a sentir ese alivio, y un rayo de Sol atravesó la nubosidad y la lluvia, para golpear un arbusto, que convirtió en cenizas y arena, para impedir que Tote se volviese arrogante.

Cielo rojo

Cielo rojo.

Palabras al azar.

Sólo hablo conmigo cuando quiero. Claro que siempre hay alguien,

O eso dijo Celia Cruz.

Debajo de este papel Está mi bloc de dibujo.

De verdad, colega, yo de ti

Rezaría para que ello sólo sean mis deseos.

Porque como lo del vudú sea cierto, Lo tienes más que jodido.

¿Confesión?

Ya que estamos...

Claro que nadie lo creería nunca. Yo sé que es verdad,

O por mejor decir, sé que no miento. Era tan ateo que se dignó a personarse. Y no sólo eso, le tenté, y se demostró.

¿Qué quién era?

Pues para mí un catedrático de Filosofía. Para ti podría ser otro.

Pudo ser una alucinación, Eso está claro.

Ese tío no es Dios.

Él decía “Porque soy Dios”. Lo decía una y otra vez,

Lo intercalaba en el discurso. Así como en mis pensamientos.

Una inteligencia perfecta, supranatural, Un entendimiento trascendental, y

Un conocimiento omniscio.

Eso es Dios.

Pero sólo era un profesor.

Pero “las apariencias aman engañar”. Se dignó a hacer acto de presencia. Se dignó a demostrarse...

Yo atravesaba un cuadro psicótico crítico.

Algo dice:

“Que estés paranoico no implica que no vayan a por ti”.

Yo no dudo,

También sé que muy pocas personas me creerían. Yo nunca pude creer, por eso Él me obligó a saber.

*El peligro pasa,
El cielo recobra su azul,
El éxtasis va bajando...*

Circo poético

Salvatore siempre supo que aquello no podía estar bien.

El circo ruso había llegado a Venecia. Su familia le llevó a rastras.

Los payasos hacían reír a los niños. Salvatore podía apreciar la estética, pero, como sabía que eso en el fondo estaba mal, no podía disfrutar.

Los trapezistas hacían esculturas muy difíciles con su cuerpo. Todos los niños miraban asombrados, pero a él no le llegaba.

Y no tanto porque todo eso estuviese mal, eso además es que le parecía demasiado simple.

Y por fin el plato fuerte.

Primero salieron los elefantes John y Jessy. Hacían caballitos, mostraban sumisión en sus posturas y miedo en su piel.

Todo el mundo aplaudía y vitoreaba. Sólo el pequeño Salvatore parecía ver al cobarde domador, vestido de negro y armado hasta los dientes entre las sombras.

Luego le tocó al oso Bruno, el cual bailó a cambio de su vida.

Salvatore estaba a punto de llorar. No entendía cómo sus propios padres le habían llevado, además forzosamente, a esa exhibición de sadismo.

Se hizo el silencio y anunciaron el plato más especial. Dijeron un nombre, pero cuando Salvatore le vio los ojos entendió que se llamaba Lobo Sin Nombre. Que por mucho que ellos creyeran, no habían logrado bautizarlo.

El Lobo Sin Nombre, de pelaje gris oscuro y negro muy espeso, salió de su jaula con los ojos inyectados en sangre.

Nunca se supo qué se suponía que debía hacer, eso lo comprendió rápido el pequeño Salvatore.

El Lobo Sin Nombre simplemente se quedó quieto. El cobarde domador salió de su refugio y, sin mediar palabra, le lanzó un fuerte latigazo con una pesada cadena.

No le dio tiempo. Lobo Sin Nombre ya conocía esos latigazos, ya conocía esas cadenas.

Recibió gustoso su último golpe y mordió con todo su ser el brazo derecho del domador.

Todo el público estaba espantado. Se llevaba las manos a la cabeza Salvatore debía disimular, se jugaba mucho.

Un segundo domador de emergencia desenfundó un Colt .45, pero Lobo Sin Nombre estaba más que fuera de sí. Sabía que iba a morir. Lo sabía desde que se quedó quieto. Desde que decidió quedarse quieto, con aquel latigazo de cadenas en su bosque, su hogar.

Ya había desarmado al primer domador, pero puesto a perder su vida, ¿Por qué no morir matando? Y le rompió el cuello con sus dientes, con las armas que la Naturaleza le había proporcionado, antes de morir tiroteado.

El público se asqueó, salió disparado. Los padres tapaban los ojos a sus hijos. “Ahora sí, ¿No?”, pensaba Salvatore, a quien le iba a costar Dios y ayuda disimular sus sentimientos.

Claustro

En la sala de profesores se encontraban María, Eva y Ana.

María había puesto como deberes a sus alumnos de Primero de Primaria que hicieran una breve redacción sobre el cambio climático, esperando quizá simplemente que preguntasen en sus casas qué era eso.

Pero Manuel tenía otros planes.

María puso sobre la mesa una redacción de dos páginas:

—Atención, porque esto es acojonante.

Las otras le prestaron atención y María empezó a leer:

“Cambio climático: A grandes males grandes remedios. Con eme de Misilité.

El cambio climático se define como el aumento de la temperatura a nivel global, esto es, de nuestro planeta, la Tierra, debido al acúmulo de dióxido de carbono y otros gases de efecto invernadero...”

—Estás de coña, ¿No? —Intervino Eva.

—Tú escucha:

“Los gases de efecto invernadero se acumulan en la atmósfera, concentrando el calor que el planeta recibe, como de hecho lo haría un invernadero artificial dedicado a la horticultura...”.

—No me lo creo —siguió Eva. Ana simplemente estaba estupefacta.

—Que va en serio.

—Pero que tiene seis años, María, seis putos años, que se la han hecho.

—¿Pero tú le has oído hablar? ¡Que es así! Sigue:

“Si la temperatura sube dos o tres grados a nivel global, nos encontraremos ante consecuencias catastróficas como desertificaciones o el deshielo de los polos.

Pero yo no me conformo con plantear el problema, también quiero proponer una solución:

1816 fue el “Año sin verano”. Esto fue así porque erupcionaron diversos volcanes, lo que provocó una capa de polvo en zonas altas que, reflectando los rayos solares, disminuyó sensiblemente la temperatura también a nivel global.

.Es por esto que la solución puede pasar por detonar una ojiva nuclear en la base de uno o varios volcanes tochos.

Porque eso nos permitiría poder seguir como hasta ahora, que sinceramente es lo que va a pasar, teniendo un as en la manga”:

»¿Cómo os quedáis?

—Es creativo, ingenioso realmente —dijo Eva.

—Nada propio de su edad, desde luego —intervino Ana por primera vez—. ¿Qué vas a hacer?

—¿Qué vamos a hacer? ¿No está claro?

»Este puto enano es peligroso, se nos puede subir a la chepa. De momento le pondré un... 2, un 2, mismamente, a esta mierda. Tiene que pensar que no vale para nada. Tiene que creérselo.

»Luego, tenemos que ponerle en el blanco de sus compañeros, hacerlo el diferente. Le tenemos que hacer el “completo”, ¿Pero qué coño se habrá creído?

Las tres rieron y María y Eva le dieron otra calada a sus cigarrillos.

Corte

El timbre del colegio sonó. Una vez más, los alumnos de esa aula de tercero de ESO gritaron exaltados, metieron mal y pronto lo que quedaba encima de sus pupitres en sus mochilas, y salieron por la puerta dejando al profesor con la palabra en la boca sin otra cosa en sus cabezas que disfrutar del fin de semana. El hecho de que el verano estuviese a la vuelta de la esquina no ayudaba a contenerlos.

Una vez más, Julia recogió con cuidado su libro, su cuaderno y su estuche, se despidió educadamente del profesor y salió de las últimas.

Sabía que su fin de semana no le iba a deparar nada nuevo. Pero de hecho sí que sucedió algo nuevo, algo que la atravesó. Normalmente, volvía a su casa por el camino más corto, evitando así el otro camino, más largo, pero en el cual se encontraba el parque donde todos sus compañeros solían juntarse al salir de clase.

Ese viernes, Julia se dirigió decidida al parque, y se fue hacia el banco en el que se encontraban los de su clase. Según se puso delante de ellos, todos se quedaron en silencio. Ella sólo quería que se la tragase la tierra. Muerta de vergüenza, salió corriendo hasta donde terminaba el parque.

Sentía humillación, tristeza, miedo... Pero también una sensación nueva que se abría paso en su ser, un enfado indescriptible, hacia sí misma, hacia sus compañeros y hacia algo tan abstracto que no podía concebir.

Siguiendo esta emoción, miró más allá del parque con los ojos llorosos. Pasado el parque, había un camino que se dirigía al monte, en el cual tampoco había reparado nunca. Entró en el sendero apresuradamente, y pasado algún tiempo tomó una decisión aún más irreflexiva: salió de éste y entró en el monte.

Cuando se quiso dar cuenta, no sabía dónde estaba ni cómo volver al pueblo. Estaba aterrorizada, sola, y se dio cuenta de que podía haber cometido un error muy grave. Sabía por las escasas nociones que tenía de supervivencia que cuando una persona se pierde tiende a andar en círculos, así que se enfrió y se decidió a abrirse paso a través de la maleza hasta que volviese a ver algún camino.

Pasada una hora de vagar por el monte, volvió a ver uno, y no sólo eso, sino que estaba segura de que era el mismo del que se había separado antes. El único problema era que la única forma de volver a él era salvar un desnivel considerable y atravesar mucha maleza.

Apenas sentía dolor, pero era consciente de que ya tenía numerosas pequeñas heridas por todo el cuerpo. Pensó que podría aguantar un poco más, así que se fue directa de vuelta al camino, procurando apartar la vegetación con las manos. Aun así en algún momento no supo compensar la pendiente y cayó rodando.

Se había hecho muchísimo daño, pero aun con todo casi lloró de alegría al verse en el camino y ver el pueblo más abajo.

Caminó sin separarse un centímetro del sendero de vuelta al parque, con mucha sed ya y al atardecer. Daba gracias a Dios de haber salido casi ilesa y antes de ser de noche de esa situación.

.Por fin llegó al punto donde había salido del pueblo. Para su sorpresa, allí estaba uno de sus compañeros.

—¡Está aquí! ¡La he visto! —gritó éste a pleno pulmón.

Poco después, más compañeros, incluyendo los que la habían ignorado y alguno que otro más, llegaron a su encuentro.

—No sabes el susto que nos has dado —dijo el mismo compañero.

—Pero... Si no me hicisteis ni caso —respondió Julia.

—Sólo estábamos sorprendidos. No sueles juntarte con nosotros. De todas formas y para que lo tengas en cuenta, cuando llegas a un grupo de gente se suele decir “hola” o algo así —dijo con una sonrisa en la cara.

Julia no sabía dónde meterse.

—Tus padres han preguntado por ti —prosiguió— y, por supuesto, les hemos dicho que estabas con nosotros y que no tenían de qué preocuparse. Te espera una buena.

Cuando se recompuso un poco, ella y sus nuevos amigos se dirigieron a su casa.

Julia entró por la puerta y sus padres la estaban esperando. La madre la regañó de todas las formas imaginables mientras el padre guardaba silencio.

—Ya casi empezaba a pensar que te pasaba algo malo —dijo el padre con una sonrisa de oreja a oreja en cuanto la madre se despistó.

Cuando tenga alas

Lunes, 13 de febrero

Ya han pasado varios días desde que mamá se fue a recoger su herencia. Papá y yo nos quedamos en casa, aunque ayer casi no salgo de mi cuarto. Y hoy de hecho no he salido en todo el día, y eso que ya casi es de noche.

Papá últimamente se porta muy bien conmigo, apenas me dice nada y eso es de agradecer. También, como mamá, ha jurado respetar la privacidad de este diario. Pero él lo ha hecho de buena gana.

Lo más curioso de todo es que fue el mismísimo diablo el que se lo hizo jurar a ambos. El diablo tiene un séquito. Son demonios. Alguna vez me han encerrado por la fuerza y obligado a meter carbón en mi cuerpo.

Tampoco deja de ser curioso, que los demonios también tienen sus alas. Las tienen todos menos yo. Y no sé por qué, yo soy buena, sólo me he portado mal cuando ellos me obligaban.

Pero papá no ha vuelto a hacerlo, y mamá no está. Llevo unos días que casi soy feliz. Ahora papá ya no es un demonio, sólo le quedan sus alas.

Como a todos ellos, ya digo. Da igual que estén en la calle, en la televisión o hasta en la radio; las tienen todos menos yo.

Yo sólo me he dado cuenta de lo que a la gente parece que le cuesta ver. La primera vez que las vi fue de pequeña en un desfile. Eran preciosas. Ella era preciosa. Desde entonces no he parado de apreciarlas: las hay más bonitas, más toscas o más cuidadas, pero las tienen todos, todos menos yo.

...Le dije a papá que en esta habitación cada vez hay menos luz, pero él insiste en que se arreglará sola. Ha terminado de anochecer, creo que debería ir a dormir otro rato.

El padre entró al cuarto de su hija hecho jirones. La próxima parada sería el salón para usar el teléfono fijo.

La siguiente sería la última.

Damocles

Sarah nunca había sido una buena estudiante. Hablaba o se dormía durante las lecciones, fumaba a escondidas y en el pasado había acosado a otros compañeros. Sólo se había metido a Bachillerato para evitar ponerse a trabajar, y la jugada le estaba saliendo bien; a pesar de sus problemas de conducta, era muy raro que bajara del notable alto.

Odiaba de una forma profusa y cierta a todo el profesorado. Incluyendo al profesor de Historia de la Filosofía, Daniel. Sólo que les odiaba por motivos diametralmente opuestos. Mientras que al resto de profesores los consideraba poco menos que mediocres o inmerecedores de su posición, hacia Daniel procesaba una admiración sincera.

Era tan sólo oírle hablar y su mente se trasladaba. Él dominaba la palabra, un don que la propia Sarah poseía, sólo que estaba profundamente frustrado.

Ese día, Daniel, como leyéndole los pensamientos, la invitó a levantarse, y tomó el asiento de ella en la clase, y no volvió a decir nada.

Sarah entendió la situación desde el contexto. Primero se dirigió directa al asiento de “profesora”, y, después, se puso delante de la pizarra.

Recordó lo que dijo Daniel en la primera clase: “En Ciencias necesitan un laboratorio, en Matemáticas una pizarra y en Filosofía nos necesitamos a nosotros mismos”.

De modo que ignoró la pizarra y las tizas y se dispuso a dirigirse al resto de la clase, a la cual ahora por lo visto pertenecía Daniel.

Fue entonces cuando comprendió que algo iba terriblemente mal. Chinchetas. Tenía chinchetas por toda la garganta. Algo le gritaba que si decía cualquier cosa mínimamente fuera de lugar saldría gravemente herida.

Pasó varios minutos en esta situación de terror. Daniel lanzó el borrador contra el hombro de Sarah:

—Aquí no se viene a dormir. Para esto te quedas en tu casa, ¿O ka? Sarah se alegró de que sólo hubiera sido un sueño.

—No estamos en Primaria —siguió Daniel—, no voy a ponerte a copiar doscientas veces. Eso sería sencillamente ridículo.

»En su lugar, vamos a hacer otra cosa, algo con lo que quizá realmente aprendas algo. Ayer hablábamos de la leyenda de la Espada de Damocles, ¿Por qué no se la cuentas al resto de la clase?

Lo primero que hizo Sarah, fue tragar saliva, con lo que sintió un gran alivio. Después, se dispuso a contar la leyenda de Damocles sin orden ni concierto cuando en su cabeza cuajó bajo presión lo que estaba sucediendo.

Sin darle tiempo a pensar que habría sido casualidad, Daniel le guiñó un ojo y sonrió burlonamente.

De la creatividad y de la destrucción

—Hola a todos —dijo el profesor según entraba por la puerta—, me llamo Gabriel Negro.

La clase, que había estado hablando tan tranquilamente hasta entonces, calló de repente, en parte debido a la sorpresa y en parte debido a que nadie les había advertido de que vendría un nuevo profesor.

»Como iba diciendo... me encargaré de esta clase y quizá de alguna más hasta que se me diga lo contrario —prosiguió. «Imaginación» —dijo. Palabra curiosa, donde las haya. Puede tener que ver con tus fantasías también, según dónde te encuentres.

Los alumnos esta vez estaban más que perplejos.

»¿Alguien sabe qué estamos haciendo aquí? —preguntó Gabriel para terminar de rematarlo.

»Tú, joven —dijo señalando a una chica de la segunda fila.

—Absolutamente ni idea —se sintió obligada a contestar con la boca pequeña.

—Ideas. Bien. No es mal comienzo. ¿Alguien de aquí sabe qué es una idea?

»¿No? —dijo transcurridos unos momentos. Bueno, en vista de que quizá eso sea apuntar muy alto por el momento, vamos a limitarnos a pensar cómo tener una buena idea, ¿os parece?

—¿Cómo en una tormenta de ideas? —preguntó un joven desde su pupitre.

—Algo mejor, yo lo llamo Blackstorming.

—¿Y eso qué es? ¿Y cómo funciona?

—A su tiempo —dijo el profesor Negro mientras se ponía de frente a la pizarra del aula. Por el momento quiero que busquéis un problema que se pueda resolver, no le deis demasiadas vueltas, uno simple servirá.

—Un puzzle —dijo otra joven, a lo que la clase se rio entre dientes.

—Perfecto —dijo Gabriel, al tiempo que trazaba una línea vertical con tiza que dividía la pizarra en dos, haciendo algo de ruido en el acto, a lo que la clase calló.

»Ahora, quiero que os imaginéis un puzle, el que más rabia os dé, y quiero, que me deis las peores ideas que se le podrían ocurrir a una persona para resolverlo. Cuanto peor, mejor, ya sabéis.

—Empezar por el centro —dijo un alumno tras levantar la mano.

—Bastante mala, me gusta, sigamos —dijo el profesor y lo apuntó en la pizarra.

—Tirar la caja —dijo otra.

—Buena. —Y la apuntó.

—Perder alguna pieza. O varias —siguió otro. Ocurrió lo mismo

—Darlo por imposible. Gabriel volvió a apuntarla.

Cuando ya Gabriel vio que nadie más levantaba la mano, se fue a la pizarra dividida, en la que estaban las ideas «malas» de sus alumnos en su lado izquierdo.

Empezó a escribir en la parte derecha de la pizarra, de arriba a abajo:

«Empezar por las esquinas».

«No perder la referencia».

«Ser meticoloso».

Y «luchar contra la adversidad». Se dio la vuelta y miró a la clase:

«Pensadlo, si os hubiese pedido ideas buenas, quizá habría salido alguna buena. Pero las personas por lo que sea somos más creativas a la hora de destruir, lo que no impide que podamos transformar destrucción en creación.

Demonología Avanzada (Retroingeniería)

“Natillas”

Dijo el hipnotista, en el tono de voz que había practicado largos años. Esto era parte de su ciencia.

“Natillas”

Volvió a repetir, esta vez en tono más convincente, todo según lo ensayado. “El Teletubbie Rojo dijo “natillas””.

Nadie podía replicar. Este era el pilar central de su ciencia, Ese que había costado siglos, milenios, levantar.

Unos por miedo a no encajar, otros genuinamente llevados por la hipnosis. “Natillas”.

“¿No es esto una excelente noticia?”

“Por nuestro bien, por el bien de la Humanidad”. “Natillas”

Decía el hipnotista.

“La natillas son el único camino para vencer a la muerte”. Y los hipnotizados asentían.

El hipnotista podía conseguir que los genuinamente hipnotizados obtuvieran bienestar, pero para otros sólo era un trámite, por el miedo al rechazo.

“Natillas”

“El Teletubbie Rojo nos dio las natillas”. Y apeló a sus sentimientos de culpa. “Natillas”

“El Teletubbie Rojo quiere que votes a...”

Ya puestos, ¿Por qué no meter ideas en esas cabezas? ¡Ni que supiesen pensar por su cuenta!

“Natillas”, insistió el hipnotista por última vez. “Así sea” «ya veremos...».

Día tipo

Me levanto de un salto. Suelo hacerlo así. Son las 8 y 50 a.m. Vuelvo a pensar en ese dichoso refrán: Levantarse con el pie izquierdo. Mi cama está pegada a una pared que queda a mi derecha. Es la única puñetera forma que tengo de levantarme.

Ya he apagado el despertador, apenas ha pasado un segundo. Enciendo la luz y subo la persiana. Vivo en un bajo y un coche para en el semáforo de mi ventana. Estoy desnudo, porque así duermo, y puedo ver claramente cómo el conductor se queda mirando, de modo que me agarro el paquete y le hago el gesto heavy de los cuernos como saludo. La mitad de los días lo mismo.

Tengo preparados en la encimera un vaso de agua y la tableta de las pastillas de la tiroides. Tomo una. En teoría hay que esperar media hora para desayunar, pero si hago eso Coco se me hace pis en casa. Además soy de despertarme con hambre.

Me visto con un chándal que me durará todo el día y me preparo un Nesquick en la cocina. Después voy al salón. En el compartimento del pastillero perteneciente al desayuno hay dos valproicos, un litio y un antidepresivo. Los cojo en la mano.

De vuelta en la cocina, me meto las cuatro pastillas en la boca y me las tomo con el primer trago de la bebida. El resto me lo tomo con un cigarrillo. Mientras estoy fumando, leo la advertencia de la caja que le he cogido prestada a mi madre: “Fumar aumenta el riesgo de impotencia”, a la cual acompaña la imagen de un hombre que ni siquiera se molesta en fingir

que es la primera vez que le pasa. Luego miro la de mi paquete: “Fumar reduce la fertilidad”. Tapo el primero con el segundo y ya por fin disfruto del pitillo a gusto.

La voz de mi padre truena: “¡Daniel! ¡Saca a coco!”. Entro en el cuarto de mis padres ya con el abrigo puesto:

—¿Qué te crees que estoy haciendo, papá? Todos los días lo mismo.

Y, en efecto, todos los días son iguales. Este es un día de entre diario, pero estoy gravemente enfermo y no puedo trabajar, al menos de momento. Para colmo, estoy batallando en los tribunales una paga no contributiva de la que de momento no tengo noticia, de modo que mi vida está paralizada.

Le doy los buenos días al perro y él me abraza en un gesto de cariño. Después voy a ponerle la cadena y, como de costumbre, se revuelve como un demonio hasta que por fin se deja.

Por las mañanas le saco siempre por la misma calle. A veces saludo a algún vecino, pero hoy son cuatro gitanos los que se interesan por Coco. Sería muy de malpensados creer que pudo tener algo que ver con que Coco es un perro de aguas de raza pura, y por tanto de cierto valor económico. Mucho peor hay que estar, para pensar que la cadena es de 0’4 cm del eslabón por 1’20 m de longitud de acero puro, y que por tanto es perfectamente factible el utilizarla como arma. Yo nunca pensaría nada de esto.

Uno de ellos se dirige directamente a tocarlo, y él pega un salto grande hacia un lado.

—No es por ti, le dan miedo todos los desconocidos —le explico.

Él no habla más y seguimos andando. Nos guiñamos un ojo telepáticamente. El paseo dura unos veinte minutos, como siempre. Llegamos a casa.

Me pongo cómodo (fuera abrigo y calzado) y empiezo a escuchar música en el móvil, en una aplicación pirata de YouTube sin anuncios. Mis padres se despertarán a las 10, y hasta

entonces sólo escucharé música. Después de un poco de Thrash, pongo La oreja de Van Gogh y dejo el automático.

Suena No vales más que yo, y me recuerda a ella. A cuando le pasé Estoy Contigo con la esperanza de que viera la otra en sugerencias...

Pero hay que espabilar, un poco de Rap y a funcionar.

Mis padres se despiertan y mi padre me regaña por no hacer ni el huevo en casa.

—Estoy muy mal con la depresión, papá, esto no da para más. —Me toco el ala.

Y ahí empieza la retahíla de todos los días. Sé bien que nadie puede ayudarme, la psiquiatra insiste en que el ingreso de media estancia sí podrá, pero la lista de espera es muy larga.

No quiero amargarme y vuelvo a mi música.

Mi padre se despide con nuestro saludo, así que dejo la música. Mi madre está hablando por teléfono con mi abuela Manu. He puesto la tele y están exagerando no sé qué mierdas de un nuevo virus que de nuevo condenará a la humanidad a su extinción.

Mi madre me pasa a mi abuela.

—Estoy mejor, abuela, al menos no tan mal como otros días.

—Bueno, ya sabes cómo es esto.

—Sí, abuela, no estoy para ponerle condiciones a Dios, no le gusta negociar. Ella ríe.

Hablamos unos minutos más.

—Tienes que ir a comprar, hijo —dice mi madre.

—A ver, ¿el qué?

Me planto en el Mercadona con la bolsa reutilizable. Sé dónde está todo y el recorrido más rápido, de modo que estoy en caja tras coger ocho artículos en cuestión de dos minutos. Cojo la primera caja que veo, tengo comprobado que acaba dando igual.

—Los he visto más rápidos —increpa un señor al cajero, quizá ajeno al disparate de que él también es un muerto de hambre en un Mercadona de Vallekas.

Pido a un poder superior que interceda y soy escuchado: a la hora de pagar, este individuo se pone a contar monedas con gran parsimonia.

—Los he visto más rápidos —le espeto—. Va a replicar, pero le intimido con la mirada. Quizá ayuda el hecho de que mido 1'84 m y peso 120 kg.

Pago lo mío y el cajero me guiña un ojo al darme las gracias. Llego a casa y me pongo a colocar la compra.

—Acuérdate, quedamos en el Burger del fisio a la 1 y media —me dice mi madre.

—¿Cuándo quedamos en eso?

—Ayer, ¿recuerdas?

—Err... Claro.

Ella se va y yo saco otra vez al perro. A veces me cruzo con un vecino o me

.pasa algo interesante, pero esta vez no fue el caso. ¿Por qué iba a mentir? Ah, ¿Que me lo estoy inventando todo? Pues no. Esto es totalmente verídico. O quizá no, nunca lo sabremos.

Se hacen las 12 y 30 y me aburro, así que me tomo el litio de la comida y salgo a coger el bus. Llego a la parada cuando está vacía y al rato una vieja se pone en el sitio desde el que se supone que subirá el primer pasajero. Cuando llega el autobús, me “cuelo” delante de ella, que, temeraria, parecía incluso dispuesta a usar la fuerza física. “La madre de Dios, la gente ya no ve ni el peligro”, me digo.

Me planto donde el fisio que la Mutua a tenido a bien pagar a mi madre, a quien le han dado el alta por mejoría de una enfermedad crónica y degenerativa.

Una trabajadora está fumándose un pitillo de liar en la puerta, me dice que si quiero que avise a mi madre y yo que para lo que queda ya espero.

Sale mi madre y me recibe con un abrazo, Bajamos al Burger y pedimos. No nos ponen mayonesa porque vale 35 céntimos. “Panda de hijos de puta”, digo en tono audible cuando el trabajador se da la vuelta.

Termino de comer antes que mi madre y salgo a echarme un piti. Entran dos chavales con una pinta de delincuentes que echa para atrás; el chino iba bailando tan tranquilamente una navaja de mariposa. Se me queda mirando y le guiño un ojo; por mí como si les atracan.

Vuelvo y mi madre insiste en rellenar una encuesta para que le den un café. Le insisto en hacerla yo y marco la primera opción en absolutamente todas las preguntas.

—¿Ya, hijo?

—Sabes que leo muy rápido, mamá.

Bajamos con el café a la parada del Rayo, ella para coger el postal a Correos y yo el mío a casa.

Viene otro autobús y el mío detrás. Me coloco en la parada.

—¡Que no es ése!

—Ya lo sé mamá, te agradezco la confianza...

»Tú también tienes una de éstas, ¿no? —le digo señalando a mi madre a una chica que escuchaba la conversación.

—No, por desgracia, no.

—Vaya cagada, ¿no? —Monto en el bus.

Me siento en uno de estos asientos que vienen dos enfrente de otros dos, lo hago por costumbre porque de vez en cuando pasa algo interesante.

Y, efectivamente, a las pocas paradas se subieron tres chicas adolescentes, de unos 13 años las tres.

—Es que me parece súper fuerte, tía... —Empezó a explicar una.

Por lo que pude entender, la movida era gorda, o sea que flipas, en plan de que el padre de uno de clase se había liado con la madre de otro, y claro, pues eran hermanastros, o sea es que imagínate, como si no tuvieran sitios para liarse con alguien, súper mal.

Como es lógico, tuve que contener la risa casi todo el trayecto. Ya a punto de bajarme le dije a la de mi izquierda que me dejase salir, a lo que me dijo “okey, makey”, así como en tono vacilón y ya me estaba riendo casi del todo. Cuando bajaba por la puerta ellas se preguntaban que de qué me reía y ya estallé del todo.

Pero ya en casa me tocaba lidiar con la realidad. Esta vez directamente me quedé en calzoncillos y camiseta con intención de echarme la siesta y me metí en la cama de mis padres, que es donde Coco tiene su mantita.

Y fueron horas, de ansiedad, dolor en el pecho. A veces me venían imágenes de mi corazón metálico y oxidado, y otras, parasitado.

Al fin reacciono de una puta vez. “Lláname cuando quieras”. Ésas fueron sus palabras.

Voy al salón y cojo el fijo. Marco.

—Hola prima, ¿Puedes hablar?

—Claro, Dani, ¿Cómo estás?

—Pues mira Lourdes, creo que me está dando un ataque de ansiedad.

Al fin puedo llorar y me desahogo un poco, luego hablamos de cosas más amables.

—De verdad que cuando me reía en el autobús me acordaba del Joker —reí.

»Por cierto, prima, si tuvieras que escribir sobre algo, ¿Sobre qué lo harías?

—Ay, pues no sé, no se me ocurre nada. Hablamos cerca de media hora.

—Lláname mañana y me cuentas qué tal el día.

—Claro, mi niña. Un beso, te quiero.

Cuelgo. “Pues tampoco es mala idea”, me digo. Al cabo viene mi padre.

—A sacar al perro.

—No sé yo si estoy muy católico.

—No te preocupes, está todo pensado; Por eso no te he preguntado.

Me visto y le pongo la cadena. Subo al parque. Han hecho un corralito que para mí está muy bien: sueltas al perro y te pones a hablar con la gente.

Aparece Paco. Paco es un tío cojonudo, para mi gusto tiene una retórica calcada a la del cómico Leo Harlem. En su día pregunté a los presentes y nadie al parecer lo apreciaba, pero yo sí, así que me lo paso como un enano con él.

Vuelvo a casa pasada hora y media. Cuando mi padre tiene razón la tiene.

Aún no ha vuelto al trabajo. Es camarero y tiene el turno partido. Estamos un rato viendo politiquero en LaSexta, para mí nada de lo que sale de la televisión tiene ningún valor.

Mi padre y yo no hablamos. En un mes intercambiamos de media menos palabras de las que tiene este relato.

Al fin se va. Hacemos nuestro saludo.

Sigo con LaSexta, porque estoy empachado de música.

Pienso en mis cosas, LaSexta es A3Media, A3Media es una empresa, y las empresas no pueden ir en contra de sus patrocinadores.

Pienso también en todas mis teorías sobre ingeniería social, luego en las pocas personas con quienes las he compartido.

Entre todas estas divagaciones me preparo una ensalada y al fin llega El Intermedio. Me tomo los dos litios y los dos valproicos correspondientes y preparo el pastillero para el día siguiente. Es un buen programa de izquierdas para gente de izquierdas. Claro que no es oro todo lo que reluce.

Yo creo que es muy sencillo, no tienen que hacer crítica real, si la hicieran no la harían 4 horas a la semana, la harían 24 horas al día.

Sólo tiene que parecerlo. Es un sucedáneo, por no decir un placebo. No es mucho mejor que la sacarina para un hipoglucémico o una ridícula dosis de metadona para un heroinómano.

Llega mi madre.

—¿Has cenado?

—Sí, mamá, lo único que mejor saca al perro tú la última vez, ¿Vale? Que yo quiero dormir, que estoy hecho polvo. —No miento.

—Vale, pero llama a los abuelos.

Marco con el fijo, lo coge mi abuelo Andrés.

—Hola, hijo, ¿Qué has hecho hoy?

—Poca leche, abuelo, sacar al perro y ver la tele.

Diario de un joven estándar

5 de mayo, 15:36

Hoy tampoco he hecho gran cosa, quedar con éstos para tomar algo e ir a clase, un poco lo de siempre. Lo único bueno por así decir es que he estado hablando con Lucía. Sé que llevo un mes hablando de ella, pero esta vez me ha dicho que a lo mejor sí que puede quedar conmigo, pero que tiene que mirar algunas cosas y que luego me confirma o me dice que no.

~ 17:10

Y al final me ha dicho que... Que no sabe. Madre mía, cada día entiendo menos a las mujeres, o confirmar o no quedar, es una disyuntiva, no hay que darle muchas vueltas, ¿no? Pues sí, las mujeres siempre encuentran una forma de complicarlo todo. Y eso, que me ha dicho que mañana me habla con lo que sea, aunque a este paso voy a terminar pensando que en realidad no le interesa mucho quedar conmigo.

6 de mayo, 18:32

Al final sí que quedé con Lucía para comer. Se lo llevaba diciendo una semana y ella en plan que si sí que si no, pero al final accedió. Como me lo confirmó a eso de la una y ya íbamos mal de tiempo no me he querido complicar la vida y me la llevé al Mesón de aquí del barrio. Comimos muy bien y yo quise invitarla, pero no me dejó.

Estuvimos charlando sobre muchas cosas, como deportes, literatura o anécdotas nuestras. De vez en cuando la cosa decaía y teníamos que recurrir a hablar de algún tema de clase como una especie de salvavidas, pero la cosa pronto salía a flote de nuevo.

No sé qué intenciones tendrá conmigo, pero yo de momento estoy intentando pasar con ella el mayor tiempo posible. No hemos hablado nada sobre lo que queremos ser, claro que tampoco me ha dicho que quiera que seamos amigos, lo que creo que es buena señal.

Estoy más que emocionado por lo que puede salir de aquí. Es una chica espectacular, guapa, inteligente, amable y parece mostrar ella también bastante interés en mí. Desde que nos

conocimos en el módulo me dejó claro que era de las que valían la pena, y desde ese momento me olvidé de todas las demás.

Me acaba de sonar el móvil, a ver si es ella.

~ 19:39

Sí era ella (iyuhu!), y lo que es mejor, me ha dicho que se lo ha pasado muy bien y que quiere seguir quedando. Mi siguiente jugada será pedirle salir, algo como una cita al cine sería lo suyo. Sí, eso es, al cine; todas con las que he ido a solas cayeron al poco rato. Pero también tengo que ser inteligente y tardar unas horas en hablarla para hacerme el interesante.

Sé que no debería hacerme ilusiones, pero creo que ésta sí que puede ser la buena, tenemos mucho en común y creo que el tema podría funcionar, por eso no

puedo arriesgarme a meter la pata a estas alturas poniéndoselo todo en bandeja, eso sólo sirve para echarlas para atrás.

~ 20:23

¡Estoy contentísimo! No me puedo contener, voy a llamar a Edu y a Javi y quedamos y así se lo cuento y me tomo algo, que me lo he ganado. A Edu ya le he visto esta mañana, pero esto se lo tengo que contar sí o sí, y además, bajar al bar a tomarnos un par de cañas nunca está de más.

~20:45

Javi dice que no puede quedar, que está escribiendo un trabajo del que depende mucho su nota o algún rollo así, en fin, él sabrá. Pero Edu dice que sí, por algo es mi mejor amigo, puedo contar con él para lo que sea. Nunca le pediría que dejase de lado sus responsabilidades por mí, pero sé que es perfectamente capaz de estudiar a la una de la mañana con tal de salir de cañas conmigo.

7 de mayo, 3:40

Esa tía no vale para nada. Tenía razón Edu, mira que tardar tanto en contestar, eso es una mala señal, muy mala. No quería nada conmigo, no sé por qué ha tenido que jugar conmigo de esa forma, he hecho bien en mandarla a paseo.

No lo entiendo, todo iba bien, sólo la he hablado con buenas palabras y tiene el valor de pasar olímpicamente de mí. Ni siquiera de decirme que no está interesada o que sólo quiere ser mi amiga. Eso me habría dolido, pero lo habría podido entender, pero no contestarme... No tiene perdón.

~ 15:51

Vale, vamos a ver si me aclaro, entre lo poco que recuerdo y lo que me ha contado Edu por teléfono, ésta es la reconstrucción de lo que pasó anoche:

La noche empezó tranquila. Yo me bebí un par de de jarras de cerveza, estuvimos en el bar de nuestra calle, comiendo, bebiendo y fumando, le conté lo de Lucía y parecía estar muy ilusionado, pero no hablé con ella aún. Después empezamos con los cubatas.

Luego aparecí en Huertas —sé por Edu que cogimos un taxi, lo que también explica por qué me quedé sin dinero—, entramos a un garito... después de otro, vomité dos veces en plena calle, casi me peleo con unos guiris —aunque también según Edu se me apareció la Virgen, porque por lo visto eran dos bigardos de dos metros y yo apenas me tenía en pie ya—. Para colmo entretanto tuve tiempo de sacar dinero varias veces y ahora me da miedo pasar por el banco.

Después para volver a casa Edu tuvo que obligarme a beber algo con cafeína, a andar hasta Cibeles dando un rodeo y allí coger el búho. Me ha dicho que de no ser por él esta noche la hubiera pasado al raso. Y puede que no le falte razón.

Y por último si mi móvil no miente le mandé un audio a Lucía que no me extraña que me haya dejado de hablar, la llamé 8 veces y no me lo cogió —lógico- Llegué a casa y, borracho perdido pero con una ortografía sorprendentemente buena, escribí la entrada anterior de este diario.

Soy gilipollas.

Don Humilde

Una clase. Alumnos de trece años. Dos profesores. El que hablaba y la que de verdad controlaba la situación.

—Usted. La de los ojos verdes. ¿De qué color son sus ojos?

—Verdes.

—¿Y la humildad?

—Bueno, yo...

—A ver, usted, el que es tan alto. ¿Cuánto mide?

—Uno setenta y algo.

—¿Y cuánto?

—Bueno, no sé si...

—Dígalo.

—Da igual.

—Bien, humildad.

—Y usted. El de la sudadera cara. ¿Cuánto le costó su sudadera?

—No lo digo.

—Parece que vamos progresando.

La profesora algo extrañada, la presión social no debería calar tan bien entre esas filas. Pero se acercaba el momento de...

—Y diga-

—¿De qué presumes?

Uno queda descolocado y la otra sonrío para adentro.

Dueto telepático o Clarividencia en la bifurcación

/No está mal. Rubia. ¿Pequeña? Claro que para mí son todas pequeñas... Anda, se ha sentado enfrente./

\Menudo tiaco, ¿no?\

/¿Me ha mirado? Juraría que sí./

\Seré torpe, seguro que se ha dado cuenta.\ “Genial. Nos hemos mirado los dos. ¡Disimula!”

/Otra estación. ¿En cuál se bajará ella? Espero que dure. Pero a quién quiero engañar, está fuera de mi alcance./

\Alguien como él nunca se fijaría en alguien como yo. Asco de vida. ¡Pero
qué?\

/Cualquiera diría que me ha mirado el paquete. En fin, no le puedo decir nada, seguramente se
pensaría que estoy como una cabra. ¿Cómo se llamará? Tal vez...

¿Andrea?/

\Menos mal que no se ha bajado. Tiene cara de llamarse Diego. Cálmate Julia, no es momento
de jugar al bautizador. Estás como una regadera.\

/No es momento de jugar al caranombre. Estoy fatal./

\Putra sociedad. Debería haber una forma de hacer esto. Una palabra secreta, me dice sí o no y
si no no pasa nada. No es tan difícil, ¿no? Pues aquí, divagando.\

/Se ha levantado, ella también se baja en esta. Si sale por la misma salida, la entro./

\Esta es la mía, si vamos en la misma dirección, pongo una excusa y le digo algo. Eso es.
Excusas. ¿En qué estaría pensando?\

/Las damas primero./

\Yo me voy por izquierda, yo me voy por mi izquierda... Como un cencerro, Julia, lo que yo te
diga.\

/Es que es un rodeo para que me diga que no... Por lo menos de aquí seguro que saco un relato
chulo./

Anillo de la Muerte Universal

Allí estaba Sharif. Tras una Odisea. Tras otra odisea.

Tras otra odisea como otra cualquiera, “¿Qué distinguía a una de la otra?”, se preguntaba ahora Sharif.

Y se lo preguntaba, porque lo sabía. Porque al fin lo había encontrado.

Estaba en lo más profundo de una cueva, como podría estar en una bahía abierta, como bien podría ser la cima de una alta montaña.

Había seguido leyendas, sí eso, una leyenda, con un elevado nombre. Tal vez hubiese sido un antiguo mapa, o incluso rumores de mendigos.

Pero lo importante es que lo había encontrado, y no sólo eso, temerario, personaje y narrador, tomó la decisión de ponérselo sin el menor atisbo de duda.

Al fin era suyo; El Anillo de la Muerte Universal. Tenía, como su nombre bien indicaba, forma de anillo, y tomaba a la vez todos o cualquiera de los elementos que pueden simbolizar la muerte: colores grises oscuros o negros, lúgubres, engarces de diversos huesos o a veces de sangre fosilizada.

Pero ya había tomado su decisión, y esta era irreversible: de ese punto en adelante, todas las historias hablarían, si se mirara con suficiente profundidad —la que el mismo Anillo otorgaba—, de una misma cuestión de fondo.

Siempre podrías identificar a cualquier personaje con su autor, y a este, llegado el momento, en mayor o menor medida contigo.

Todos los argumentos compartirían rasgos suficientes en común como para asemejarse.

Respecto a los finales, podrías ver lo universal de ellos, esto es, que una vez alcanzados, no se puede volver atrás. Pero sobre esto ya volveremos más atrás.

El Brujo Miguel

Prólogo

“Sólo digo que Dios puede existir, puede ser el creador del Universo y nuestro padre. Pero “Dios”, así, entrecomillado, no es otra cosa que el epítome del cinismo; ni siquiera es materia cognitiva, sino un mero mecanismo pragmático y de engaño... Como si un cavernícola hubiera vacilado a otro y la cosa se hubiera ido de madre”.

Capítulo I

..

Ya casi estaban terminando. Las copas que Miguel se había tomado antes en la barra sólo hacían que el tiempo pasara más rápido y que todo fuera más ameno de lo normal. A pesar de sus cincuenta años el alcohol no le impedía cumplir con Iryna.

Él estaba sobre ella en la cama de la habitación, arremetía una y otra vez contra ella y se maravillaba de poder hacer disfrutar a una mujer treinta años más joven. Sabía que no fingía.

Finalmente dejó de preocuparse tanto por ella y salió de ella. Él se sentó sobre el borde de la cama y ella se arrodilló junto a él. Los dos sabían lo que iba a pasar. Iryna le quitó el condón y empezó a comerle. Sabía por experiencias anteriores que Miguel no tendría ninguna intención de avisarla al terminar, así que no la pilló de nuevas. Se tragó el resultado del acto y Miguel le acarició el pelo con cariño.

Él comenzó a vestirse. Empezó por los calzoncillos y los calcetines, después se puso sus chinos marrones y sus zapatos de un marrón más oscuro. Para ponerse la camisa se colocó delante del espejo.

La habitación estaba dando un poco más de vueltas de lo normal. Se miró en el espejo, agachándose un poco para verse la cara ya que medía un metro setenta y siete y éste estaba

bajo. Tenía el pelo blanco grisáceo, que se solía peinar hacia atrás y ligeramente a un lado, algo despeinado, pero dentro de lo aceptable. La barba blanca ayudaba a darle una imagen algo más aliñada. Mientras se abrochaba la camisa sintió vanidad por verse delgado y en buena forma, y por haber envejecido mejor incluso de lo que cabría desear.

—¿No se te olvida nada, Paco? —dijo Iryna, que había esperado pacientemente, semidesnuda, a que Miguel terminara de vestirse.

—No sé qué os pasa a las putas últimamente que sólo pensáis en el dinero. El billete está junto a la almohada —contestó él secamente.

Ella no contestó. Él cogió su abrigo negro grueso estilo chaquetón y su bolso de mano de cuero también negro y se dirigió a la puerta de la habitación.

—Feliz año nuevo, Iryna —prosiguió Miguel, dándole la espalda—. Manda recuerdos a tus familiares allá en Ucrania. O bueno, igual lo tienes complicadillo...

.Mientras que Iryna conocía a Miguel como Paco, que era su sobrenombre de putero oficial en todo Madrid y algunas partes de España, éste había conseguido un tiempo atrás que ella le confesara su nombre de verdad, el cual sólo usaba para intentar herirla de vez en cuando.

A juzgar por la retahíla de palabras que la mujer le estaba espetando a Miguel en su lengua vernácula, ésta vez lo había conseguido.

Él salió por la puerta sin molestarse en mirarla a la cara.

Ya en la barra de aquel puticlub de una calle aledaña a la Gran Vía madrileña, Miguel se dirigió directamente al camarero. Su primera idea era pedir una copa, pero según el barman se acercó cambió de idea al darse cuenta de que no tenía paciencia. Pidió dos chupitos de Black Label y pagó con un billete de 10 euros, sin esperar cambio. Se los bebió de sendos tragos.

Salió a la calle. En lo que iba de noche ya había bebido seis copas y unos cuatro chupitos y se había llevado una alegría con Iryna. Buscó en su chaquetón su paquete de tabaco, sacó un cigarrillo y lo encendió, pensando su próximo destino.

Pensó si no sería una buena idea ir a otro club. Sabía que físicamente era perfectamente capaz. La mayoría de la gente lo ignora, algunos incluso literalmente, pero el centro de Madrid es un putiferio consolidado.

Al fin y al cabo ya eran las cuatro de la madrugada del primer día del 2018. Claro que Miguel hacía mucho que no necesitaba a nadie para celebrar ninguna fiesta.

Finalmente, decidió volver a su casa en el Paseo de las Delicias. Había un camino, pero fue parando de cuando en cuando a tomar un poco más de alcohol, o a sentarse a fumar.

Llegó a su casa tambaleándose, pero despertó acordándose de todo y sin más resaca de la inevitable.

.Capítulo II

Sonó el despertador a las 7 de la mañana del lunes 8 de enero. Tocaba vuelta a la realidad y a la rutina. Miguel se preparó el desayuno —un café bien cargado y un par de bollos—, fumó, se aseó y salió a trabajar.

Miguel regentaba como autónomo una tienda de componentes electrónicos en la Ronda de Atocha, cerca de su casa. Al menos éste era su trabajo oficial.

A mitad de la mañana, una mujer latina de mediana edad cruzó la puerta:

—Hola, ¿aquí arreglan ordenadores? —Estas palabras bastaron para que Miguel se figurase que ella era colombiana.

—Por supuesto señora, ¿lo lleva ahí? —preguntó Miguel, señalando la bandolera que la mujer llevaba colgada. Por lo demás iba vestida con un pantalón y una blusa de un rosa pálido de una marca cara debajo de un abrigo gris aún más caro. Ella era tirando a baja, algo robusta y se teñía de castaño a pesar de ser totalmente morena. También se notaba por su color de piel que no era mestiza.

—Sí, mira, es que... A ver, no sé por dónde empezar. —Sonrió tontamente y se rio de forma aún más estúpida.

—¿Por qué no empieza por decirme su nombre?

—¿Qué? Ah, sí, claro, me llamo María, ¿y usted?

—Miguel, encantado. Ahora que ya nos conocemos, ¿por qué no me cuenta qué le pasa a su ordenador?

—En realidad no es mío ni siquiera. Verá, el hijo de una amiga empezó la Universidad y dice que necesita uno mejor y me lo dejó a buen precio, porque nos llevamos muy bien y...

—Bien, pero, ¿cuál es el problema que tiene ese ordenador? —La cortó Miguel, sonriendo.

—Pues que a veces no hace lo que le pido.

—No entiendo.

—Sí, mire, por ejemplo, voy a ver un vídeo y no me deja, o estoy escuchando música y se entrecorta, no sé. Es que no sé nada de estas cosas, como verá.

.—No sé preocupe que para eso estamos aquí. Yo creo que lo mejor es formatear y reinstalar el sistema operativo. Para que me entienda, dejarlo como nuevo.

—Ay, ¿pero eso no es muy costoso?

—Pues son 120 euros. 100 del Windows y 20 de la mano de obra... Me ha caído usted bien, así que se lo puedo dejar en 110 —dijo Miguel, guiñándole un ojo.

—Está bien, ¿se lo pago ahora?

—Eso estaría bien. Por curiosidad, ¿cuánto le costó este ordenador?

—Setecientos euros —contestó enseguida—. ¿Por qué lo quiere saber?

—Simplemente para hacerme una idea de su estado, no tiene importancia.

La mujer hizo un gesto que dio a entender que no comprendía muy bien la cuestión. Pagó con dos billetes de 50 € y uno de 20 €. Miguel le dio el cambio y la despidió, dándole un plazo de una semana para la reparación. Era un portátil de un año de antigüedad y que valía más de 1000 €, así que Miguel hizo algunas comprobaciones especiales.

La mayoría de la gente no lo sabe, pero cuando se elimina un archivo de un disco duro, por lo general éste no se elimina de manera definitiva. Casi siempre se puede recuperar con herramientas forenses. Miguel no era de la policía científica, pero contaba en su haber con un DVD de instalación de Ubuntu.

Lo metió en el ordenador y se dispuso a recuperar todo lo recuperable, extrañado de que el estudiante que mencionó la mujer se quisiera deshacer de un ordenador tan bueno. No era lo que esperaba, pero encontró que alguien había intentado borrar unos archivos muy interesantes. Miguel recuperó lo que pudo y lo cargó en una tarjeta Micro SD, que luego pegó con celo en el reverso de su DNI, donde solía esconder la peseta de hachís cuando era joven.

Después hizo el procedimiento habitual: colocar una copia de Windows 10 pirateada, crackear la licencia y dejar una vía abierta para poder acceder al ordenador en un momento dado.

Sacó de su bolso de mano uno de sus bienes más preciados: un bloc de notas que le regalaron en una Feria del Libro más de veinte años atrás, y en el que llevaba el registro de las personas que él consideraba interesantes.

.Abrió una página nueva. Escribió “María, colombiana”, y empezó su ficha.

Capítulo III

El móvil sonó la tarde del viernes 12, ya que Miguel sólo trabajaba de ocho de la mañana a dos de la tarde. El nombre del contacto, “Lucía 9”:

—Hola Miguel.

—Hola Lucía, me alegro de hablar contigo, ¿cómo te encuentras? —Dijo Miguel, adoptando un tono serio.

—Pues me parece que necesito verte.

—Mañana, dirás, imagino.

—¡Qué mal! ¿No puede ser hoy?

—Lucía, sabes que soy un hombre muy ocupado... —dijo Miguel, rascándose el testículo izquierdo y a continuación el ojo derecho.

—Te puedo pagar más, en serio, pero tiene que ser hoy.

—De acuerdo, pásate a las ocho.

—¡Mil gracias!

Miguel sacó de su bolso de mano su preciado cuadernillo y se dirigió a la página

.Lucía, 5 de abril de 1967

-Sus hijos la odian.

-El marido no la quiere, la maltrata.

-Sus padres la desatendieron.

-2 hermanos, uno muerto; ninguna hermana. Concreto:

-Suele soñar con conducir, aunque no conduce.

-En un sueño, su hermano muerto le dijo que debía cuidar de su familia.

Creencias:

-Dios.

-Tarot.

-Homeopatía.

-Karma, energías y mierdas de esas.

9.

Miguel se preparó una copa de whiskey que en realidad era medio vaso de cocina normal con JB a palo seco y se puso a repasar la página y a fumar con calma. Se arregló unos minutos antes de las ocho, ya que esperaba puntualidad por parte de su clienta.

A las ocho en punto, Lucía estaba llamando a la puerta.

Miguel la recibió vestido, como de costumbre, con chinos, zapatos y camisa.

—Menos mal que has podido recibirme —dijo ella.

—No ha sido fácil, pero te he hecho un hueco, aunque he tenido que sacrificar otro plan.

—Lo siento mucho, pero es que es importante.

—Bueno, vamos a sentarnos, si te parece.

.Miguel la sentó en la mesa del salón, de madera, rectangular con dos lados ligeramente más largos que los otros, en la que había convenientemente colocado un tapete púrpura y, junto a él, una baraja de tarot.

—¿De qué se trata, Lucía?

—Es que no sé qué hacer con mis hijos.

—¿Qué ha pasado?

—El mayor ha empezado a beber y la pequeña no hace nada de nada en el colegio. El mayor tampoco estudia, claro, y el padre como siempre no se da por enterado.

—¿Quieres hacer alguna pregunta a las cartas?

—Sí, me gustaría saber cómo hacer que mis hijos vayan por el buen camino. Miguel empezó a barajar y sintió una leve arcada. Echó una tirada de siete cartas.

—Sale el Arcano de la Muerte. Esto significa que tu vida y la de tus seres queridos está atravesando cambios.

—¿Pero cómo puedo ayudarles?

—A eso iba. No puedes. La carta está invertida. Por tanto, los cambios no sólo son negativos sino que no puedes intervenir.

—¿No se puede hacer nada? —preguntó Lucía, verdaderamente angustiada.

—A ver, es que...

—No, dime.

—Una solución es que recobres el control de tu vida, que es lo que deseas real- mente. Aunque eso, claro está, pasa por desentenderte un poco de tu familia, aunque sea para su mal.

En definitiva, tienes que preocuparte más por ti y menos por ellos, aun- que de esa forma les perjudiques.

—Yo no puedo hacer eso, Miguel. Son mis hijos, me necesitan. Haría cualquier cosa por ellos, aunque eso me perjudicase.

—A ver, entonces se puede hacer una cosa, pero gastaría mucha energía mía, y ya estoy cansado de por sí. Recuerda que ni siquiera íbamos a vernos hoy.

—Por favor, lo que sea, te compensaré.

.—Bien —dijo Miguel, al tiempo que hacía acopio de todo el cuajo disponible en su ser—. Voy a realizar un conjuro invocando a los espíritus de la luz para que guíen a tus hijos.

—¿Tengo que hacer algo?

—Sólo cierra los ojos y concéntrate en lo que desees.

Ella lo hizo. “Oh, poderosos espíritus, guíad a los hijos de Lucía en el camino de la luz y apartadlos de las tinieblas”.

Miguel repitió esto diez veces, controlando con su reloj de pulsera que no quedara demasiado dejado ni demasiado dramático.

—Ya puedes abrir los ojos.

Lucía, casi entre lágrimas, le entregó a Miguel un billete de 50 €. Él la despidió y, de seguido, guardó el billete en el armario donde guardaba los licores. Junto con otros

16.000 €, aproximadamente.

Capítulo IV

La vida social es importante. Y a Miguel sólo le quedaba un amigo en esta vida. Éste era Salvador, un antiguo compañero con el que estudió la FP. Él vivía por el barrio de Vallecas, en el que se crio, pero solían quedar en un bar de los que ellos llamaban “de los de toda la vida” que estaba cerca de Atocha, y, por tanto, más cerca de donde vivía Miguel.

Salvador fue amigo de Miguel casi desde que se conocieron. Era un tipo peculiar, inteligente aunque torpe en algunos aspectos. Físicamente era más alto que Miguel y muy corpulento, cosa con la que solían bromear ambos, al igual que hacían con su progresiva calvicie. Solía vestir casi igual que cuando Miguel le conoció, con vaqueros y lo que pillase en el momento para la parte de arriba. Se había casado y había formado una familia con su mujer y una hija preciosa, de las que ya sólo quedaba una pensión mensual de manutención.

En cualquier caso, era la única persona con la que Miguel consideraba que podía obtener un beneficio mutuo. Por algo su amistad había durado desde que eran jóvenes.

Quedaron el sábado a eso de las seis de la tarde en la puerta de su bar. Se saludaron efusivamente; no se veían muy a menudo. Era de noche y hacía frío, pero el país entero estaba en sequía y los dos fumaban. La terraza estaba montada, así que se sentaron en ella sin necesidad de hablarlo antes.

Empezaron con la cerveza.

—¿Y qué has estado haciendo? —preguntó Salvador.

—Pues lo de siempre, portátil por aquí, consola por allí un poco de abracadabra por allá.

Los dos rieron, Salvador sabía perfectamente a qué se refería su amigo. Quizás sólo no sabía que él era la única persona con la que hablaba abiertamente de su pequeño negocio clandestino.

—Abracadabra, no, ¿cabrón? Jaja. Te tienes que estar forrando.

—Tampoco te creas, da para tabaco y poco más. Se volvieron a reír.

—¿Tú cómo sigues, Salva?

.—Pues cagándome en mi jefe.

—Eso deberías haberlo pensado antes de hacerte taxista.

—O antes de haber aprendido a hacer el pino.

Siguieron con los cubatas hasta las ocho y media. No necesitaban ningún tema de conversación en particular, sino tan sólo el uno al otro.

—Podíamos marcarnos un Retiro —propuso Salvador, ya animado por el alcohol.

—Yo sabes que no le doy hace mucho, pero si quieres te acompaño —respondió Miguel, también animado aunque más consciente.

Pagaron y se encaminaron al parque del Retiro. Tardaron un cuarto de hora desde que entraron al parque hasta que encontraron un camello que les vendiera cinco euros de hachís.

Se sentaron en un banco y Salvador sacó papel, cigarrillo y mechero. Se lio el porro con una generosa cantidad de hachís, sobre todo teniendo en cuenta que se lo iba a fumar él solo.

Miguel sacó un cigarrillo para acompañarle.

A las cinco caladas su amigo empezó a filosofar poco convencionalmente:

—Hay una cosa que me mosquea, amigo.

—A ver, ¿qué pasa por esa cabeza? —preguntó Miguel, dibujando en su cara una sonrisa sincera.

—Pues que estamos viejos.

—Shhh... ¡Eso lo serás tú! Jaja.

—No tío, piénsalo, antes nos bebíamos botellas enteras y fumábamos hasta re- ventar. No nos hacía nada malo. Ahora llevo dos copas y estoy que no puedo.

—Pásame el porro, anda.

—Mira, el que no fumaba. —Se lo pasó. Miguel lo tiró al suelo y lo pisó.

.—Tu puto problema es éste —dijo, pateando el trozo de porro que quedaba. Mírame a mí, tabaco y alcohol... Tabaco y whiskey para ser exactos, y estoy hecho un chaval. Pero esa mierda te destroza, estabas de puta madre hasta que has fumado.

—Ya, pero...

—Y aparte, cabrón, no te has tomado dos copas, te has tomado tres, y cinco tercios. Anda, por qué no tiras esa mierda y nos damos una vuelta hasta que se te pase.

Su amigo tomó su consejo y volvieron dando una vuelta a Vallecas. Miguel dejó a su amigo cerca de su casa y cogió la Renfe de vuelta a Atocha.

.Capítulo V

Al lunes siguiente volvió a sonar el despertador a la hora de siempre. Miguel llegó al trabajo y en la puerta le estaba esperando María.

—Buenos días —le saludó ella.

—Hola, ¿qué hace usted aquí tan temprano?

—No sabía a qué hora abría la tienda y necesito el portátil. ¿Está ya arreglado?

—Como nuevo, señora. Pase conmigo y se lo entrego.

Miguel subió la chapa de DiscoTech y abrió la puerta. La mujer le siguió. Él pasó al otro lado del mostrador y sacó de debajo de éste el portátil de la señora, al que había hecho las modificaciones oportunas. Lo puso sobre el mostrador.

—Aquí lo tiene.

—¿Ya va bien?

—Absolutamente como nuevo, como ya le he dicho. Yo mismo he probado todas las funciones.

»Por cierto —continuó Miguel—, me ha caído usted francamente bien, ¿no estaría interesada en tomar un café conmigo algún día? —La miró con seguridad, mostrando todo su atractivo. La parte más difícil del negocio de Miguel era la incorporación de nuevos clientes.

—Pues fíjese usted, si algo le gusta a la gente de mi tierra, eso es el café. ¡Por supuesto que acepto!

—Y yo que me alegro —sonrió Miguel—. ¿Y de dónde dice que es usted?

—Bogotá, Colombia, caballero. Y si le parece creo que ya podemos tutearnos.

—Pues sí, si te parece te doy mi número y me das un toque. Podemos tomar café en mi casa.

—Me parece bien.

Intercambiaron números como había propuesto Miguel.

Capítulo VI

María llamó a la puerta de la casa de Miguel el miércoles a las cinco de la tarde, que es cuando habían quedado.

—Hola, pasa, pasa, no te quedes ahí.

—Hola Miguel —saludó María, con su sonrisa de bobalicona.

—He hecho café. Es café colombiano, o eso me dijeron en la tienda, espero que puedas sacarme de dudas.

—Seguro que es un café delicioso.

Miguel la acompañó a sentarse en la mesa del salón mientras preparaba dos tazas de café en la cocina.

—¿Cómo tomas el café?

—Solo con azúcar por favor.

Llegó al salón con las dos tazas de café solo y el azucarero en una bandeja de porcelana blanca y se sentó, como el que no quiere la cosa, enfrente de María.

Los dos echaron azúcar en el café y le dieron un sorbo.

—De verdad que está delicioso —dijo María.

—Me alegro de que te guste.

—¿Cuánto dices que llevas en España? —comenzó a indagar Miguel.

—Pues llegué aquí hace como quince años.

—Ya decía yo que no tienes acento ni nada.

—Jaja. No seas tonto. Sé que un poco sí que tengo. —Jugó con su pelo. Daba la impresión de que estaba intentando tontear, aunque muy penosamente.

—¿Y viniste sola?

—Sí. Digamos que no tengo familia, es complicado...

—Cuéntame.

.—Pues mira, mi madre murió al darme al mundo, y mi padre cuando yo tenía cinco años... Apenas sí le recuerdo. De modo que crecí en un orfanato.

—¿Y no tienes marido ni hijos?

—Nunca me casé... Aunque he hecho mis pinitos, claro está. —De nuevo volvió a intentar tontear, esta vez soltando una risita totalmente imbécil.

»Oye, ¿eso es...? —Preguntó María, señalando al tapete púrpura y la baraja de tarot que a Miguel se le había olvidado recoger del todo.

—Ufff... Eso. Esto no lo sabe mucha gente, es un secreto, no sé si debería contártelo. ¿tú crees en algo?

—Pues sí, de hecho en Colombia dejé atrás a un adivino muy bueno que me ayudó mucho con muchas cosas.

Miguel sonrió.

—Pues yo también tengo ese don. Otro día podemos mirarte algunas cosas.

—Estaría bien...

—Pero tienes que entender que este aspecto de mí es tan profesional como lo que puedo hacer en la tienda.

—No hay problema, pagaré. ¿Tienes tarifas?

—No mujer, tú vienes, y si consideras que te he ayudado me das lo que buena- mente puedas.

—Bien entonces.

Terminaron de tomar café y de hablar y se despidieron.

Capítulo VII

Miguel estaba contentísimo por el pingüe negocio que tenía entre manos, de modo que el viernes por la noche salió a celebrarlo. No hay que vender la piel del oso antes de cazarlo, pero tampoco hay que hacer caso a todos los refranes. Y qué narices, le apetecía pillársela.

Empezó con dos copas en el bar de siempre.

Fue recorriendo Madrid hacia el centro, parando en cada bar que le llamaba la atención a pedir al menos una copa.

Esa noche sobrepasó incluso la cantidad de alcohol que la costumbre le permitía tolerar.

No sabía ni dónde estaba, pero al rato de pensarlo supo orientarse para volver a su casa en el Paseo de las Delicias. Eso sí, estaba bastante lejos, así que por el camino su mente se fue despejando un poco, ya que tuvo la buena cabeza de no meterle más alcohol al cuerpo.

Estaba bajando la calle de Atocha, en el último tramo, cuesta abajo. Eso ayudaba. También ayudaba que la madrugada estaba bien entrada y que estaba helando. Aunque Miguel no sentía frío. En realidad no solía sentir frío casi nunca.

Terminando la calle Atocha, cerca de la boca de la estación de Metro homónima, le asaltó un joven, delgado, algo bajito, muy nervioso y desaliñado, con toda la pinta de ser un drogadicto con el mono.

Miguel sabía perfectamente que los drogadictos no son tan peligrosos cuando están drogados, en cuyo caso el único peligro es si conservan la fuerza física, como cuando están sufriendo la abstinencia de la mierda que sea que consuman habitualmente. Ahí es cuando son capaces de absolutamente lo que sea con tal de conseguir la siguiente dosis.

—¡TÚ! ¡SÍ, TÚ! Dame lo que tengas o...

Miguel, con su borrachera encima, no estaba para que le atracasen o le tocasen los huevos en general, y menos con clichés tan trillados.

—¿Cómo dices? —se limitó a decir, cortándole y fingiendo estar mucho más bebido de lo que en realidad estaba.

.—Te digo que...

—¿Cómo, ven? —dijo Miguel, acercándose disimuladamente a la boca del Metro de Atocha.

El joven le siguió y fue a sacar algo de un bolsillo, ya muy alterado. No se dio cuenta de que estaba exactamente encima de las escaleras.

Miguel le empujó escaleras abajo y acto seguido, sin tan siquiera pararse a ver cómo caía por ellas, siguió andando hacia su casa como si no hubiera pasado nada en absoluto.

Capítulo VIII

Al día siguiente se levantó de la cama temprano. Se tomó un Paracetamol, como un litro de agua y un vaso hasta arriba de café solo y se volvió a acostar.

Por la tarde volvía a ser una persona. No habían dicho nada en los medios de un homicidio en la zona de Atocha, así que dio por hecho que, o bien el figura había sobrevivido, o bien no lo hizo pero eso no suponía una noticia especialmente relevante.

Tenía que estar despejado para continuar con sus tejemanejes.

María llegó poco antes de ser de noche. Miguel la recibió y la hizo pasar al salón.

Esta vez había montado la escena completa, con velas, estampitas y demás.

—Por favor, dime qué te inquieta —dijo Miguel, con la más absoluta seriedad.

—Es que verás, hay un problema.

—Tú cuéntame.

—Es que es una cosa de la que al brujo que conocía allá en Colombia no le gustaba hablar.

—¿Y de qué se trata?

—De la comunicación con el otro lado... Con los muertos —dijo María, titubeando por el miedo.

—Ya veo, eso es un problema. Lo que pasa es que la gente como yo podemos romper el velo y comunicarnos con el otro lado, pero eso encarna muchos riesgos para nosotros.

—¿Y tú estarías dispuesto a...?

—Eso depende de lo que estés dispuesta a ofrecer.

María rebuscó en un bolsillo y sacó, doblado, un billete de 100 €. Miguel lo cogió y lo guardó en su propio bolsillo dejando que pasara sólo el tiempo imprescindible en el proceso.

—¿Con quién quieres hablar? ¿Qué quieres saber?

—Quiero saber si mis padres siguen juntos y queriéndose allá en el Cielo.

.A Miguel, ya curado de todos los espantos de este mundo, no le sorprendió la estupidez de la pregunta.

—Vale, ahora quiero que cierres los ojos y pienses en tus padres. María obedeció.

—Ahora puedes hablar con ellos, y ellos te responderán a través de mí.

—¿Papá? ¿Mamá? ¿Estáis ahí?

—Sí —dijo Miguel, alterando su tono de voz de la forma más profesional posible.

—¿Estáis juntos?

—Siempre.

—¿Estáis conmigo?

—Nunca... Nunca dejar... de estar... estarlo... María abrió los ojos.

—Lo siento —dijo Miguel—, pero es a lo más que puedo llegar sin poner en serio peligro mi propio espíritu.

—No te preocupes —dijo María, sollozando—. Ha sido maravilloso. Gracias.

—Terminó de romper a llorar.

Miguel la invitó a prepararse ella misma un café en la cocina. Ella lo hizo y Miguel aprovechó para guardar el billete en su escondite correspondiente. Cuando estaba cerrando la puerta del mueble María entró en el salón y le preguntó dónde estaba el azúcar, diciendo que el azucarero estaba vacío. Miguel actuó con naturalidad y respondió a su pregunta.

Tomaron el café y se despidieron.

Capítulo IX

El domingo Miguel decidió tomarlo para descansar, arreglar algunos asuntillos y navegar por Internet.

Encendió su portátil y puso en YouTube una lista de reproducción de Extremoduro en lo que apañaba un par de cosas.

No era diseñador gráfico, pero entendía la importancia de esta polivalencia. Pasó media mañana consiguiendo una copia pirata del Photoshop de Adobe. Mientras lo hacía, pensaba que el tema de la piratería se había puesto asqueroso. Ahora no sólo era mucho más difícil conseguir material ilícito, sino que todo el mundo trataba de sacar tajada como fuera. “Atajo de sinvergüenzas”, dijo para su cuello.

El resto del día lo pasó con una botella de Cutty Sark y un paquete de tabaco, y se mentalizó sobre cómo afrontar algo que no sabía cómo iba a transcurrir o finalizar, pero que desde luego iba a pasar.

Capítulo X

Había quedado con María un día como otro cualquiera, un día de entre diario. La tarde de un martes.

Esta vez no iban a hacer una sesión, sino que se iban a ver como dos amigos cualesquiera, lo cual no dejaba de ser una parte fundamental del negocio.

María se ofreció a preparar dos tazas de “ese café tan rico”, a lo que Miguel aceptó.

Él la estaba esperando en el salón cuando ella apareció con dos tazas. Después trajo el azucarero y dos cucharillas.

La conversación estaba transcurriendo con total normalidad hasta que Miguel empezó a encontrarse realmente mal.

—¡Ay, pobre! ¿Qué te sucede?

—No lo sé, me... Me. —Ni siquiera podía hablar.

—¿Quieres saber lo que te pasa? Te diré qué te pasa, es más, te diré cómo se llama lo que te pasa: Datura stramonium. ¿No te lo esperabas? ¡Pobrecito! —exclamó con sarcasmo y con auténtica maldad—.

»Sé quién eres. ¡Sé lo que eres! Eres un brujo. Sí, Miguel, eres un brujo, un siervo del diablo. Pero yo no me quedo atrás. Yo combato a la gente como tú. Claro que yo también soy un poco bruja... Por ponerlo claro, se podría decir que yo soy la hija favorita del diablo y tú eres una mezcla de su putita de los jueves y su sobrino el del pueblo.

»Si te interesa, ya has tomado bastante dosis como para matar a un adulto joven, así que a ti debería bastar para dejarte bien jodido.

»No sé ni para qué estoy hablando, seguro que ni puedes entenderme....

Miguel estaba paralizado. María se dirigió al mueble de los licores y cogió hasta el último billete. Se los pasó a Miguel por la mejilla y se la besó antes de guardarlos en su bolso.

—Espero que disfrutes del resto de tu vida junto con los otros enfermos mentales crónicos — le susurró al oído, denotando en su tono que estaba disfrutando con todo aquello.

Después salió por la puerta.

Capítulo XI

Sin perder un segundo, Miguel miró su reloj de muñeca. No estaba tan mal como le había hecho pensar a María, pero le costaba horrores seguir el segundero del reloj. Contó como pudo un minuto y se fue derecho al baño.

Se provocó el vómito sobre el wáter. A continuación bebió toda el agua que pudo del lavabo y volvió a forzarse a vomitar. Repitió este proceso dos veces más. El estramonio no es ninguna broma, no podía jugársela a que su organismo absorbiese más.

Después, se desnudó, abrió el grifo de la ducha y puso el agua tibia, y se tumbó en la bañera con la alcachofa de la ducha a la altura del pecho.

Los siguientes dos días fueron infernales. Mucho peores que la peor experiencia que te pueda provocar un psicodélico convencional. Sufrió alucinaciones visuales y auditivas y el pensamiento degeneró por los fuertes delirios.

Además, su percepción del tiempo estaba alterada, y tenía la sensación de que aquello no terminaría nunca. No había sentido tanto miedo en su vida. Fue como un episodio de pánico absoluto de 48 horas de duración. No sabía si estaba dormido o despierto de lo alterada que estaba su consciencia. Aunque estuviera despierto, sentía sobre el pecho toda la opresión de una pesadilla horrible.

Llegó a pensar que realmente María tenía razón y enloquecería de por vida.

Pero resurgió. De su bañera. Al tercer día. Recubierto por agua y restos de sus propias heces, vómitos y orina. Al parecer su instinto fue acertado y pudo ir bebiendo inconscientemente al menos lo suficiente como para no morir de deshidratación.

Se tomó su tiempo en asearse y en asegurarse de que todo en su cabeza seguía en su sitio.

El ayuno también le había dejado temblando, así que fue a la cocina, se comió prácticamente todo lo que tenía que no requiriera preparación previa y bebió muchísima agua.

Después se dirigió a dar su siguiente paso.

Capítulo XII

Enchufó el portátil a la corriente y lo encendió. Lo primero que hizo fue localizar el portátil de María, y lo situó en Bogotá. Estaba seguro de que esa fue una de las pocas cosas en las que ella fue sincera.

A continuación sacó su DNI de la cartera y le dio la vuelta. Despegó la tarjeta Micro SD y la conectó a su portátil. Del ordenador de esa zorra había logrado recuperar 16 archivos de criptomoneda BitCoin. Inició sesión de forma anónima en una página web de cambio de divisas virtuales en la que por seguridad se tuvo que registrar con un DNI que había falsificado con el Photoshop.

Cambió los BitCoin robados por otra divisa virtual, que a su vez volvió a cambiar por Bitcoins, destruyendo por tanto que los primeros en el proceso.

Ahora tenía sus propios Bitcoins, que eran suyos de pleno derecho e irrastreables.

Perdió casi 20.000 € en comisiones y ganó más de 150.000 € limpios, que esa vieja había ido estafando a tipos como él. O casi como él.

Fin

El cuaderno encantado

1

Guille siempre había pensado que las historias eran como árboles. Todo empezaba por una semilla, que con tierra, agua y sol, llegaría a convertirse en uno de estos seres vivos ya desarrollado, aunque éste siempre quedaría atrapado en el reino de la fantasía.

Cuando esa mañana había ido con su madre al mercadillo de los jueves de su pueblo de Granada a comprarse algo de ropa, nunca hubiera adivinado lo que iba a ocurrir.

Mientras su madre regateaba hábilmente al tendero, Guille se distrajo, y de entre la gente que recorría el mercadillo por la calle arriba, una gitana anciana le hizo gestos para que se acercase.

A sus diez años, había sido educado en la sana desconfianza hacia los desconocidos, claro que también le habían dejado caer que en un pueblo pequeño como el suyo todo el mundo era más de fiar.

Cuando se quiso dar cuenta ya estaba cara a cara con la gitana.

—Tengo algo para ti, Guille.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Entre nosotros nos conocemos todos, ¿no crees? —respondió ella con una extraña sonrisa.

Guille estaba descolocado.

—Tengo algo para ti. Un regalo muy especial. —La anciana le mostró un libro con pinta de antiguo, bastante grande y que también parecía caro.

—No puedo comprar eso, señora.

—No seas tonto, no vale dinero, no. Es tuyo siempre y cuando prometas usarlo cada día. ¿Lo prometes?

—Lo prometo.

La anciana le entregó el libro y el niño tardó medio minuto en comprobar que hasta la última página estaba en blanco.

Cuando levantó la cabeza ella ya se había ido.

Metió el cuaderno de tapa morada muy oscura en su mochila estampada de esos muñecos salidos de los videojuegos de Yo-Kai. Su madre volvió a por él y le dijo que no se distrajera tanto, que habían venido a por un juguete para él.

.Guille dio por hecho que lo que le extrañaba a su madre era que en ningún puesto cercano a donde estaban vendían nada parecido a un juguete.

—De todas formas creo que al final no voy a querer nada. Creo que me voy a centrar en pasarme los juegos que ya tengo.

—Cómo sois los niños, no sabéis jugar con nada que no funcione con electricidad, ¿eh?

—dijo su madre mostrando un afecto desmedido.

Después de pasar una media hora ojeando el mercadillo, ambos tomaron café y colacao, respectivamente, en un bar cercano y pusieron rumbo a volver a la casa de sus abuelos maternos.

Según la madre abría la puerta se oyó al padre soltar un grito:

—Con que no se lo explica. A ver qué le parece esto. Ocho especialistas. ¡Ocho! Los mejores de la región y ellos tampoco se lo explican. ¡Qué hacemos?

—¡Estamos aquí! Dijo la madre casi chillando para que su marido se callara.

Guille como siempre hizo como que no se enteraba de nada y pasó al comedor a saludar a su padre y a sus abuelos.

Después se fue a su habitación, sacó el libro de la mochila, lo observó como si fuera un jeroglífico y decidió guardarlo en un cajón.

Se propuso utilizarlo en algún momento del día. Al fin y al cabo lo había prometido.

Aunque ese tema sí lo desconocía sinceramente.

Después de comer, se retiró a su cuarto a echarse la siesta. Puso su gorra de New York

sobre la mesilla de noche y se echó sobre la cama sin arroparse.

No dejaba de darle vueltas al asunto. Por más que lo intentaba, no podía ignorar que algo estaba sucediendo.

Cuando se quiso dar cuenta, estaba sentado al borde de la cama y sacó el cuaderno del cajón de la mesilla. Volvió a observarlo y a ver cómo todas las páginas estaban en blanco. Se volvió a poner su gorra.

Encendió la luz. Recordó que en el bolsillo de su pantalón tenía un boli bic negro, los cuales le gustaban más quizá porque en el colegio sólo le dejaban escribir en azul. Lo cogió y juntó la mesita a la cama para poder escribir en el cuaderno.

Empezó: "Siempre he tenido mucho dinero...

Su cuarto había multiplicado varias veces su tamaño. La cama también era mucho más grande. Había armarios, mesas y todo tipo de muebles de maderas que parecían de lujo alrededor. No entendía nada.

.Se fijó en él. Llevaba exactamente la misma ropa, excepto por una bandolera color crema. Miró dentro y allí se hallaban su cuaderno y el bolígrafo.

Por la ventana se veía un jardín exótico y esmeradamente cuidado. Lo estuvo contemplando unos momentos y al fin se decidió a salir por la puerta.

Se encontró en un pasillo muy amplio. Observó otra ventana a un extremo, así que se encaminó al opuesto para poder seguir avanzando. Las paredes eran blancas, muy brillantes y limpias. Los techos eran bóvedas granates.

Empezó a bajar unas escaleras de caracol y, al llegar abajo, una mujer joven le estaba esperando. Era rubia y aparentaba unos veinte años. Llevaba puesto un vestido negro con estampado de flores azules y verdes.

—Príncipe Guillermo —empezó a decir—, espero que al menos haya meditado mi propuesta. Si sus súbditos seguimos sin comida podría empezar una revuelta, pero sé que eso no es lo más importante para usted, no. Sé que usted es noble, humano. Al contrario que su padre, usted...

—¿Mi padre?

—Sí, el Rey Herald. Él sigue moviendo los hilos, ¿verdad? Usted está al mando, aunque sea de palabra, tiene la capacidad de dar la orden. Como yo hay muchos. Muchas. Madres a las que se les están muriendo sus hijos, ¿lo entiende? —Cayó sobre sus rodillas y se llevó las manos a los ojos. —Yo no...

—Está bien, daré la orden —contestó Guille sin referirse a ella por su nombre, ya que, por el más extraño de los motivos, supuso que lo raro sería preguntarlo cuando era evidente que ya debería saberlo— Ningún niño debe morir de hambre bajo mi mandato.

Ella, aún arrodillada, le abrazó, se puso en pie, se recompuso y se retiró. Un hombre que había oído la conversación se acercó a Guille:

—Majestad. Eso ha sido muy generoso de su parte. Si me permite una sugerencia, hace tiempo que los sirvientes necesitamos un aumento de salario, no nos llega para todo.

—Bueno, supongo que...

—Y, antes de que conteste, recuerde también que se sabe que nueve de cada diez aposentos del Palacio están vacíos, creo que podríamos...

—¡Qué narices está pasando aquí! —tronó una voz ronca y colérica.

Era el Rey. Apartó a aquel hombre de un empujón y se puso delante de Guille.

—Hijo mío, cada vez me decepcionas más. Primero pides a los sastres que te hagan esas vestimentas tan espantosas y ahora por poco regalas el Reino.

.»Esto se acaba aquí. Vas a aprender a gobernar como lo hice yo. Pasando quince años en la escuela militar. ¡Y créeme que no te tratarán como si ya fueras alguien! Ahora, ¡largo!

Guille no terminaba de entender todo esto, pero tenía claro que no le apetecía pasar más años de los que ya tenía en una escuela militar. Se le ocurrió una idea. Fue a la bandolera, cogió el cuaderno y el boli y escribió:

...Vuelvo a casa de los abuelos”.

—Vaya siesta te has echado campeón —dijo su abuela a la puerta de su cuarto. Anda y tira que ya es casi la hora de cenar.

—Un segundo, yaya. Ahora voy.

Estaba aturdido. Su gorra seguía sobre la mesilla. Tras una pausa producto del susto, fue hacia el cajón. Abrió el cuaderno y el corazón casi le da tres vueltas al ver con sus propios ojos que la historia que había vivido estaba escrita allí palabra por palabra, de su puño y letra y en primera persona.

Cenó con la familia disimulando como pudo lo desconcertado que estaba. Sólo tenía un objeto para meditar, que era el siguiente: utilizar ese cuaderno, cuya naturaleza y alcance desconocía, para lograr un bien mayor y necesario; o no utilizarlo y jugársela de una forma bien distinta.

Esa mañana se levantó de un salto. Fue al baño y luego a la cocina a desayunar un colacao con bollos.

Se metió en su cuarto, volvió a acercar la mesilla y se dispuso a escribir las palabras que había meditado hasta bien entrada la madrugada.

Abrió el cuaderno, y en la primera página en blanco, escribió las siguientes palabras: “Hablo con alguien que pueda ayudarme...”

Se encontró en un claro en un bosque inmenso. De nuevo iba vestido con la misma

ropa y llevaba la bandolera. Sabía que era inmenso porque los árboles más cercanos estaban a kilómetros y se veían más o menos igual que cuando están en un monte lejano. Había césped de un verde intenso y en el medio...

Qué palabras ponerle a aquello. Era como un árbol, sólo que tenía el diámetro de la calle donde él y sus padres vivían en Sevilla y era tan alto que, al menos desde su perspectiva, no tenía tope. Aun así arriba del todo se apreciaban numerosísimas ramas que proyectaban sombra en cientos de metros a la redonda.

—¿Dónde están mis modales? Me llamo Aira. —Era una voz femenina. Aguda, fuerte y firme.

Guille ya sabía qué iba a decir, pero se tomó el tiempo necesario para apreciar todo lo

que estaba pasando. Ese árbol. Aira. Le estaba hablando. Ese ser tan mayúsculo e imponente, pero que al oírle de alguna forma estaba a su nivel.

—¿Eres tú quién puede ayudarme?

—Verás Guille, no estás pidiendo peras precisamente. Lo bueno de todo esto es que yo tampoco soy un olmo.

De alguna forma él se figuró que ella estaba sonriendo.

—¿Y qué eres?

—Técnicamente soy una secuoya, pero eso ahora no tiene importancia.

»¿De verdad crees que estás listo, Guille? Tienes que entender que aquí yo no tengo parte ni partido, pero si de verdad estás dispuesto, te daré otra oportunidad. De jugártela de forma distinta. Ni más, ni menos.

—Acepto.

—Bien entonces.

.Hacia Aira, había una especie de monte que llegaba a ella producto de sus raíces. Por la hierba que había encima de este monte, se abrió un camino de tierra.

Guille lo siguió de frente hacia ella. Tras un buen rato de subida, por el cual quedó exhausto, vio que en su corteza se había abierto un portal. Por intentar definirlo, era transparente y de alguna manera a la vez gozaba de una extraña opacidad.

Lo atravesó.

Cayó contra el suelo. Contra un suelo de hierbas pero que de alguna forma era totalmente liso. La luz le cegaba. Aun así miró al cielo. Había una Estrella Azul, que se apreciaba unas cuatro veces más grande que el sol, y el cielo era blanco. No había nubes.

Por los bordes de ese suelo, crecían, cual planas, unas estructuras de piedra en las cuales se podían apreciar claramente ramas, hojas, flores y frutos.

Lo siguiente de lo que se dio cuenta es de que la Estrella le hacía proyectar dos sombras, una más oscura de lo esperable y la otra más pálida.

Guille pensó que ya había llegado demasiado lejos para no jugar sus cartas. Al fin y al cabo, tenía un cuaderno mágico que le convertía en realidad sus fantasías. ¿Qué tenía que temer?

Y usó el cuaderno para cambiarse a sí mismo.

En primer lugar, deseó tener una media melena castaña. En segundo, el cuerpo de un hombre en sus veintes. Deseó ser fuerte físicamente. Deseó ropa nueva: botas, vaqueros negros, una camiseta que había visto en una tienda y una chaqueta de cuero negra. Deseó un arma, sí, una espada con su funda y todo y...

Se levantó viento, cada vez más intenso, cada vez más agudo, le cortaba el oído derecho. Cuando creía que no lo podía aguantar vio como sus dos sombras se fundían en una de una tonalidad intermedia, y ésta se desprendió de él y se le enfrentó.

Se puso cara a cara con él, le infligía un terrible miedo. Guille entendió la relación y se defendió con la espada. Pero a la sombra no le afectaba. Simplemente la atravesaba, como un golpe esquivado. ¿Entonces qué? ¿Qué podía hacer? La sombra se estaba metiendo en su corazón, le aterraba. Cada vez la blandía con más furia, hasta que por fin lo hizo con auténtica ira. Entonces, la espada cayó al suelo.

Antes de que le diera tiempo a darse por vencido, observó con alivio como la espada reflejaba un haz de luz dorada producto de la Estrella Azul. En cuanto supo el punto débil de su oponente, Guille recogió la espada y se dedicó a matar a su sombra con el reflejo.

Cuando no quedaba nada de ella, la sombra volvió a ser suya. Ahora proyectaba una única sombra.

.Guille ya se repuso del susto y se decidió a volver a utilizar el cuaderno. No tenía forma de saber cómo de extenso era el terreno en el que se encontraba, así que pensó que necesitaba un vehículo. Pidió una moto.

—¿Ves alguna gasolinera por aquí? —La voz de Aira sonó como una auténtica colleja.

Él seguía pensando que necesitaba moverse más rápido que a pie, así que volvió a sacar el cuaderno y esta vez apareció un caballo.

Era negro azabache de los pies a la cabeza, con la crin del mismo color y los ojos rojos como rubíes. Él sí que proyectaba dos sombras.

—Te llamas Jacob —le dijo Guille. Y se montó en él. Avanzó en el camino.

3

Guille al fin se encontró con una bifurcación en el sendero.

El camino de la izquierda, era de piedra y tierra, flanqueado por plantas, especialmente rosas amarillas. El de su derecha, seguía siendo aquel sinsentido de suelo de plantas y plantas de roca a los lados.

Bajó de Jacob. Esperaba una señal, la que fuera. Algún modo de saber.

Estaba más que tentado a tener algo parecido a lo que ya conocía, pero dio por hecho que no podía ser tan fácil.

Llevó la vista al cielo. La Estrella Azul se veía más allá del camino de la derecha.

Entonces lo supo. Necesitaba una guía y esa era la mejor que podría encontrar.

Volvió a subir a Jacob y cogió el de la derecha siguiendo su Estrella. Cuando ya había entrado, comprobó como el viento le empujaba fuertemente la espalda, casi impulsándole.

Avanzando un poco en el camino, se dio cuenta de que tenía mucha hambre, así que volvió a bajar de Jacob y usó el cuaderno para conseguir comida.

No pasó nada. Guille se asustó por si el cuaderno había dejado de funcionar cuando Jacob se arrimó al borde de camino y se metió en la boca una de las rocas, de las que tenían forma de fruta.

—¿En serio? —dijo Guille. No hubo respuesta alguna.

No podía seguir ignorando a sus tripas ni el hecho de que lo único parecido a algo comestible que había por allí eran esas frutas rocosas.

Se fue junto a su caballo, cogió una y, cerrando los ojos, se la llevó a la boca. Sabía a una mezcla de tierra mojada y nada en absoluto, pero de algún modo supo que esto le iba a salvar la vida.

Efectivamente se le quitó el hambre y se le renovaron las fuerzas, aunque no le terminaba de hacer gracia lo que acababa de pasar.

Volvió a subir a Jacob y a seguir avanzando. Vio un cartel en el lado derecho. O bien estaba en un idioma del que no había oído ni hablar o bien era un jeroglífico indescifrable.

Guille usó el cuaderno para entenderlo. Leyó: “CONDADO DE SECUOYA”

”Próximamente: Pueblo Rojo”.

Montado en Jacob, Guille entró en el Pueblo Rojo.

Era un pueblo mediano, muy parecido al de sus abuelos en Granada. El suelo seguía siendo de plantas, pero era como si lo cubriese un cristal translúcido de un rojo intenso.

Se acercó a la primera calle con casas. Una comitiva de sus habitantes salió a su encuentro.

Tenían forma humana, eran rojos y vestían ropas como pantalones, camisetas y alguna camisa, en función de su género y edad.

—Es él —murmuraban primero uno y después los otros—. Es el Señor de Una Sombra.

—¡Viva! —Exclamó un hombre de mediana edad con pantalones de pana y una camisa azul.

—¡VIVA! —Gritaron todos al unísono. Se arrimaban a Guille, le rodeaban.

—Alguien debe explicarle la situación —empezó el mismo hombre—. Dejad que lo hagamos mi familia y yo.

Ese hombre, su mujer y el que parecía ser su hijo se encaminaron a una de las casas.

Tras dejar a Jacob en la puerta y entrar, le invitaron a sentarse al calor de una lumbre de fuego azul.

—Ten —dijo la mujer ofreciéndole a Guille una de esas frutas rocosas del Condado.

Guille la aceptó y la puso sobre la mesa. Ella sonrió y después sacó otras tres para ellos.

Había aceptado por educación. La verdad es que le estaba empezando a coger tirria a tener que alimentarse a base de esas cosas, pero no era menos cierto que debía alimentarse a toda costa.

—Esperábamos tu llegada —dijo el padre.

—¿Cómo? —preguntó Guille.

—Eso ahora es lo de menos. Escucha porque esto te interesa. Somos un pueblo humilde. Minero. Hemos convivido pacíficamente y trabajado todo lo que se nos requería.

»Pero eso cambió hace algún tiempo. Algunos de los obreros, o al menos lo eran tanto como nosotros antes de todo esto, están haciendo peligrar seriamente la convivencia.

.—Esos gandules —dijo la madre.

—No te pongas así, recuerda que nosotros somos de los que creemos que ellos no son los responsables.

Guille le dio otro bocado a su fruta. La miró con mala cara y entonces el hijo de ellos comió un poco de la suya y le sonrió.

—El caso, Señor de Una Sombra, es que estos antiguos mineros de una forma u otra se han hecho inmortales, dejándonos con muchos menos operarios disponibles. Y lo peor de todo, es que no conforme con ello se dedican a vaciar la mina. Y sin su hierro pereceremos todos.

—No entiendo qué se supone que debería hacer —dijo Guille preocupado.

—Eres el Señor de Una Sombra. Todos te conocemos. Te respetamos. Existe la posibilidad, por minúscula que sea, de que ellos también lo hagan. Y debemos aprovecharla.

—Muy bien. ¿Dónde están?

—En un local junto a la mina, te guiaré.

Recorrieron el pueblo, el minero a pie y Guille sobre Jacob, hacia lo alto de la pendiente, donde se hallaba la mina. Por el camino, todo el mundo les miraba y de vez en cuando alguien murmuraba ‘Señor de Una Sombra’.

Al fin llegaron al local.

—Debes entrar solo —dijo el minero—. A mí no me harán el menor caso, y lo peor de todo es que si entro contigo podría perjudicar a nuestros intereses.

Guille entró.

Era un espacio mucho más amplio que el resto de las casas. Allí, muchos antiguos mineros se dedicaban a hablar a voces mientras una música estridente sonaba de fondo.

Poco a poco fueron fijando la mirada en él y callando al mismo tiempo. La música acabó por pararse.

—Pero si es el Señor de Una Sombra —dijo uno de ellos, a lo que siguieron algunas risas.

—Ya veo que me conocéis. Me han dicho que estáis perjudicando al pueblo entero.

—Eso no es verdad —dijo otro hombre con voz ruda.

—Ah, ¿no? ¿Y lo de dejar al pueblo sin habitantes? ¿Y lo de vaciar la mina?

.

—Te lo voy a explicar para que lo entiendas —dijo una mujer alta y delgada. Somos inmortales. ¿Entiendes lo que eso significa? ¿Quieres ser tú también inmortal?

.—Eso nunca.

—¡Pues lárgate! —dijo una voz al fondo.

—Sigue siendo el Señor de Una Sombra. No le trates así —retomó la mujer. Hubo murmullos y después silencio.

—Sólo hay una cosa que no entiendo. Si de verdad sois inmortales, ¿Qué necesidad tenéis de explotar la mina? ¿No están todas vuestras necesidades cubiertas?

—Lo votaremos. ¿Quién de los presentes quiere, dejar la mina en paz a cambio de seguir siendo inmortales?

Una amplia mayoría levantó la mano.

—Has tenido suerte. Ahora, vete.

Guille salió por la puerta del local y el minero le recibió.

—¿Y bien? —preguntó.

—Dejarán la mina.

—Me alegro muchísimo, pero esto no acaba aquí. Hay un camino en la salida del pueblo. Debes dirigirte allí.

Guille salió del pueblo montado sobre su caballo. Se dio cuenta de que no tenía más que seguir la Estrella Azul.

Tras salir del Pueblo Rojo y avanzar un poco más en el camino, Guille se encontró con otra bifurcación.

Esta vez, a su izquierda quedaban rosas blancas a los lados de un camino pedregoso.

La Estrella le seguía indicando que avanzase por el de la derecha. Se encaminó hacia el sobre Jacob y empezó a recorrerlo.

De nuevo, volvió a esperar a que el hambre fuera insostenible para bajarse de su caballo y decidirse a comer alguna de esas frutas arenosas, a las que ya les había cogido auténtico asco.

Como el anterior, este camino era llano y monótono, sin embargo al cabo reparó en que había algo de distinto en este con respecto del otro: era más largo, mucho más.

De nuevo volvió a entrarle hambre y, de mala gana él y Jacob volvieron a alimentarse.

Guille esperaba que esta hubiera sido la última vez, pero tuvo que repetir la operación en otras dos ocasiones.

Casi temblando ante la idea de que eso tuviera que repetirse, vio un cartel en el margen derecho del sendero:

“CONDADO DE SECUOYA”

“Entrando en: Poblado Incompleto”

Guille al fin divisó el poblado. Era un compendio de chozas cilíndricas con techo en

A medida que se adentraba, se iba formando una capa translúcida negra sobre el suelo de plantas.

Se bajó de Jacob. Llamó a la primera choza y, al no obtener respuesta, se decidió a entrar.

Dentro había un hombre. O algo parecido. Era de un gris oscuro y le faltaban la cabeza y el brazo izquierdo.

—Hola —se limitó a decir Guille.

—Le estábamos esperando, Señor de Una Sombra.

—¿Me puedes ayudar?

—Le estábamos esperando, Señor de Una Sombra.

—No sé qué debo hacer aquí.

—Le estábamos esperando, Señor de Una Sombra —volvió a replicar.

Guille al fin entendió que no iba a obtener más información allí, así que salió, recogió a Jacob y se dirigió a la siguiente cabaña.

Esta vez entró sin llamar. En el interior, había una mujer a la que le faltaban los dos brazos.

—Los inmortales destruyen nuestros hogares —dijo ella.

—¿Qué debería hacer?

—Los inmortales destruyen nuestros hogares.

Cuando ya no le cupo la menor duda de cómo funcionaba aquello, repitió la operación y se dirigió a la tercera cabaña.

Allí le esperaba un hombre sin cabeza ni brazo derecho.

—Convirtieron a mi hijo en inmortal.

Sin esperar más de ese sitio, se fue al siguiente.

—Los inmortales quieren que todos sean como ellos.

Guille cambió de calle y entró en la primera casa.

—El líder de los inmortales se llama Pedro.

Pedro.

Ya tenía suficiente información, pero aún debía saber dónde podría encontrar al tal

En la siguiente casa se dio cuenta de que la información empezaba a repetirse.

.Recorrió varias casas más sin que le dijeran nada nuevo.

Por primera vez, probó a usar la Estrella Azul como brújula física. Entonces vio que esta le marcaba una calle hacia el final del poblado.

Intuyó que lo que buscaba se hallaría en la última casa, así que se dirigió directamente a ella.

Llamó a la puerta.

—Pasa —respondió la voz de un hombre.

Guille entró. El hombre que le había permitido el paso también era de un gris oscuro, pero era considerablemente más grande y, además, no sólo tenía sus cuatro extremidades sino que tenía dos cabezas idénticas.

—Eres Pedro, ¿verdad?

—Así es —sólo hablaba una de las dos cabezas.

—Así que sois los inmortales. ¿Por qué hacéis esto?

—Veo que no entiendes nada de nada. ¿Es que acaso el mayor miedo de cualquiera no es morir? ¿Acaso tú no aceptarías si yo te ofreciera ser inmortal? Piénsalo, Señor de Una Sombra, la inmortalidad, ¿no es preciosa?

—Eso nunca.

—Pero piénsalo. Las gentes de este poblado no se enteran de nada. A mí la inmortalidad me ha permitido estar completo al fin. Sí, completo. Y ahora me dedico a que otros también lo estén, cada vez somos más, pronto caerá el poblado.

—Si de verdad estáis tan completos... —dijo Guille—, ¿Qué necesidad tenéis de convencer a nadie? ¿Es que acaso no os bastáis ya solos como estáis?

Una cabeza hizo un gesto de meditación, la otra dijo

—Está bien. Nos quedaremos como estamos y los que estamos. Eso sí, no esperes que te ayude a dirigirte a tu próximo destino, al fin y al cabo, para eso estoy completo.

Y sonrió, Guille le dio la mano con un tono aparentemente serio pero riéndose hacia dentro.

Cuando salió por la puerta, volvió a montar en Jacob y echó un vistazo hacia su Estrella.

.7

Salió del poblado y se dirigió hacia una nueva bifurcación. Esta vez, las rosas de la izquierda eran rojas. La Estrella Azul, como siempre, marcaba el camino de la derecha.

Guille ordenó a Jacob entrar en este último, no sin antes preocuparse por no poder saber a qué se enfrentaría. Las frutas arenosas eran su único sustento, pero ya detestaba tener que alimentarse de ellas.

Volvió a esperar a no poder soportar el hambre para hacer el primer alto en el camino. Después de esto siguió su periplo y tuvo que hacer el segundo.

Algo le decía que este sendero iba a ser más largo, y esto, junto al hecho de no saber tampoco cuántos quedarían, le infligió miedo.

Miró su bandolera y comprobó que el cuaderno morado oscuro seguía allí junto a su boli. Aun así, lo que sí sabía perfectamente es que no podía usarlo para conseguir comida.

Esto le hizo sentir enfado.

Tuvieron que hacer otras tres paradas. Durante la tercera, Guille casi llora al volver a comer esas frutas de barro mezclado con la nada, pero las necesitaba para nutrirse y mantenerse fuerte.

Por fin, como esperaba, vio un cartel: “CONDADO DE SECUOYA”

“Ciudad de los Guerreros”

“Advertencia: Si no eres bienvenido serás destruido”

8

Guille vio a lo lejos algo que no esperaba encontrar en el condado: una ciudad. Una auténtica ciudad, tal vez más grande incluso que su Sevilla natal.

Mientras entraba a lomos de Jacob, vio que al suelo le empezaba a recubrir una capa blanquecina, aunque que dejaba ver las plantas que lo conformaban.

Cuando quiso acercarse más, comprobó que todo era ruido. Explosiones, disparos y gritos. Jacob no se asustaba.

—Baja del caballo —ordenó una voz con autoridad. Era un hombre corpulento con la cara blanca vestido con un uniforme militar blanco con camuflaje grisáceo, del cual colgaban numerosas condecoraciones.

Guille obedeció.

—Hola Guille... Sí, sí, sé tu nombre real, yo coordino a los Guerreros y la ciudad, así que he de saber algunas cosas.

»Presta atención. Estás en grave peligro. No has venido aquí a hacer turismo. Un bando de ex-guerreros se ha sublevado contra el Gobierno. Están locos. Se creen que son inmortales, pero la realidad es que si el Gobierno cae vamos todos detrás como fichas de dominó.

—Yo podría... —empezó Guille, que fue cortado inmediatamente.

—Tú no puedes hacer nada. Estos no son Rojos o Incompletos. Sí, Guille no pongas esa cara, claro que lo sé, piénsalo, qué va después de qué. Como iba diciendo, estos tipos están completamente idos, van a destruirlo todo, y no van a respetarte ni mucho menos a razonar contigo.

Se hizo una breve pausa.

»Mi misión, es llevarte personalmente al otro lado de la ciudad, para que puedas atacar el castillo del Conde, que es quien ha empezado la guerra. ¿Lo entiendes?

Guille fue a subirse a Jacob, lo cual se quedó en un amago, ya que el general le dijo:

—El caballo se queda.

Guille no le había cogido cariño que se pudiese decir, pero sí le había ayudado a ir más rápido.

Aun así lo abandonó sin mirar atrás.

El general hizo algunos aspavientos en el aire y se formó una burbuja blanca translúcida que los envolvió a ambos.

.La burbuja se elevó unos metros en el aire, otorgándoles protección. Abajo, la imagen era terrible. Se trataba de una guerra abierta, no paraban de oírse explosiones, gemidos, de verse caer un edificio y otro y las calles estaban tomadas de tal forma que la escena era la de una batalla constante.

Tuvieron que recorrer la ciudad entera para que Guille cruzara a salvo al otro lado. La burbuja se posó para luego desaparecer y el general le dijo, señalando una colina:

—En lo alto se halla el castillo del Conde. Como te dije al principio, fue él quien inició todo esto, debes ir...Y sí, yo debo quedarme.

Mientras salía de la Ciudad de los Guerreros, Guille se percató de que por primera vez no estaba en un sendero flanqueado sino en un escenario abierto. Aun así, las plantas que constituían en suelo seguían siendo inaccesibles y los árboles y arbustos que sí lo eran estaban hechos de piedra, produciendo esos alimentos a los que Guille a estas alturas les tenía auténtico odio.

Guille tardó más de lo que le hubiese gustado en acercarse siquiera al castillo, alimentándose de esas frutas y bayas.

Cuando por fin llegó vio que no tenía nada que hacer, las puertas eran altas y robustas, las paredes de piedra eran infranqueables, y todo esto estaba protegido por sublevados. Miró su espada y pudo oír nítidamente como alguien se golpeaba la cara con la palma de la mano.

Guille se escondió a una distancia prudencial e intentó usar el cuaderno para derribar el castillo, pero no pasó nada.

Se decepcionó. Entonces, notó cómo alguien le chistaba aún más atrás. No creía lo que veía.

Era el niño de la familia de los mineros a los que ayudó. Según le explicó, el pueblo había decidido que era necesario que el Señor de Una Sombra tuviera algún tipo de protección, y él se ofreció para seguirle y, llegado el momento, ofrecerle su ayuda.

Le contó que había otra manera de hacer las cosas y le guió para mostrárselo. Al otro lado del castillo, se podían ver sus cimientos.

Estos consistían en una vara de hierro, que estaba sujeta a una cadena cuyo extremo estaba a una distancia prudencial, de modo que en teoría podría tirar de ellas para destruir el castillo del Conde.

Guille intentó tirar de la cadena, con todas sus fuerzas, pero por mucho que se tensara la cadena la vara no se movía ni un ápice.

Usó el cuaderno para ser todo lo fuerte que se le permitiese ser y repitió la operación.

De nuevo, no cedió ni un milímetro.

—Sólo caerá si eres honesto contigo —le dijo el otro niño.

—No entiendo.

—Sí lo haces. Sabes quién eres, ¿no? Pues dilo en voz alta.

—Soy el Señor de Una Sombra, ya lo sabes.

—No, no digas eso, tienes que ser sincero. No hay otro modo.

.A Guille le cambió la cara.

—Me llamo... Me llamo Guillermo Martínez Morales, y...

—¿Y?

Guille se decidió a soltarlo todo.

—Tengo diez años —Le cambió el cuerpo—, y hace, hace un año me dijeron que tengo una enfermedad llamada leucemia y... —Rompió a llorar. Perdió el pelo, y la ropa se transformó en uno de esos pijamas de hospital que tanto odiaba. Esto le hizo romperse. Cayó sobre sus rodillas contra el suelo.

»Y yo estoy haciendo todo lo que puedo, pero si no encuentran un donante para mí estoy muerto, ¿lo entiendes? Muerto. Y tengo mucho miedo y no sé qué es este sitio, por el amor de Dios, ¿dónde estoy? ¿Dónde... qué?

A mitad del llanto, una brizna de aire le distrajo. La vara de hierro temblaba fuertemente. Reaccionando con la rapidez y la furia propias de un rayo, Guille cargó la cadena sobre su hombro derecho y tiró con todas sus fuerzas.

Demolió el castillo desde sus cimientos.

—Enhorabuena —dijo el niño rojo—. Pero ahora has de enfrentarte al Conde. No te distraigas.

El niño se fue y Guille avanzó entre los escombros hasta ver un trono sobrio sobre el que estaba sentado quien debía ser el Conde. Era un hombre de unos treinta años, con el pelo moreno de punta y sin barba, delgado aunque parecía alto y fuerte.

—¿Tú eres el que ha empezado todo esto? —Le espetó Guille.

—Vaya modales, ¿no? Encantado de conocerte, Guille, yo soy el Conde Primero.

—No me vengas con esas, lideras a los inmortales. ¿Es que no te das cuenta, de que si cae el Condado, caigo yo y caemos todos?

—Perfectamente.

—¿Entonces?

—Es mi naturaleza, no le des muchas vueltas. (...)

»Tengo algo para ti —dijo el Conde mostrándole un mango. Era uno de verdad, el primer alimento como tal que Guille veía desde que entró en el cuaderno.

Guille lo cogió y le dio un bocado.

.—Gracias.

—¿Por qué? Eso no es lo que tengo para ti —dijo el Conde maliciosamente—. Antes has dicho que no sabes dónde estás, pues bien, estás en un condado, el Condado de Secuoya, ni más ni menos. Y el reino se llama Imaginación.

Guille le miró extrañado. Ya había devorado el mango mientras hablaba.

—¿Y ahora qué?

—Tienes la suerte de que mi naturaleza también me hace detestar el mentir. Como bien has dicho, lo que buscas no está en tus manos. Hay un río en los límites del Condado, el río Tiempo. Sólo allí hallarás respuesta.

»Sabes ir, ¿no? —El Conde miró burlonamente al cielo.

No sabía cuánto tiempo. Guille no sabía cuánto tiempo había podido pasar desde que dejó el castillo del Conde.

No tenía a Jacob, así que debía moverse andando. Sabía que con toda probabilidad le sería inútil pedir otro medio de transporte.

Y otra vez el hambre. Era aún más agudo desde que volvió a su físico real. Otra vez le tocaría alimentarse de tierra.

Cogió una de esas frutas al borde del camino y, tras dudar, la aplastó con los dedos hasta hacerle mella y la lanzó lejos.

—Esas tenemos, ¿ah? —dijo Aira algo enfadada.

—¡Sí! —Exclamó Guille, colérico.

Entonces, poco a poco, fueron desapareciendo todos los árboles y todas las frutas de roca. Guille se asustó muchísimo, pensó que se había metido en un buen lío.

Entonces, lo peor de todo. Se levantó una niebla algo espesa, y casi se dejó de ver la Estrella Azul, la cual Guille ya daba por hecho que guiaba hasta el límite del Condado y por tanto hasta su objetivo, el río Tiempo.

Aunque no tenía noción del tiempo como tal, Guille vio como pasaban muchas horas, tal vez días, de un hambre atroz, hasta que por fin la niebla empezó a disiparse.

El límite del Condado era la otra orilla del río, que consistía en una pared rocosa que bajaba hasta donde alcanzaba la vista.

El agua del río Tiempo no sólo era nítida, sino que era plenamente transparente, de modo que, cuando Guille se metió en el agua y miró de frente hacia abajo, vio lo que se ha de ver cuando miras algo invisible y que además es infinito, esto es, la nada.

Ya no se asustaba. No podía respirar, y no se asustaba. Lo que estaba viviendo iba en contra de toda lógica, y no se asustaba.

Entonces se vio sobre un suelo de hierba. Miro hacia el frente y allí estaba Aira:

—Vaya aventura, ¿no?

—¿Qué va a pasar conmigo?

—Tu decisión está tomada desde el principio. Tienes algo nuevo en la bandolera, algo mucho más poderoso. Claro que a estas alturas ya deberías saber que todo tiene un precio.

.Guille miró la bandolera y fue a echarle mano, cuando vio que en ese momento estaba posicionado de tal forma que sólo podía mirar a Aira de reojo.

—Una última cosa, Guillermo. Amo el valor, que nadie te diga lo contrario.

Guille abrió la bandolera y en ese momento ya sí estaba totalmente de espaldas a Aira y de cara al bosque.

Sacó lo que había. También era un cuaderno, pero este tenía la tapa hecha de oro y resplandecía.

Escribió:

“...ENCUENTRAN UN DONANTE PARA MÍ”

Entonces se convirtió en un pájaro, que volaba hacia el bosque, cada vez más rápido...

—Porque ha pasado. Me lo creo porque ha pasado. —Era la voz de su oncólogo.

Sonaba jovial y feliz.

Guille pudo imaginar que estaría hablando con otro médico, quizás mayor; podía imaginarse los gestos que de forma natural acompañaban a la voz.

Por el rabillo del ojo, vio a un médico mayor pasar de largo y se asustó un poco. Entonces abrió los ojos del todo.

—Guille, Guille, mi niño... —Era su madre, que, llorando, no sabía si mirar a su hijo o al cielo—. Ya ha pasado. Todo.

»Ah. Tu donante. Insistió mucho en que tuvieras esto. —La madre le pasó un libro. Guille lo observó. Era una recopilación de los cuentos de Grimm. Vio la dedicatoria,

“Disfruta de tu regalo”. De un modo parecido, pudo saber que esa letra correspondía a una mujer, quizá mayor, y que con toda probabilidad había aprendido a leer y escribir en su edad adulta.

Entonces lo comprendió: a lo máximo que podía aspirar era a contar lo mismo con otras palabras.

Epílogo

Había bajado al patio a recoger unas impresiones para la academia. Me iba a encontrar con Pedro en el portal para ello. De camino, en su banco, estaban la pequeña Ángela y su abuela.

Yo estaba sentado a la derecha, la niña en el medio y su abuela a la izquierda. Como de costumbre, nos había metido en una conversación poco usual:

—¿Lo entiendes, Ángela? Esa es la diferencia entre ficción e Historia. La ficción es la creación de un autor. La Historia es lo que pasa en realidad.

—Pero entonces, ¿la televisión?

—Guiones. escritos por personas. ¿Tú crees que todo está escrito?

—Yo diría que sí.

—Siguiente pregunta: ¿Escrito por quién?

Ella no dejó de sonreír risueña y despierta en ningún momento del diálogo.

—También te diría, que escribas. Escribe ahora que aún eres niña. Escribe un diario, escribe cuentos. Pero escribe. Cuando hayas crecido y lo leas te podrás sorprender...

»¿Tú crees que la magia existe?

—Claro que no, ¡qué tontería!

—Sin embargo, yo creo que hay cosas parecidas, como escribir, ¿no crees?

—¿Y eso por qué, a ver?

—Piénsalo. Tú existes. Yo existo. Ese día hablamos. Sin embargo esta parte de la conversación nunca tuvo lugar, ¿no?

El eslabón

Juana no era una mujer normal. Tenía más de cincuenta años y una misión en este mundo: acabar con las injusticias, ayudar a la gente a despertar; hacerlo más bello.

Cogió el autobús a su hora y, como siempre, trataba de crear conciencia. Los pasajeros habituales ya sabían lo que había, y que lo único que tenían que hacer era ignorarla para que fuera a darle la vara a otra persona, que con suerte también sabría ignorarla y así pronto se cansaría.

Pero ese día dos jóvenes estudiantes se subieron al autobús en el que Juana montaba. Y la chica entró al trapo cuando Juana, sentada en el asiento más cercano a la puerta trasera del autobús, le llamó “fascista”, por motivos que sólo ella sabía, que sólo existían en su cabeza.

Entraron en una discusión y Juana esta vez le llamó “facha”, a lo que la joven la escupió directamente a la cara, para después agarrar del brazo a su compañero y salir por la puerta.

Los otros pasajeros debieron optar entre reír o callar.

“Va jaja, qué guapo, ahora lo paso por el grupo” contestó por WhatsApp un joven tras ver los treinta segundos de vídeo.

El Gran Casino del Mundo

1

7.00. El despertador sonó. Marta se levantó cruzada; había dormido mal.

Alberto la estaba esperando con su café, al cual no le había dado ni un sorbo, y sacó un vaso de leche del microondas. Le añadió un poco de café de la cafetera que había preparado, la cantidad que sabía que a ella le agradaba.

—Buenos días, cariño —dijo él, y fue a darle un beso

—Buenos días —contestó ella secamente.

Después Marta se añadió el azúcar, se duchó, se vistió y se fue directa a la oficina sin siquiera despedirse.

Hugo, el jefe de Marta, que trabajaba como su secretaria, atravesaba por problemas en su matrimonio, los cuales volcó en ella en forma de maltrato psicológico y amenaza de despido.

7.00. El despertador sonó. Marta se levantó de un salto; había descansado y además había tenido un buen sueño.

Alberto la estaba esperando con su café, al cual no le había dado ni un sorbo, y sacó un vaso de leche del microondas. Le añadió un poco de café de la cafetera que había preparado, la cantidad que sabía que a ella le agradaba.

—Buenos días, cariño —dijo él, y fue a darle un beso

—Muy buenos días, Cielo —y le dio un morreo.

Hugo, el jefe de Marta, que trabajaba como su secretaria, había echado la madre de todos los polvos la noche anterior, de modo que felicitó a Marta por su trabajo y le dijo que se plantearía subirle el sueldo en un futuro.

7.00. El despertador sonó. Marta se levantó de un salto; había descansado y además había tenido un buen sueño.

Alberto la estaba esperando con su café, al cual no le había dado ni un sorbo, y sacó un vaso de leche del microondas. Le añadió un poco de café de la cafetera que había preparado, la cantidad que sabía que a ella le agradaba.

—Buenos días, cariño —dijo él, y fue a darle un beso

—Muy buenos días, Cielo —y le dio un morreo.

Hugo, el jefe de Marta, que trabajaba como su secretaria, atravesaba por problemas en su matrimonio, los cuales volcó en ella en forma de maltrato psicológico y amenaza de despido.

7.00. El despertador sonó. Marta se levantó cruzada; había dormido mal.

Alberto la estaba esperando con su café, al cual no le había dado ni un sorbo, y sacó un vaso de leche del microondas. Le añadió un poco de café de la cafetera que había preparado, la cantidad que sabía que a ella le agradaba.

—Buenos días, cariño —dijo él, y fue a darle un beso

—Buenos días —contestó ella secamente.

Después Marta se añadió el azúcar, se duchó, se vistió y se fue directa a la oficina sin siquiera despedirse.

Hugo, el jefe de Marta, que trabajaba como su secretaria, había echado la madre de todos los polvos la noche anterior, de modo que felicitó a Marta por su trabajo y le dijo que se plantearía subirle el sueldo en un futuro.

En la mesa sólo quedaban Alberto y Hugo. Alberto fue con todo (un total de 600 €) con una mano de póquer de ases, que le desbancaron con una escalera de color.

Como su mujer le iba a matar de todas formas, decidió tener un buen gesto con ella al día siguiente. Y lo hizo. A la noche, sin saber muy bien por qué, lo hablaron y ella le perdonó.

En la mesa sólo quedaban Alberto y Manuel. Alberto fue con todo (un total de 600 €) con una mano de trío de nueves, que le desbancaron con color de diamantes.

Como su mujer le iba a matar de todas formas, decidió tener un buen gesto con ella al día siguiente. Y lo hizo, pero no sirvió de nada. Esta vez le acusó de ludópata y le dijo que se estaba planteando el divorcio.

7

La noche de la timba, su mujer dijo algo muy feo sobre la noche de Alberto. Esa misma noche él perdió 600 €.

8

La noche de la timba, su mujer le propuso pasarla follando, así que no hubo timba.

9

La mujer de Hugo estaba quemadísima por las timbas de su marido. Estaba bien tener dinero, pero eso no es motivo para quemarlo. Como esa noche también perdió, se volvió a quedar sin follar.

10

La mujer de Hugo estaba quemadísima por las timbas de su marido. Estaba bien tener dinero, pero eso no es motivo para quemarlo. Como esa noche ganó 1 100 €, follaron como salvajes.

XI

La noche de la timba, Alberto y Marta estuvieron viendo una peli. Después, él salió de casa diciendo que iba al bar.

Y era verdad. En parte, claro, sólo iba a jugar al póquer; ni siquiera bebía cuando jugaba, se lo tomaba muy en serio.

Volvió con 1 100 € a casa y se lo dijo a su mujer, que le tachó de “ludópata de mierda” y le pidió el divorcio de forma fulminante.

El nivel

Esta misma noche volvía de pasear a Coco por última vez. En el portal, me juntaba con el vecino de enfrente:

—Feliz año, Dani.

—Feliz año, Adrián.

»Coco, deséale feliz año tu también.

Ya estábamos abriendo cada uno la puerta de nuestras respectivas casas.

—Si el perro me llega a hablar me asusto, eh —bromeó Adrián.

—Pues si le doy la orden lo hace. Se rio.

Le di un cachete en el culo al perro:

—Feliz año, vecino. —Su voz era claramente humana, como de actor de doblaje. Adrián dejó caer las llaves del susto.

—Eso me lo he tenido que imaginar, no me jodas.

—Anda que... Y luego el loco soy yo. En todo caso habrá salido de mi imaginación, ¿O no ves mi nombre en la portada?

El precio de la misericordia

Parte I

Capítulo 1

2033. Ángel no daba crédito. Curas y vacunas para casi todos los cánceres, y sin embargo ahí estaba, sosteniendo la mano de su esposa Eva, él sentado en una silla mientras ella descansaba sobre la cama. Tenían 70 años, puesto que eran de la misma quinta.

Estaban en su casa de Cullera, donde habían ido a pasar la jubilación. Pero todo se enturbió cuando los médicos le diagnosticaron mal de Alzheimer a Eva.

Tenía que ser eso, no paraba de martirizarse Ángel, de las pocas cosas que no tenían cura.

Pero en esa tarde de finales de primavera también estaba lejos de darse por vencido.

Volvió a intentar que Eva recordara:

—Fue el día que nos conocimos. Estábamos en segundo de carrera, porque a ti te fue mal en la Complutense y te viniste a la Autónoma, ¿Te acuerdas?

Ella sonreía:

—¿Quién eres?

—No, Eva, por favor, otra vez esto no.

—¿Otra vez qué? Te pareces a mi Ángel.

—¿Qué me dices de la primera vez que salimos de fiesta? ¿Recuerdas cómo se llamaba la discoteca?

Ella cerró los ojos y guardó silencio.

Ángel estuvo a punto de insistir, pero incluso a pesar de su dolor entendía que lo que iba a pasar era inevitable.

La veló hasta entrada la noche y llamó a los servicios médicos para que confirmasen el fallecimiento y trasladasen el cuerpo.

Pero Ángel no supo compensar el duelo. Habían estado juntos casi cincuenta años, habían sido una pareja, un matrimonio, uno. El no haber tenido hijos hacía la pérdida más severa.

Capítulo 2

Ángel salió de noche de su casa. Entró en un bar cercano y se bebió ocho tercios de cerveza rápidamente, sin querer hablar con nadie, ni siquiera con los habituales o sus amigos, que ahora eran los únicos clientes por no ser temporada alta.

Paco, el camarero, pasado ese punto se negó a servirle más, advirtiéndole que estaba muy borracho. Ángel pagó enfadado y se fue a un bar en el que el servicio tenía menos miramientos.

Cuando llegó allí, encontró a un hombre muy vistoso al fondo de la barra. Era muy alto, de casi dos metros, y corpulento, de espalda ancha. Vestía un traje gris oscuro con camisa blanca y corbata negra. Tenía el pelo castaño peinado hacia atrás ligeramente hacia un lado.

Era blanco, aunque no pálido y tenía leves ojeras.

Lo más llamativo de todo es que tenía el iris de color amarillo canario. Se presenta como Daniel:

—He dejado de lado a mi jefe para montármelo como autónomo... No había quien le entendiera. —Jugaba con una copa de whiskey que estaba apurando.

»Las pérdidas siempre son duras, lo sé, ¿Pero y si te dijera que no es tarde para evitarla? Claro que te saldría muy, muy caro.

—¿Cómo lo sabes? No lo he contado aún.

—Sé muchas cosas. Y bien, ¿Te atreves?

—Sí.

El camarero entonces sirvió sendas copas de whiskey a Daniel y a Ángel. Ángel no sabía cómo las había pedido Daniel, no dijo nada ni le vio hacer ningún gesto.

Daniel ofreció brindar. Y en el momento de chocar los vidrios el contenido de la copa de Ángel se volvió negruzco y el de la de Daniel, transparente.

—De un trago —ordenó Daniel con autoridad. Y Ángel obedeció.

Parte II

Capítulo 3

Ángel no daba crédito. Estaba en el piso de estudiante de Eva, en el número 13 de la calle de la Libertad, en el centro de Madrid. Si recordaba bien era 1983, cuando estaban terminando la carrera.

Era el siguiente recuerdo que le iba a contar a ella. Cuando se enamoraron, ni más ni menos. Fue durante un viaje de LSD. Era la primera vez que lo probaron, Eva lo había conseguido y quiso que lo probaran juntos.

Cuando se quiso dar cuenta, exactamente igual que la primera vez, Eva estaba de espaldas a él, con el torso desnudo y la cabeza agachada, en un gesto de confianza.

Ángel le volvió a dibujar un corazón en la espalda. Y se empezó a desvestir él también. Estuvieron besándose un buen rato, aún colocados, y él se desnudó del todo.

Tumbado sobre la cama de su cuarto, ella le estaba haciendo una felación. Todo estaba pasando exactamente igual que la primera vez. El condón estaba en el mismo sitio, las posturas, el tiempo, los gemidos de Eva y los suyos, todo, era como lo recordaba.

Sabía que tenía la posibilidad de salirse de esa especie de guion, pero Ángel sentía un fuerte impulso por no hacerlo.

Primero acabó el sexo, y luego el efecto de la droga.

Y se volvieron a dormir, abrazados. Él siempre estuvo seguro de que fue eso más que otra cosa lo que selló su amor.

Pero los días pasaban, Ángel seguía sintiendo esa poderosa inclinación a no salirse del camino pautado, pero finalmente reventó.

No podía seguir viviendo sólo cosas que ya recordaba, y decidió ser más listo que la vida, a lo grande.

El 22 de diciembre de ese año, o sea a seis días vista, su padre había fallado el Gordo de la Lotería de Navidad, sólo por el reintegro, de modo que Ángel y la mitad de su familia se sabían de memoria el dichoso número.

De modo y manera que Ángel se plantó en la cola de la administración Doña Manolita. El cliente anterior en la cola no era otro que Daniel, que estaba algo más desaliñado y ojeroso:

—Estás cometiendo un error muy grave, amigo.

Y sin más, abandonó la cola y al menos en apariencia dejó a Ángel comprar todos los décimos disponibles del número premiado, un total de seis.

Cuando llegó el día del sorteo, Ángel le enseñó los boletos premiados a Eva, que, lejos de alegrarse, se asustó muchísimo, diciendo que él ya lo sabía de alguna forma, y que lo mejor era dejar de verse.

Capítulo 4

Ángel se echó a la calle decidido a buscar a Daniel para pedirle explicaciones. Si no podía vivir sin recordar lo vivido, ni hacer lo opuesto junto a Eva, estaba en una encrucijada sin salida.

Cuando apenas había decidido por dónde empezar a buscarle, fue él quien se cruzó en su camino.

Esta vez, estaba más despeinado, más ojeroso y con el traje algo desarreglado. Ángel le preguntó qué está pasando y Daniel le respondió:

—Era el Ángel de la Misericordia. Por eso dejé mi trabajo. Es un verdadero coñazo. La gente te usa como mediador cuando cree que la ha cagado tanto que ni Dios puede perdonarles.

Ángel iba a replicar, pero se dio cuenta de que los ojos de Daniel empezaban a brillar como flamas. Además, se llevó el índice al ojo izquierdo, lo que intimidó a Ángel.

»Tiendes derecho a una pregunta. Una sola, piénsatela bien.

—¿Se salvará? Eva, ¿Se salvará? Daniel torció el gesto:

—Aunque no lo recuerdes, ya tomaste esa decisión. Sólo que cronológicamente no ha sucedido aún.

—¿Y por qué recurría la gente a ti? ¿No lo perdona todo Dios?

—Pues sí. A las personas al menos. A los únicos a los que no perdona son a los ángeles rebeldes.

—¿Y por qué?

Daniel puso gesto de enfado:

—Política empresarial. ¿Y yo qué coño sé? Además, sólo tenías derecho a una pregunta, ya podría haberme ido.

—¿Pero a mí quién me garantiza que no me estás tomando el pelo?

Daniel empezó a reír fuertemente. A Ángel le pudo la desesperación y le lanzó un directo a la cara, rompiéndose la mano y sin hacerle la menor mella.

Capítulo 5

Ángel se fue al metro de Chueca de madrugada con intención de tirarse a las vías. Y lo hizo. Pero en ese mismo instante dijeron por megafonía que ya no habría trenes hasta el día siguiente.

.Estaba solo, pero se acercaron unos pasos. Era Daniel:

—Ya no puedes morir. No tan fácilmente.

Ángel le tendió la mano para que le ayudara a subir, esperando que le cogiera del antebrazo. Daniel le cogió de la mano herida y le lanzó contra la pared del andén:

—No vuelvas a pegarme... En tu puta vida...

Tenía más ojeras, el traje desaliñado y un aspecto en general demacrado.

Parte II (bis)

Capítulo 6

Ángel volvió a casa de Eva a suplicarle que le socorriese de su situación. Le habló muy alterado por el telefonillo y ella le abrió.

Pero según puso un pie en su piso, Ángel se vio de nuevo transportado a aquel viaje del LSD.

Eva volvía a ofrecerle su espalda para que dibujase un corazón. Ángel no sabía qué hacer. No podía hacer nada bueno, ni huir. Miró la puerta y supo que eso sería en balde.

Finalmente fijó su mirada en la ventana de ese cuarto piso.

Fue hacia ella con paso decidido y la abrió. Después se lanzó por ella. Cayó a plomo contra el suelo.

Parte II (bis) (bis)

Capítulo 7

Esta vez Daniel le estaba esperando en la misma habitación en la que estaban Eva y él:

—Eso ha tenido que doler —ríe.

Ángel vuelve a abrir la ventana y se vuelve a lanzar al vacío.

.Parte II (bis) (bis) (bis)

Capítulo 8

Daniel esta vez ya tenía el aspecto de una estrella de Rock politoxicómana:

—¿Es que no recuerdas la definición de locura que daba Einstein? Ángel la recordaba de hecho, pero le ignoró.

Golpeó la ventana de un puñetazo, y se resquebrajó. Seguidamente, la rompió del todo a codazos.

Se tiró de cabeza. El suelo se convirtió entonces en la sombra de Daniel, y la atravesó por el corazón.

Parte 3

Capítulo 9

—Cuéntamelo otra vez porque no hay por dónde pillarlo.

Eva había quedado con Mateo en la cafetería de la Facultad de Filosofía y Letras. Era la más confiable porque era donde se decían los mayores disparates. Además era última hora.

—Se tiró por la ventana.

—Eso es factible. Es raro, es una putada, pero puede pasar. Esa es la clave, puede.

Ahora vuelve a lo otro.

—Él hablaba en otro idioma. Además hacía amagos de estar escribiendo todo el rato.

—No. Eva, lo siento pero no. Las drogas no funcionan así. Ni siquiera digo que la dietilamida no funcione así, digo que ninguna droga funciona así.

—Sé lo que vi, Mateo.

—Tú también estabas colocada, Eva.

—Sé lo que vi, ya se me estaba pasando.

—¿Pero no ves que es imposible? Mira, sé que es duro, pero yo soy residente de psiquiatría, tú estás acabando Psicología, intentemos ceñirnos al método científico.

—Quiero saber quién te lo pasó. —Eva ya estaba casi llorando.

—Alguien de fiar, pero no te lo puedo decir. Pero es que ni aunque hubiera sido el Brandy...

—¿Quién es ése?

—Uno de tercero de Químicas. Es un verdadero prodigio, pero no tiene un puñetero escrúpulo.

—¿Cómo que Brandy? ¿Cómo se llama?

—Se dice que no lo saben ni los profesores. El muy cabrón se las ha apañado para que cada persona le conozca por un nombre distinto, de modo que sólo se sabe a ciencia cierta su apodo. Pero imagínate lo colgado que hay que estar para que te llamen como a un licor.

Hablaron un rato más, Mateo le reiteró su apoyo y se despidieron.

Capítulo 10

Al día siguiente Eva fue a hacer unas gestiones al banco.

.Se plantó en la puerta de la Facultad de Ciencias Químicas y buscó un grupo de porreros.

Cogió al que peor pintas tenía del brazo y se alejó con él. Se sacó quince mil pesetas del bolsillo:

—¿Cuál es tu licor favorito?

Con la nueva información, Eva entró en uno de los laboratorios. Como le habían indicado, no encontró vigilancia.

Allí estaba un único chaval, de estatura media, complexión delgada y rubio.

—Me pillas haciendo cosas, así que sólo dime el qué y cuánto. Cuánto pagas, claro. Eva le tiró cien mil pesetas sobre la mesa en billetes de diez mil:

—Cianuro —dijo con voz seca.

—Cómo está el patio.

Brandy se sacó una bolsita de tela cerrada con una cuerda, como los típicos pollos de cocaína, del bolsillo, y se la entregó en mano.

—¿Pero cómo?

—Te estaba esperando. Una pena lo de tu amorcito.

Eva paró medio minuto y justo cuando iba a salir Brandy le habló:

—Ah. Si sobrevives y quieres cosas chulas, no tienes más que preguntar por Juan José María Álvaro Toledo Merced de Todos los Santos Jiménez Prieto —dijo pestañeando una sola vez y de forma artificial.

En ese momento Eva se dio cuenta de que estaba hablando con el diafragma, de que había estado actuando desde el minuto uno.

Esa tarde, se emborrachó en su casa, y a la noche fue a un garito inmundo que conocía por casualidad a matarse con la peor bebida que hubiera.

Al llegar allí, vio algo que contrastaba con la tenue luz del local y los tres borrachos que lo habitaban. Había un hombre, de casi dos metros de estatura, muy corpulento, de pelo castaño bien peinado y vestido de un traje totalmente blanco perla, con zapatos blancos y lustrosos, camisa negra y corbata blanco nuclear. Todo impoluto.

Llamaba más la atención que estaba bebiendo agua con gas de una botella de cristal, y aún más que tenía los ojos de color amarillo canario.

Lo que más llamaba la atención es que a nadie salvo a ella, ni siquiera al camarero, parecía llamarle la atención. Estaba sentado al fondo de la barra:

—Unos días malos, ¿No? Hay quien los ha tenido peores. Encantado de conocerte, Eva, me llamo Daniel.

—Pero cómo. —Sin darse cuenta se había sentado junto a él.

.—Este trabajo es un rollo, lo que yo te diga. ¿Por qué no haces eso a lo que has venido? Tal vez así comprendas.

El barman se acercó, ignorando totalmente a Daniel:

—¿Qué va a ser?

—Matarratas —dijo Eva, fríamente.

—Nuestra especialidad.

Se dio la vuelta y en cuestión de segundos le puso un vaso de licor barato sobre la barra.

Eva sacó su pollo de cianuro del bolsillo y lo vertió en la bebida. Sintió una fuerte colleja.

Miró a su izquierda y allí no había nadie. La iluminación había cambiado. ¡Estaba en otro sitio!

En una cafetería de la Gran Vía. Miró su reloj y eran las ocho de la tarde.

—¿Qué es esto? —preguntó al aire.

El camarero la miró con gesto preocupado al tiempo que le enseñó una botella de agua con gas.

—Es lo que ha pedido, ¿No? ¿Necesita algo?

—No, estoy bien.

Miró en su bolsillo y no había nada. Se llevó las manos a la cabeza.

Una lágrima cayó sobre su agua.

El Sol era un limón

La Tierra es un triángulo. La Tierra es un triángulo.

¡Lo vi!

El campo era naranja y los frutos se llamaban verdes.

Me tiré en trampolín al océano y nadé. Nunca llegué a tocar el agua.

Entonces fui un árbol, Nunca fui tan noble,

Nunca un ser humano tan noble.

Sólo crecer y crear, en el altruismo superlativo de la autotrofia.

Entonces estalló la guerra, Y todo era más fácil,

Pues había un Enemigo.

Pero el Enemigo era negado desde su naturaleza, Y la supuesta guerra nacía muerta.

La confusión, mayúscula, Toda una nueva era...

El libro más bello jamás escrito se llamaba Vía Láctea,

Y una madre de la Grecia Antigua alimentaba con él a su bebé,

En la dichosa ignorancia de que un día lo artificial,

Nos privaría de lo más precioso.

.Y llovió sobre el desierto, Primero bosque,

Luego parque.

Madres paseando a sus hijos,

Los jóvenes guapos nos guiñábamos el ojo, Y algo nuevo se abría en nuestras mentes.

Estaba escuchando la radio,

¿Por qué no iba a estar en estado de vigilia? Sólo que al terminar la canción,

Comprendí que nunca existió.

¿Eso lo hace menos real?

Sólo son sueños,

Estados alterados de conciencia, No es distinto del ácido.

Eso le decía a Dios:

“¿Es esto tu sueño?”

Él no respondió, no creo que pueda presumir de hacerlo.

Entender el conjunto de la Creación como el sueño de Dios.

No es tan disparatado, en lo sueños todo es posible, Y esto es mi sueño.

Mi sueño en vigilia.

.Veía imágenes, escuchaba sonidos, Veía pinturas, escuchaba música.

Eran todo lo mismo.

El Sol no era más que un limón, Y lo tocaba con los ojos,

Pero me caía una gota. Demasiado fuerte,

Me hizo llorar.

Sólo un extraño pensamiento: todo es tacto. Justo al momento, el llamado resto:

Oído, vista, gusto y sí, hasta el olfato, Se desvanecieron.

Todo era tacto.

Y yo tenía conciencia, aunque se suponía que no debería tenerla,

¿Estaban por nacer o no lo harían nunca?

Luego los deseos, “el que tiene hambre con pan sueña”, Bien reza el refranero.

En su día soñé con que todo el mundo expresaba su corazón,

Con la misma facilidad con que ocultaba su belleza.

Salí gravemente herido, eso en la vigilia, Este sueño, en cambio, sencillamente...

Estoy sentado a un piano, bueno, vale, ahora es un portátil,

Pero mañana dejará de ser este piano y lo escribiré en este portátil.

.Nunca he dado clases de música, ni siquiera en este sueño, Pero toco, y suena música.

Y no sólo eso, tocaba música que no había oído nunca.

Era melódica, tenía sentido pero sobre todo era extremadamente compleja.

Puedo traerla a la memoria, a voluntad.

Ahora sé que esas notas reflejan lo más profundo de mi mente.

Pero es que no sólo eso, había un libro en mi cuarto, un poemario.

Este poema era tan sólo el primero de ellos.

Debo coger un folio, un boli...

Transcribirlo, mientras dura el sonambulismo...

Antes de que pasen los efectos.

Humo azul

3 de abril

Debo escribir... Sólo escribir. Mientras duran los efectos.

Sólo escribir, sólo escribir. Vera. Vine con Vera. Ella está a mi derecha.

Tumbada. Pero respira, respira fuerte.

Me lo advirtieron. Unas doce horas. Las primeras son las peores de tu vida; las últimas, las mejores.

Ya nos hemos fumado el aguijón. Esto son las horas malas. No puede ser de otro modo.

Apenas puedo sostener este cuaderno.

Vera. Vera está tumbada. Ella respira. Fuerte, sí.

Vera, me cago en tu putísima madre. No podíamos ver las Esfinges, no, tú querías “turismo auténtico”.

Fumar veneno de escorpión, ni más ni menos. ¡Tus muertos!

El pecho. El corazón. Se me rompe. Podría hasta abrirme las venas. No sé si podré aguantar.

Esto es el puto infierno en la Tierra. Me retuerzo, me ahogo, deliro.

Estoy delirando. Eso es, estoy delirando. O no. No sé si estoy delirando. Quizá eso y no otra cosa sea delirar.

Vera no se mueve, parece muerta. Pero respira. A veces lanza alaridos. Como un animal herido.

Eso somos, animales heridos.

Pero espera, ¡Sí! ¡Joder! ¡Espera! Esa es la mayor fuerza de la Naturaleza, sólo menor que Dios, y en éste momento Él sólo existe por mí, ¡Para que le hable de tú!

¡Y quién me baja de aquí? ¡Quién?

4 de abril

Han pasado tres años desde aquel viaje al Cairo. Sigo teniendo reminiscencias como la de ayer prácticamente todas las semanas-

.—Joder, Vera, cualquiera diría que buscas matarte —contestó Unái por WhatsApp a Vera al leer las dos páginas de su diario que ella le había enviado por fotos.

Las tal vez extraordinarias aventuras de Timmy

Timmy se encontraba ya en ese camino frondoso. A fuerza de haber sufrido tantas pesadillas durante su vida, se vio obligado a aprender a distinguir cuándo se encontraba en un sueño.

Para empezar, no conseguía recordar cómo había llegado allí, eso ya era un indicio. Tampoco recordaba lo último que había hecho. Aun así, decidió echar un vistazo a su alrededor: se encontraba en un paraje salvaje caminando un sendero. Aunque más bien no caminaba, sino que sus piernas le obligaban a moverse, como si tuviesen vida propia.

Tiró de su truco de toda la vida para determinar si estaba dormido o despierto. Como a la gente en un momento dado le empezó a mosquear que se pellizcase sin venir a cuento, él aprendió a morderse la lengua con el mismo objetivo de sentir dolor. Esto hizo y efectivamente sintió dolor. Esto le dejó descolocado. Mientras “caminaba” con asombro, su pierna fue a dar de lleno con una zarza al borde del camino. Entonces no le cupo duda de que aquello sí era dolor, y de que no estaba soñando.

Siguiendo el camino, aparecieron dos caminantes en dirección contraria a la suya. Eran dos hombres de mediana edad, uno algo más joven. Sin saber por qué dio por hecho que eran hermanos, y sin tampoco saber por qué, saludó al mayor:

—Hola, soy Timmy.

—Hola Timmy, nosotros somos los Caminantes —contestó el mayor—. Supongo que tendrás muchas preguntas, pero el tiempo apremia, así que escucha: pronto tendrás que hacer frente a la mayor decisión de tu vida. Recuerda mis palabras: coge la puerta de la derecha.

Timmy quiso seguir hablando, pero ni él ni los Caminantes habían dejado de andar, de modo que la conversación terminó ahí mismo.

Siguiendo su periplo, Timmy se encontró a una anciana, ella andaba muy lento, y por algún extraño motivo esto hizo que sus piernas bajasen el ritmo.

—Hola. —Se limitó a decir Timmy, dando por hecho que la anciana ya le conocía.

—Hola Timmy, yo soy la Anciana del Camino. —Era una mujer con el pelo cano y visiblemente desmejorada por la edad, pero aun así se notaba que cuidaba su aspecto.

»Timmy, ya sé lo que has hablado con los Caminantes. Escúchame, tienes que coger la puerta de la derecha, es muy importante.

—¿Pero por qué es tan importante? ¿Y qué hay en la puerta de la izquierda?

—Tras la puerta de la izquierda hay dolor, muerte y destrucción.

—Pero...

.La anciana ya se estaba alejando.

El sendero se estaba volviendo más sinuoso y mucho más frondoso por momentos. De pronto las piernas de Timmy ya no daban para atravesar la maleza, la cual se fundió en una sombra de la cual se formó la figura de una mujer de unos treinta años, pelirroja, sin arreglar aunque de gran belleza, a la cual contribuía su melena rizada que le llegaba hasta la cintura. Iba totalmente vestida de negro, lo que contrastaba con su palidez.

—Hola... —dijo ella—. Soy la Bruja Oscura. Vengo a decirte que cojas la puerta de la izquierda.

—Pero me han dicho...

—Sé muy bien qué te han dicho: muerte, destrucción, bla, bla, bla. Y no mentían. Pero yo tampoco miento. De hecho hay algo muy superior a nosotros que nos tiene prohibido mentir por estos lares.

—¿Y por qué iba a fiarme de ti? ¿Quién se fía de alguien llamada Bruja Oscura?

—Las apariencias pueden engañar, Timmy, yo no elegí mi nombre. Pero dime, ¿no soy la única que se ha parado a hablar contigo?

»A veces no sé ni por qué me molesto.

De pronto Timmy se vio en el lugar donde había estado la Bruja, sólo que seguía caminando de frente.

Llegó al final del camino, y allí le estaba esperando un hombre mayor vestido de blanco, sólo que su túnica llevaba rebordes de hilo de oro.

—Hola, ¿quién eres?

—Soy lo que hay antes del final del camino, el Mago Dorado. Ya has hablado con la Bruja, ¿no es así?

—Sí...

—¿Y qué piensas hacer?

—¿No vas a decirme que coja la puerta de la derecha?

—Te voy a decir la verdad, y la única verdad es que tú eres el único que puede tomar esa decisión.

El Mago le señaló donde se encontraban las dos puertas

Timmy ya no sabía si le seguían gobernando sus piernas o por fin andaba por sí mismo, lo único que sabía era que estaba ante dos puertas de rejas metálicas negras idénticas, una a su izquierda y una a su derecha, que era la mayor decisión

.que iba a tomar en su vida y que la única persona que le había aconsejado que tomara la de la izquierda era una tal “Bruja Oscura”.

“¿Quién se fía se una bruja?” fue lo último que pensó antes de cruzar por la puerta de la derecha.

La puerta se cerró tras de él. Ahí no había nada.

FIN.

Círculo natural (reloj sin agujas)

1

Alejandra salió por la puerta de su portal. Cuando había cruzado dos calles, una maceta, caída de un séptimo piso, la golpeó de lleno en la cabeza. “Putá mierda, verás ahora para limpiarme”, pensó.

Ignorando la superstición, pasó por debajo de un andamio. Un camión lo derrumbó sobre ella, que salió ilesa, pensando, “Ahora a dar toda la vuelta”.

Una moto se saltó el paso de peatones, golpeó con la rueda delantera la pierna izquierda de Alejandra, y salió despedida junto con el motorista. Alejandra esperó la ambulancia. Para el otro, claro; ella apenas tenía una rozadura.

—¿Qué tal el día, cariño? —le preguntó su marido.

—¿Es que no te fijas en nada? ¡He ido a la peluquería!

2

Emilia se preparó café para desayunar. Se pinchó el dedo corazón con el cactus que tenía para absorber la radiación.

La herida se le infectó y el médico de cabecera le recetó un nuevo antibiótico, que le causó una reacción alérgica tan grave que acabó en el hospital ingresada.

Los corticoesteroides frenaron la alergia, pero a las - su corazón dejó de latir sin motivo aparente.

Contado en Instagram

Manifiesto Teísta

I

.Y un buen día se acabó la luz, acabóse la oscuridad.

Sólo queda la memoria, que mató la pesadilla.

Y vuelves, a ser ese niño alegre, al que su madre le habla preocupada y él se limita a contestar:

"Tranquila, no es MI sangre".

II

Ya ha pasado.

Poco importa cómo.

Empero el mundo sigue girando. Lo imposible.

Las leyes, de la naturaleza, de la física, quién sabe si de las Matemáticas; Al carajo.

Empero el mundo sigue girando.

Creías que era imposible. *Sigues* creyendo que es imposible.

Pero ahí está, ante ti. Y te gustaría saber cómo, aunque algo te grita que no sería la mejor idea.

Empero el mundo sigue girando.

Con todos ustedes, ante el mundo, la palabra que sí hace magia: Ficción...

III

Cruza el puente, Hazle, cruza el puente.

Tu única misión en el mundo es cruzar el puente, donde nacerá tu vida.

Una vez en el otro lado, recuerda muy bien mis palabras, fíate sólo del Hombre sin Cabeza.

Cualquiera puede arrancarse un brazo o un ojo.

Alguno hasta te dirá que perdió por ti el Corazón (él sin duda será el más peligroso).

Pero sólo el Hombre sin Cabeza la habrá perdido por ti, sólo de él te has de fiar.

Recuerda mis palabras, recuerda...

IV

Los hay de todos los gustos:

Los impresionables, a quienes la fecha se les quedó grabada a fuego. Los más aprensivos; dos de los cuales llegaron a vomitar.

Y los impresentables, uno de los cuales llamó riendo para posponer la reunión.

¿Y ella? Quién sabe si ella fue, quién supo de ella.

Puedo inventar centenares de historias, quizá miles, y lo único, lo único que tienen en común, es eso que con tanto fervor defiendo:

"La inmortalidad es terrenal en tanto que cada decisión que tomamos es indeleble".

V

Esperanza.

Resistencia.

Aguante.

Nadie, me garantiza que esto no vaya a acabar. Quizá mañana, quizá dentro de un minuto.

Quizá, sólo quizá...

Mi corazón es fuerte, ¿Pero quién me garantiza que aguantará el próximo envite, la siguiente taquicardia?

Pero me obliga. "Ello", me obliga.

Le he puesto muchos nombres. Pero es la vida. La vida-en-sí.

Y aunque sólo hubiera conocido el invierno, igual llegó la primavera...

VI

Malherido gritó:

"El amor es una arma, usada para controlar a los demás".

Yo susurré: "Shhh... Hoy seré yo quien nos salve a los dos".

VII

Ninguna amenaza.

Sólo un túnel. Es un recorrido.

Pero algo falla: no se acaba. No se acaba, no se acaba. No acabará nunca.

Crees que has llegado al final, Pero se convierte en el principio. O quizás es entremedias. Es infinito.

No se acaba. No se acaba. No se acaba. No acabará nunca. Porque es el infinito. Y estás atrapado en el infinito.

Y gritas. Menudo grito. Menudo susto.

Porque son las 4 a. m.

Y tu habitación era ese túnel.

Pero una idea atraviesa tu mente, Temeraria,

¿Y si abriera la puerta, Antes siquiera de encender la luz?

Te va la marcha.

VIII

.¿Qué pensará de mí la Luna?

Los dos solos.

Pero yo tras estos barrotes.

Ella sólo conoció la soledad. Majestuosa.

Yo conocí la compañía. Fue ella de hecho quien me trajo hasta aquí, tras estos barrotes.

Ella nunca conoció la compañía, tampoco la traición. Sólo la soledad.

Majestuosa.

IX

Nadie te lo advirtió: en lo más alto no hay sendero.

Lo más alto es simplemente salvaje, inhóspito. La subida te dio pistas.

Cada vez más alto, cada vez más alto...

Y no podías bajarte, porque ya estaba en tus venas.

Pero lo más alto, nunca se está preparado para la primera vez.

¿Y para la segunda?

Ya bajas, bajas tú, al fin sabes que eso eres tú. Cada vez más tú, cada vez más cerca.

Tardarás mucho en volver a comerte otro.

X

Ella jugaba con su flor.

Ella, sólo necesitaba de su flor.

Al otro lado de la realidad, el jardín. Él tenía tantas flores como quisiera.

Pero sólo las ignoraba. Hasta rompió alguna. Pero un día se puso a olerlas.

Y otro, a bailar...

Lo que pasó entre ella y su flor nadie lo sabe, pero a él ya no le importa ella.

Porque comprende que ella nunca fue una flor...

XI

Inventando Utopías como quien tira cañas,

Llamaré a esta:

"Si enseñáramos a los niños a decir palabrotas, estas desaparecerían;
Exactamente igual que si no les infundiéramos el miedo a la muerte,
La religión..."

XII

El hombre valiente desafió a los dioses y lloró;

El hombre cobarde obedeció a su cuerpo e hizo llorar.

El hombre valiente desafió a los dioses y ganó.

XIII

Una locura como otra cualquiera,

Pero una de las más grandes. De la Historia.

"Mis ideales son tan buenos que sobrevivirán a mi muerte". Ego, crudo y autofagocitado.

El juego más antiguo de este puto mundo.

XIV

De la vida a la muerte y de la muerte a la vida. Cinco reinos.

Es cíclico.

No es eterno. No estuvo ahí siempre.

Probablemente tampoco lo esté para siempre.

Y aún desconocidas, las Chispas.

De la Vida. ¡Por no decir de la Creación!

¿Y su Naturaleza? Quizá subsistir. **Ninguna** excepción.

XV

Mi corazón era un sendero.

Y en algún sitio estarías tú.

Ahí podrías estar.

Y yo yendo hacia ti,

O tú buscándome,

O encontrándonos;

Entrecruzados.

Pero mi corazón era un sendero,

Y tú ahí podrías estar,

Pero mi corazón era un sendero.

Y se dio cuenta;

Una certeza.

La más real: Cualquier paso podría ser el último.

Y así caer fulminado...

Pero mi corazón era un sendero,

Y tú ahí podrías estar;

¡Entrecruzados!

Y pisar.

¡Y pisar!

En firme.

¡En falso!

Porque cualquier paso podría ser el último...

Y tú ahí podrías estar.

Mi corazón es un sendero.

XVI

Como no encuentras información sobre tu sueño en Google;

Como se entiende, que si de verdad estás en condiciones de leer ese artículo, también lo estás de entender ese idioma.

XVII

Sabiduría ancestral

"Cuando estoy metido en un lío muy gordo, me digo: '¿Qué haría Jesucristo?' Y desaparezco tres días".

Termina así la homilía y el pueblo dice. Pues qué va a decir, "amén".

XVIII

Un momento tan bueno como cualquier otro

Para recordar que hay más psicólogos metidos en mercadotecnia que en todo el Sistema Nacional de Salud.

XIX

Sólo un extraño pensamiento:

Las rocas están vivas, pero lo están mucho menos que yo. Sólo soy células, y átomos... Bien ordenaditos.

ADN. Sigue siendo una molécula, por muy compleja que sea. Hasta de las Estrellas se dice que nacen y mueren.

Y en última instancia, la conciencia.

Las células se renuevan, periódicamente; hasta las que no se dividen lo hacen en el nivel atómico.

¿A mí quién me garantiza que hay un "yo"?

...

Der Wille zur Macht...

XX

No se puede

Hacer un estudio con una única muestra;

Es sólo mi experiencia. Pero es muy real: Si un potencial se ha de desarrollar, simplemente se va a desarrollar.

Da igual cómo o cuánto intentes frustrarlo. Lo hará. Simplemente lo hará. Absolutamente por cualquier medio, necesario, y alguno que otro por las risas. Y sí. Lo he visto otras veces.

XXI

Tendría 13 años:

—¿Se puede pintar con las manos?

—Claro, he traído guantes.

—He dicho "con las manos".

Tendría 25:

"Es como beber algo que tiene 200 grados..."

"Creo que empiezo a verlo".

"Hay muchas formas de estar drogado. Los niños, bailan, pegan saltos por la calle; fíjate bien, están drogados".

Tendría 15:

Utilizar el alcohol como excusa.

Cobarde excusa para exteriorizar parte de lo que me nace. Tanta ira, tanto odio, tanto miedo...
Tan arraigado.

Excusa o mera herramienta.

Escribo esto con 27:

Escribo, con el corazón. Hablo, con el corazón. Respiro, con el corazón.

No hacen falta drogas, eso por no hablar de la pasta que me estoy ahorrando; Me tomo un café y parece coca; me fumo un cigarrillo y parece peyote.

Ya no hay miedo. Ya no hay odio. Ya no hay vergüenza. Le prendí fuego, y ni siquiera tuve que esperar a que fuera San Juan...

No sé qué edad tendría, no sé cómo pudo pasar;

Pero los juguetes murieron. Los juguetes murieron. Los juguetes siempre mueren. Y lo muerto nunca resucita.

XXII

Resolución.

Resulta que no: no se puede hacer una tortilla sin romper antes los huevos. Y así, un buen día, te lanzas un dardo contra lo más cierto del corazón;

Y empieza a fluir, se fisura:

Lava.

Terror.

La misma alma, y, con ella, el propio miedo a que no vuelva... Una retribución. Deliberadamente desatada.

No. Resulta que no.

XXIII

Lete.

Tanta hostia y amanece. A las cuatro de la mañana.

Pero amanece, porque estás escuchando Gorgoth

Lete.

Tanta hostia y amanece. En serio, es increíble:

Tienen vocalista y nadie sabe las letras.

Y digo nadie.

¡Cualquiera sabe si el cantante!

Lete.

¡Tanta hostia y amanece!

Un pacto, esta vez con el presente:

"La cabeza recuerda y el corazón olvida".

Lete.

Tanta hostia y amanece.

Creo haber descifrado el mensaje,

(Nunca más volveré a comer...)

¡Esos tíos son teólogos!

¡Lete!

Tanta hostia, ¡Y amanece!

Resulta que Dios tiene sentido del humor.

XIV

Delirio.

La palabra es "delirio".

Y puede suceder por muchas causas.

Dejar el alcohol de golpe; 40.5° C de fiebre sin ir más lejos. Y a veces no baja nunca.

"—Percibís cosas que al resto de los mortales se nos escapan —decía ella—.

De cuando en cuando se descontrolan. Ahí se acaba la historia.

—¿Y si la mayoría son falsas?

—¿Y si la minoría, una minoría muy pequeña, fueran ciertas? ¿Qué hay de ello?"

XV

Teoría de Juego

Y así,

El mismísimo diablo comprendió que, a fin de cuentas, debía dar las gracias de haber jugado las negras.

XVI

Sombras de la Inmortalidad Terrena

Hoy le sonreí a la panadera.

Inmortalidad terrenal. No es ninguna broma.

Alejandro Magno, Julio César o Joe Biden.

Sombras. Sombras muy alargadas.

Sombras ciertamente muy alargadas.

Empero de la misma naturaleza; que la tuya y que la mía.

Porque hoy sonreí a la panadera.

Porque así ella quizá se tome a risa una trastada de sus hijos. Inmortalidad terrenal.

Porque sonreí a la panadera.

Porque cada acción, todas y cada una, sin importar lo pequeñas que puedan parecer;

Influyen en los otros, y éstos a su vez en otros,

Quedan grabadas en los tejidos del universo,

Son indelebles.

Nuestras acciones son nuestras sombras.

Da igual lo grandes o pequeñas que sean.

Son indelebles.

E influyen en las acciones de otros.

Que también son indelebles.

Que a su vez influyen...

Y también son indelebles.

Esta es mi sombra, da igual cómo de grande o de pequeña:

La inmortalidad terrenal.

Porque hoy sonreí a la panadera, Y ella...

XVII

Moral y Ética.

"Hay que perdonar absolutamente todo a absolutamente todo el mundo."

"Hay que tratar a las personas siempre como fines; nunca como medios."

"¿Queréis hacer el puto favor de ser realistas? ¿Qué persona en su sano juicio se harta de ensalada si está atravesando un mal momento?"

¿Cómo podría ser bello?

Al principio todo era fuego. Salvaje e indómito.

Quemándolo todo a su paso.

¿Se quema el fuego a sí mismo? Lo hicieron de piedra.

Ganaron. No. Deteniendo la moción.

La Naturaleza. Imparable como un terremoto, como el tsunami que le sucede.

¿Cómo podría ser bello? Un corazón de metal.

Sí, metal. Duro, frío y obsceno.

¿Cómo podría ser bello?

Nunca niegues tu Naturaleza:

El platino siempre estuvo allí,

El fuego separó la escoria.

¿Cómo podría ser bello?

Ozono.

XXIX

Glacial.

El río se congela.

Sigue siendo agua.

No es el fin del mundo.

Sigue siendo agua,

Sólo que se ha congelado.

Por el frío. Claro. Por el frío.

Pero sigue siendo agua.

Congelada.

Soportará la presión; resistirá los envites.

Los golpes que siguieren.

Pero seguirá siendo agua.

¡Sólo puede ser agua!

¡Ja! Al menos así no se envenenó.

Es invierno. El invierno no es eterno.

Sigue siendo agua.

¡Ahora más que nunca!

¡Que fluye! ¡Que corre!

¡Que hierve!

XXX

Creatividad.

—Vengo a impartir una charla sobre creatividad. Empezaremos por las preguntas.

—Sí. Disculpe, pero, ¿Qué le autoriza exactamente para ser un experto en creatividad?

—Que no tengo la menor idea de lo que estoy hablando. Gracias por su tiempo.

XXXI

Teodicea

Dios ha muerto. Dios sigue muerto. Y nosotros lo hemos matado. ¿Cómo podríamos reconfortarnos, los asesinos de todos los asesinos? El más santo y el más poderoso que el mundo ha poseído se ha desangrado bajo nuestros cuchillos: ¿quién limpiará esta sangre de nosotros? ¿Qué agua nos limpiará? ¿Qué rito expiatorio, qué juegos sagrados deberíamos inventar? ¿No es la grandeza de este hecho demasiado grande para nosotros? ¿Debemos aparecer dignos de ella?

Nietzsche, La gaya ciencia, sección 125

Pregunta obligada: ¿Quién en su sano juicio podría decir algo así?

Él de hecho sí fue el primero en decirlo, pero, ¿Dónde se aprende lo que ninguna otra persona te ha enseñado?

XXXII

No hay libre albedrío. Sólo determinismo.

El universo empezó. Y desde ese mismo instante todo estuvo marcado. Acción-reacción.

Causas y consecuencias.

Una primera causa y todo lo que tuviera que suceder. Mecánicamente.

Estás leyendo esto como un río fluye hacia el mar.

Si vas a dejarlo en este punto o a seguir está tan escrito como que yo ahora mismo no puedo teclear la palabra "kiwi".

¿Y por qué iba a hacerlo? No viene a cuento de nada.

Estamos determinados. No digo condicionados. Digo determinados.

No puedes ponerte a bailar en plena calle. Yo ahora mismo no puedo teclear "pajarita".

El río sólo puede fluir hacia el mar.

Tú no puedes coger un libro de tu casa y leer la cuarta palabra de la página 30 y yo no puedo escribir "precipitaron".

Sólo son cuerdas. Cuerdas movidas por un compositor.

En un lenguaje. Musical, humano.

Un lenguaje a través del cual expresamos nuestra alma.

Un lenguaje que demuestra que ésta es libre.

XXXIII

Maldad

¿A quién pretendemos engañar? Somos depredadores.

El actual superdepredador del planeta.

La obesidad es lo que pasa cuando un individuo de una especie depredadora tiene 1 kilo de helado de vainilla a 2€ en el súper.

La maldad, siguiendo este hilo, es lo que surge cuando una especie no tiene depredadores.

Nos atacamos unos a otros. Esa es la realidad.

Si todos los secretos de todo el mundo salieran a la luz, no habría celdas suficientes para todos nosotros.

Cualquiera sabe si hectáreas.

Y entonces, algo aún más peligroso:

El rizo del rizo. Hipocresía; cinismo. Negar nuestra naturaleza. Aspirar a la perfección, lo que sea que fuere eso.

Morales subjetivas, éticas que aspiran a la objetividad.

Todas ellas irreales. Todos lo hemos sufrido y todos lo hemos hecho, sean los que sean los grados.

¿Por qué negarlo? Lógicamente para no acabar entre rejas.

Pero desde una perspectiva social, política, ¿Cuál es el sentido de tratar de imponer normas que en cualquier caso son contrarias a nuestra naturaleza y por tanto irrealizables? ¿No será esto una forma de maldad como otra cualquiera? ¿Una cobarde excusa para justificar, para perpetrar impunemente actos que verdaderamente deben ser castigados?

Es un juego. Demencial. Es una rueda, y estamos todos en ella.

Esta es la historia de Carlos.

Claro que en su barrio siempre fue conocido como El Rata. Le llamaremos Rata, para abreviar.

A Rata le cogió por banda un sádico, un torturador.

Le encerró en una celda. Tenía para beber agua o cerveza.

Rata, por el motivo que fuere, se había jurado no beber cerveza. Nunca, bajo absolutamente ningún concepto.

La gracia del asunto, era que cuando Rata iba a beber agua, recibía una descarga eléctrica. Lo suficientemente fuerte como para quitarle la idea de la cabeza.

El sádico iba en serio. Iba a dejar a Rata morir de sed. Y la cosa no acababa ahí. A cada intento ulterior por parte de Rata de beber el agua, la descarga eléctrica aumentaba en potencia. En algún momento sería lo suficientemente fuerte como para dañar su corazón o como para matarlo.

Pero se había jurado no beber cerveza.

Y así murió Rata. Yendo a por el agua. Sólo que no buscaba agua; Buscaba la electricidad. Una descarga, tras otra, tras otra, tras otra.

Decidió morir en base a su juramento

Psicoanálisis.

—Creo que la cocaína podría ser de utilidad.

—¿Cómo me ayudaría eso?

—No, si digo a mí, para aguantar este rollo.

XXXVI

Enemiga.

Prácticamente ningún libro. Prácticamente ninguna película, serie.

¿Videojuegos? El Tetris. Todo es más fácil.

Todo es más fácil si hay un enemigo.

Y se lo ganó. La revancha. La violencia. O no se lo ganó. Y otro le dañó.

Y él se lo ganó. Y así se consigue. La venganza. La violencia. Todo es más fácil si hay un enemigo.

Malevolencia.

XXXVII

Y de esto que cometes esa gran locura.

Te pones a pensar:

"¿Cuál es el sentido evolutivo de la tristeza?"

Y acabas en otro mar. Quizá no tan intelectual, pero desde luego bello.

Una persona puede morir de pena, tras un fuerte golpe, cualquiera que fuere.

Y un perro... Un perro puede morir de pena, por ejemplo tras la muerte del dueño.

¿Y si es espiritual? ¿Y si su sentido es verdaderamente espiritual? Ojalá, Coco. Ojalá sí podamos estar juntos por siempre.

XXXVIII

Te despiertas. El Sol es verde.

Miras otra vez. Sólo otra.

Truco de años atrás: Te muerdes la lengua;

Es real. Todo, es real.

No vuelves a mirar. El Sol es verde.

Y no lo cambiarías aunque pudieras.

XL

.Pensamos en lenguaje

Recordar es leer.

Se puede poner en palabras.

Todo.

XLI

Son sus sombras.

Puedo escucharle.

Puedo abrir YouTube y teclear uno de sus títulos.

Tyrone El canserbero.

Esa es su sombra. Indeleble, como definiendo.

Aunque la censura le intentara silenciar, parte de su obra vive en mí.

¿Y de la mía?

Esto no lo definiendo. No se puede argumentar.

Me parece bello, pensar, que de hecho sí saben cuando estamos apreciando sus obras...

XLII

Todos tenemos nuestros principios.

Desde el altruismo al egoísmo. La generosidad o la avaricia.

La disposición a aprender o la envidia. Todos ellos elegibles;

Una consecuencia a cada acción. Que quizá no sea temporal.

XLIII

Delirio de tristeza.

Son sueños, que un buen día chocan con la realidad, hasta el colapso.

De la ilusión al delirio.

Da igual lo mucho que brille el sol. Para ti el cielo será gris tirando a negro.

La comida te sabe a ceniza y el tabaco a muerte. Te enciendes otro.

Te arrastra la contradicción. Sentimientos contrarios luchan.

No es razón contra sentimiento. Es otra cosa: Tú y tu circunstancia.

Todo te recuerda a ella.

Desengaño. Verdad. Hoy cruel como pocas veces. Y nada, "Nada, colapsará en vano."

XLIV

Nocturna

He crecido una flor que no puede florecer en un sueño que no puede hacerse realidad.

XLV

Cobardía es continuidad.

Vives lo que has aprendido.

Transgresión o valentía; **toda** inspiración es divina.

XLVI

Un pesimista

Es alguien realista que además está bien informado. Sentirse cualquier cosa menos protegido.

Cualquier cosa menos amado.

Una flor de Datura. Creciste en un erial.

Una flor de Datura. Resistirás cualquier sequía. Una flor de Datura. Nada para aficionados.

Qué fácil el autoengaño; negar lo más profundo de tu ser: Cualquiera de las más dulces frutas.

La mismísima miel del azahar. Porque la vida es un jardín:

Cultivas lo bueno, eliminas lo malo.

Y si de donde no hay no se puede sacar,

Plantas esperanza en un barbecho que ahora sabes transitorio.

XLVII

Vanitas vanitatum (Vacío de vacío)

Y lo a gusto que se está. Tirado en el sofá, en la cama.

Sentado. Paseando. Solo o acompañado. Plenitud.

Algo que muere.

Y así un buen día, algo que ser llenado. Bien con un cigarrillo. Tras otro, tras otro... Alcohol, cannabis, ansiolíticos.

Comprar ropa o tecnología. Comprar, comprar.

Si tienes un poco de mala pata puede que hasta con cocaína o con papelas.

Un hueco. Un agujero. La nada.

Que no se llena, que no se llena...

Porque entiendes la vida como una llama, Un fuego que quema tu materia.

Un asqueroso desgaste desde que naces hasta la tumba...

Claro que dicen que si tienes dinero es la leche.

XLVIII

Mentir. Sexo. Matar.

Matar está mal. Mentir está regularo.

¿Al mismo saco? Vamos. "Maldad"

El sexo... ¿Un saco más grande? ¿Qué puede fallar!

¡Pecado!

Matar sigue estando mal, ¿Al fin y al cabo?

La propuesta es muy sencilla: Resarcir delitos, proporcionalmente, y castigar los delitos de sangre, los crímenes.

XLIX

Una pregunta.

Una forma de verlo.

Hay quien te ofrecerá pistas.

O algo parecido.

Exigirá mucho a cambio.

Pero siempre habrá unas siete mil millones de formas de verlo.

Cada una de las cuales es una forma de verlo.

Cada una definida. Personal. Única.

Válida.

L

Se trata de encontrar un motivo.

Se trata de encontrar un motivo.

Y éste es el mío:

A cada hora, a cada minuto, a cada segundo;

A cada segundo, que pasa,

El mundo está un poco más interconectado:

Alguien ha aprendido una palabra en otro idioma.

Todo el mundo. Todo el mundo cada vez lee más rápido.

El lenguaje escrito. No es natural.

El lenguaje escrito no es natural.

Lo estamos interiorizando.

Todo el mundo. A cada segundo.

Se trata de encontrar un motivo.

Un motivo para tener esperanza.

Y éste es el mío.

No podemos escribir

Fuera de nosotros.

Exactamente igual que no podemos soñar fuera de nosotros.

LII

“La muerte

Es el destino de la muerte”.

Minuto tipo

‘Me pregunto si será igual para todo el mundo’.

‘Es muy probable, sólo que yo soy más consciente’. ‘¿Eso no lo haría diferente?’.

—Y por eso Platón defendía que el pensamiento es una forma de diálogo del alma consigo misma —dijo el profesor de Filosofía.

‘¿Y yo por qué narices sé lo que va a decir alguien antes de que lo diga?’. ‘Me pasa en todas partes. Conversaciones, clases, hasta con la tele’. ‘Ahora me acuerdo de Coral’.

‘Clara se ha girado. Tienen el mismo rubio, pues claro’. ‘Muevo el lápiz y se gira. Bien’.

‘Puedo recordar también qué he pensado y en qué orden’.

‘Lo de adivinar palabras a veces es hasta útil, por ejemplo cuando alguien se traba’.

‘Ahora me acuerdo de cuando llegué a un sitio nuevo de pequeño y quise hacer como que me gustaba el fútbol’.

‘Hasta que se me vio el plumero, claro, pero yo sólo quería encajar’. ‘No hice nada malo, y sin embargo me avergüenza’.

‘Pero sobre todo, ¿Por qué pienso en esto ahora?’.

‘Pues entonces mejor ni hablamos de lo consentido que eras de pequeño’. ‘Sí, mejor’.

‘Pero ya que hemos sacado el tema...’. ‘¡Qué cruz!’.

—Recordemos, alma y mente vienen del griego antiguo psyché —dijo el profesor señalando la pizarra.

‘Mira el reloj’.

‘Demasiado tiempo libre, Agustín...’.

‘Cómo mola, por cierto, es como si me diera órdenes a mí mismo’...

.

Rejas en mi ventana

Hay rejas en mi ventana,

Es de noche y no sé por qué.

Hay rejas en mi ventana, Una nube en el cielo tiene forma de dragón.

Hay rejas en mi ventana, No hay tormenta ni llueve,

Pero un fulgor atraviesa el cielo.

*Hay rejas en mi ventana,
Pienso en lo que he hecho hoy,
Y se confunde con mis deseos.*

*Hay rejas en mi ventana,
Y yo sin saber cuál es mi color favorito.*

*Hay rejas en mi ventana,
La profesora me regañó,
Por dibujar un pez que no existía.*

*Hay rejas en mi ventana, Rompí el dibujo,
Para que viviese por siempre,
Dentro de mí,
Y en cada una de mis palabras.*

Relatos de interés

La clase jugaba entre sí. Chillaba, charlaba, disfrutaba. Esto era así porque estaban entre lecciones.

El pequeño David, a sus seis años, parecía más que distraído, absorto en sus pensamientos. Tal vez incluso ensimismado.

La profesora Sara, a la cual vio y no vio entrar en el aula, se dirigió directa a él tras ojear el panorama.

—¿Qué te ocurre, David? —preguntó ella aún permaneciendo de pie enfrente de él.

—Sólo estaba pensando —supo al fin responder el niño.

—¡Eso lo podría haber adivinado cualquiera! —dijo ella, jovial. David permaneció en silencio, a lo que la profesora añadió:

—¿Y en qué piensa esa cabecita?

—Es que no sé si...

—Venga, en confianza.

El niño se lanzó a la piscina:

—Pues estaba pensando en cuando fui al parque de atracciones, en cómo sentía el vértigo y la velocidad de las máquinas, o en cómo mi madre se subió a una atracción cuando mi padre le advirtió que no lo hiciera y casi vomita y él la regañó, y, y...

—¿Y? No parece para tanto —dijo la profesora visiblemente contrariada.

—Pues que esta mañana venía con mi padre en el coche y resulta que yo nunca he estado en el parque de atracciones.

Permanecieron un minuto en silencio.

—David, no te preocupes, eso sólo significa que tienes mucha imaginación —concluyó la psicóloga.

Resaca de Rubik

ADVERTENCIA: Todo el contenido del presente relato es ficticio y, Por tanto, compete a cada lector juzgar cómo o en qué grado puede

Corresponderse con la realidad. Este relato está dirigido única y exclusivamente a un público Mayor de edad y emocionalmente maduro.

1

6.30. Amanece un nuevo día. Amanece de noche, porque es enero. Empieza una nueva semana.

La alarma del móvil sigue sonando fuerte. Lucía la tiene configurada en un sonido de pitido al volumen máximo, y deja el terminal relativamente lejos de la cama, por miedo a quedarse dormida.

Ha vuelto a las clases recientemente después de las vacaciones de Navidad, que pasó sola. Bueno sola, con su querida compañera de piso.

Ya está, ya había vuelto a pensar en ella.

Aun así, no necesitaba más de dos segundos para levantarse de la cama de un salto y apagar la alarma. Después, de forma ritual y quizá un tanto compulsiva, comprobaba lo que ya sabía en la barra de notificaciones del móvil.

Estas eran las nuevas de este día:

Lunes, 12/01/2014, 6:30, ninguna notificación.

Y, también de forma ritual, se planteaba lo de siempre: no tenía quién.

Se duchó, como siempre, en cuestión de diez minutos, se vistió con un pantalón vaquero gris, camiseta y sudadera beige, se peinó, sin arreglos, el pelo liso largo y moreno muy ligeramente ondulado y se pintó lo más básico, la raya del ojo.

No le importaban mucho las convenciones sociales, y ese era el único punto en el que cedía. El resto de las chicas de la Facultad iban casi todas maquilladas y, las que no, ya no es que pasaran inadvertidas como ella, es que además se las miraba como bichos raros.

Después se fue a desayunar al comedor, allí estaba Nuria:

—Me faltan galletas —le espetó sin saludarla.

Lucía una vez más se reprimió. Si no era una cosa era la otra, pero esta vez bien podría haberle dicho que una vacaburra de su calibre bien podría haberse comido un ñu sonámbula.

Y es que, en efecto, al contrario que Lucía, que era menuda y delgada, Nuria era alta para su género, y corpulenta tirando a gorda. Pero era fuerte. Lucía no se preocupaba por una posible pelea física con ella, pero esto por algún motivo la intimidaba mucho.

—Pues yo no he sido —se limitó a contestar Lucía.

—Pues ya me dirás quién —siguió la otra en un tono odioso—, porque aquí sólo vivimos tú y yo.

.—¿Alguno de esos tíos que te traes? —se atrevió a replicar Lucía.

—Que tú seas una puta frígida no quiere decir que las demás no tengamos derecho, y te digo que sé que has sido tú.

Cuando no es una cosa es otra, volvió a pensar Lucía, lo está haciendo por joder, sabían las dos, pero esa mañana le volvió a dar el desayuno, a amargarle el día desde el minuto uno.

Lucía tomó lo de siempre, leche con miel, y se dirigió a la Autónoma.

El piso de Lucía y Nuria estaba en la Plaza de la Infancia, en el barrio de Chamartín.

Salió por la puerta, se puso música en el móvil y se dirigió a la Universidad en transporte público, más ahogada por la rutina y por esa asquerosa que le había tocado que por otra cosa.

2

Las cosas en clase fueron como siempre. Sólo se le atragantaba Electromagnetismo, pero como a todo el resto de la clase excepto a uno que estaba muy pasado de página.

Durante las lecciones, ella solía jugar con un Tamagotchi que un viejo amigo con el que había perdido contacto le regaló para su dieciocho cumpleaños.

El cabrón lo había clavado, la prueba es que Mint seguía vivo, dos años más tarde. Ni siquiera sabía si él podría imaginarlo.

Comió en la cafetería de su Facultad, la de Física. Ese día tocaban macarrones, que le gustaban. Comía sola, pasaba desapercibida.

Esto por un lado le agradaba, pero por otro lado sentía una especie de vacío o de carencia. Más bien eso era su zona de confort.

Ese día un hombre, de unos veintitantos años, muy alto, con el pelo negro azabache y que vestía un abrigo de salir se sentó con ella en la otra silla de su mesa sin mediar palabra.

Tenía los ojos color verde lima.

—Pregúntame lo que quieras —dijo como entrada. Su voz era melosa.

—¿Por qué la materia tiene masa? —Fueron las palabras que salieron de su boca.

—No te andas con chiquitas. Te contestaré quizá, y sólo quizá, si eres capaz de definir con exactitud qué significa “por qué”, “materia”, “masa” ... “Tener”. Y, por qué no, “qué”, es decir, “¿Qué es el ser?”.

.—Vale, ¿Quién eres?

—Rafael, Rafa para los amigos.

—Gracias por presentarte, Rafa, ahora dime, ¿Quién eres?

Él sonrió.

—Estoy terminando el Grado en Filosofía. Muchas veces vengo como oyente a las lecciones de Física y sí, te he estado observando de lejos.

A ella por algún motivo nada de esto le extrañó.

—¿Haces algo esta tarde? —preguntó él.

Lucía no podía dejar pasar una oportunidad así, simplemente no podía.

—Nada.

—Bien. Termina de comer, con calma, luego daremos una vuelta por aquí y a ver qué pasa.

De algún modo Lucía había acabado de la mano de Rafa en la cafetería de la Facultad de Filosofía y Letras.

Estaban en la barra:

—Dos piscinas —pidió Rafa al camarero.

Este preparó dos vasos de tanque de cerveza y dos latas de Voll-Damm de medio litro.

—Creía que en ningún bar de la Universidad servían nada más grande que un tercio —dijo ella.

—Y así es.

Rafa pagó con un billete de 5 euros. Pero no sólo hizo eso. Por debajo de la manga del abrigo sacó lo que parecía un paquete de tabaco vacío y lo dejó en la barra.

Lucía hizo como que no había visto nada y se sentaron a una mesa. Empezaron a beber. Rafa llevaba buen ritmo y ella no quiso quedarse atrás.

—¿No tienes nada más que preguntarme? —Volvió a insistir Rafa.

—Eres un pozo sin fondo, ¿No? A ver, la conjetura de Riemann, ¿Es verdadera o falsa?

—Te lo digo si me dices qué opinaba Heráclito sobre el alma humana.

Lucía paró un segundo. Ese tipo estaba un poco grillado, era virtualmente imposible que supiera la respuesta, pero decidió seguirle el juego.

—Que de tan profunda que es, resulta insondable, no se puede conocer su fondo.

—¿Qué haces estudiando Física? —dijo Rafa riendo—. La hipótesis de Riemann es una conjetura, así que tal vez la solución pueda pasar por plantearse tanto que es cierta como que es falsa a la vez y contrastar los resultados...

»Pero, te advierto, no serías la primera persona, y probablemente tampoco la última, a la que se le va la chaveta por ese rompecabezas en concreto, así que piensa antes de actuar.

Pasaron la tarde juntos en esta línea. Finalmente, Rafa le dijo a Lucía que tenía un minipiso en el centro y que podrían ir juntos.

Lucía aceptó.

4

El minipiso de Rafa estaba en Cuatro Caminos, fueron en Renfe porque Lucía no conducía ni Rafa tampoco, este último arguyendo que eso “es de pobres”.

—Joder con los minipisos —dijo Lucía en voz alta nada más entrar.

Sólo había una cama pequeña, un sillón y una puerta que debería llevar a la cocina y al cuarto de baño.

—Tumbate —dijo Rafa.

—¿Y tú?

—Yo estoy bien sentado. Lucía se tumbó.

—¿Estás cómoda?

—...Sí.

—Tengo algo para ti. Espera.

Rafa volvió con una taza metálica que contenía lo que parecía ser una infusión.

—Esto, Lucía, no es ningún juguete. Se llama Ayahuasca. Es el psicoactivo más potente del planeta.

»No es recreativo. Yo lo tomé en su día y me ayudó mucho. Creo que a ti te hace auténtica falta, pero no puedo decidir por ti.

Lucía no sabía qué hacer.

.—Por cierto —siguió Rafa—, si yo fuera tu corazón, eso que dijo Heráclito que es insondable, ¿Qué me dirías?

—Habla.

—Lo que tú puedes comprar, yo lo puedo comprar más barato.

6.30. Amanece un nuevo día. Lucía mira su móvil, hace su ritual.

Algo le descuadra, es martes 13. Debería ser lunes 12. Le da mucha importancia, pero no consigue explicárselo.

Nuria la increpa de buena mañana:

—Me faltan ocho panecillos de leche.

Es ridículo. Hasta Nuria debería haberse dado cuenta de que esa acusación no hay forma de creérsela. Pero eso no es lo que le descuadra. Es otra cosa.

Ocho. Ese número, ocho. Se le clava en la mente. Es como si tuviera significado. Le quiere decir algo.

Discuten acaloradamente.

Lucía se prepara su leche con miel. La etiqueta del bote de miel es naranja.

Nunca había reparado en ello.

Pero es la misma sensación que con el ocho, se le clava, la atormenta, tiene significado.

De repente se acuerda de Rafa. Debió soñarlo. Claro que también era martes, martes 13. Estaba extremadamente confusa.

Esa droga... Ayahuasca. El nombre se le quedó grabado. Intentó buscar información en Internet con su móvil al respecto, pero todo era confuso, era como si no encontrara nada en su idioma... O tal vez era su lenguaje.

Lucía llegó a la Facultad. La primera hora la pasó muy atormentada, viendo sólo números ocho por todas partes.

La cosa había llegado más lejos, la letra hache era la octava del abecedario, y ahora ésta la hería por igual.

A la segunda hora, Rafa cruzó por la puerta. Lo primero que debió haberla asustado fue que no lo había soñado, pero es que el tío estaba vestido de judoca.

.Se sentó junto a ella. Ella intentó hablarle, pero entonces recordó que el acudía de oyente, por eso no le extrañó que no la respondiera.

Lo que sí le extrañaba es que el cinturón del traje era el naranja. Era muy bajo para alguien de su edad.

Por algún motivo, este naranja la hería más que cualquier otro. Aguantó el día en esta tónica como pudo y regresó a su piso.

7

Esa tarde, Lucía no sabía qué hacer. La radio, la tele, música, leer. Daba igual lo que hiciera, todo le gritaba algo, pero no sabía el qué. Y esto la dañaba aún más.

Nuria entró por la puerta y Lucía salió a su encuentro. Nuria llevaba en la mano un saco de naranjas grande.

—Quiero que te las comas —dijo Nuria en un tono grosero, hiriente, y por algún motivo lascivo.

A Lucía se le estaban acabando las opciones, le estaban dando fuertes taquicardias. Su salida fue golpear a Nuria con la mano abierta.

Nuria se tiró a por ella y esta vez Lucía le dio un puñetazo, lo suficientemente fuerte como para acobardar a casi cualquier rival.

Pero este no era el caso de Nuria, que fue a golpear a Lucía con todas sus fuerzas y en ese momento Lucía decidió contraatacar con una llave.

8

Lucía estaba tumbada en la cama de Rafa.

Las paredes temblaban, parecía que el piso entero iba a colapsar sobre ellos.

—¿Qué es esto? ¿Por el amor de Dios qué me has dado? ¿Qué me está pasando?

—Esto, Lucía, es tu mente destruyéndose a sí misma. Ahora sólo dime. ¿Estás preparada?

Con lágrimas en los ojos, sin atreverse a abrirlos, Lucía asintió. En ese momento oyó una fuerte palmada.

9

Lucía estaba sobre el diván del despacho de su psicóloga.

.“Tenía ocho años. Mi padre había bebido demasiado hasta para ser él- Estaba pegando a mi madre. La iba a matar. Yo me ofrecí como cebo y le llevé al borde de la piscina. Allí le hice una llave y lo arrojé al agua. Después, entretuve a mi madre... Lo maté”.

Lucía oyó dos palmadas.

—Dime, Lucía —la voz de su psicóloga sonaba firme y confiable—, ¿Cómo te ofreciste como cebo?

Abrió los ojos.

—Le toqué los genitales —dijo finalmente con frialdad y en un hilillo de voz. Dejaron pasar un tiempo prudencial.

—Supongo que tendrás muchas preguntas.

—Esa droga... Ayahuasca. ¿Existe?

—Verás, Lucía, sobre lo que acaba de pasar aquí tienes que entender tres cosas: te ha costado una pasta, ha funcionado y que no está exactamente dentro de la... Legalidad —dijo torciendo el tono y el gesto.

»Pero eso no es lo importante.

—¿Y qué es?

—Que entiendas, que esto que ha pasado sólo supone un nuevo comienzo, nunca un **fin**.

Roto y Muerto

El hilillo de la sangre es cambiado por el agua, bruscamente; Por el agua del llanto, por la lágrima que arrastra la negrura.

Te rompes en mil pedazos, te destruyes en resquicios por los que sale la oscuridad y entra la luz,

siempre precedida por la lágrima, que recompone.

Ya te has reconstruido y ahora la herida es cicatriz,

que estará ahí toda la vida, que dolerá cuando haga frío.

Y tu vida al fin acaba, porque todo lo bello lo hace, pero tu rastro es indeleble.

Cada acto, todo amor y todo odio y sí, hasta el pensamiento, han dejado tu impronta en cada persona que te cruzaste,

y los suyos lo harán en los de otras.

No morirás, hasta que todo haya acabado.

Si las gallinas tuviesen conciencia

“Es un simple ejercicio. Hay cosas que no pueden ser, y como no pueden ser no se pueden imaginar.

Pero antes de llegar a este extremo de lo imposible, es obligatorio dar el paso intermedio: leyendo el anterior párrafo, hay quien podría pensar en cosas que, aun siendo imposibles, son imaginables.

Así como una sirena. Se pueden dibujar, esculpir, colocarlas en literatura y cine, atribuirles cualidades sobrenaturales... Pero es que una sirena no deja de ser una mujer con cola de pez, te la puedes figurar juntando eso dos elementos, que son reales, en tu imaginación, y así llegar a uno ya algo irreal.

Vamos a avanzar algo más hacia lo imposible. Hemos hablado de lo sobrenatural, y así a una sirena se le atribuyen la inmortalidad o el estar dotada de un canto que puede atraer a los hombres a su propia muerte.

Sin embargo, la inmortalidad no es otra cosa que un anhelo idílico, metafísico.

¿Qué pasará cuando a esa sirena se la someta a una agresión extrema, como el cortarle la cabeza? En última instancia, ¿Qué ocurrirá cuando, a través de los eones, sobreviva de alguna manera? ¿Es que el Sol dejaría de engullir a la Tierra, o su medio de contaminarse hasta la extinción, lo que tenga que pasar antes?

Y de los hombres poco hay que decir. El canto existe desde tan antiguo como existen formas de manipularlos, como las que surgen cuando llevan meses en la mar. Nuevamente sólo hay que juntar las piezas que nos ofrece la realidad para obtener un puzzle mental e imaginativo.

Ahora bien, alguien podría decir que efectivamente se muere en este mundo terreno, pero que se vive de nuevo y para siempre en una suprarrealidad de naturaleza mística y metafísica.

Y esto no hace otra cosa que acercarnos más aún a nuestro objetivo. Se puede aceptar o se puede rechazar de plano. Ya hay quien ha hecho cada cosa. Pero lo que aquí nos ocupa es la imaginación. Así que la pregunta obligada es, ¿Cómo es ese más allá? Cada uno se lo imagina a su modo particular, más o menos basado en su libro sagrado, en el platonismo o en la cultura popular. Pero en cualquier caso, todas y cada una de estas visualizaciones responden a este modelo de imaginación que estamos proponiendo, integrando seres que en un momento o en otro han conformado la realidad: seres queridos, ángeles —personas con alas inmortales, es decir sempiternas o lo que en matemáticas se ha venido a denominar $[X, +\infty)$ —, un Dios que uno bien se puede imaginar antropomorfo, etc.).

.Y aquí llegamos al extremo: la nada. Imagínate que mueres; has podido tener un accidente de coche, un infarto, lo que sea. Bien, ¿Y después? Por lo que sea no crees en un más allá, en un

algo, en definitiva, así que sólo te queda la nada, lo absolutamente inimaginable, por estar fuera de la realidad y de cualquiera de sus elementos.”

“Estás vieja, ¿Eh? Ya casi ni me pones huevos”. “Total, si tú supieras...”.